

El Fruto de los Estudios Fundamentales

Autor: Charles H. Welch

Retirado de bibleunderstanding.com

Vol.27, 28, 29, 30, 31, 32

El Expositor de Berea

Con el título original: *Fruits of Fundamental Studies*

Traducción: Juan Luis Molina

INDICE

CAPÍTULOS	PÁGINA
1. – La Creación conlleva un Propósito	3
2. – La Creación conlleva la evidencia de que “Dios es”	6
3. – Dios: El Gobernador Moral	9
4. – Dios, el Gobernador Moral, ¿es Justo?	13
5. – La auto-limitación del Omnipotente	15
6. – El Previo Conocimiento de Dios	17
7. – El Dios Viviente	21
8. – Jesucristo es el Señor	25
9. – La Unidad del Dios Padre...Elohim...hagamos... a nuestra imagen (Génesis1:26	29
10. Al fin y al cabo, ¿por qué crea Dios?	33
11. – “Según su género” o la Creación versus Evolución	35
12. – La esfera del dominio del Hombre	41
13. – El dominio del Hombre, y el camino de Caín	44
14. – Constitución del Hombre y la posibilidad de Revelación	52
15. – El problema del mal y la lección de Gen.1 y 2	56
16. – Las obras y palabras de Dios insuficientes para revelarse a Sí Mismo	62
17. – “Adán” y la “Semejanza” de Dios (Gén.1:26, 27)	66
18. – “Lo que yo creo”	71

19. – Examinando el dominio que se le dio a Adán	73
20. – La diferencia entre una criatura mecánica, y moral	76
21. – Las cosas Visibles y las Invisibles	81
22. – El “polvo de la tierra” y el “alma viviente”	88
23. – La íntima asociación entre los sentimientos y pensamiento	92
24. – La Escritura, una ENTIDAD: o toda acepte, o repudiada	97
25. – La indagación de un <i>Valor Final</i>	100

CAPÍTULO 1

La Creación Conlleva un Propósito

Hace ahora unos veinte años atrás, dimos inicio a la serie de estudios titulada “Fundamentos de la Verdad Dispensacional”; el primer artículo apareció en la página 1 del Volumen 6. Después de unos cuantos tratados presentando el principio de la correcta división, el significado de las “edades” y temas afines, abrimos el Libro de Génesis, y desde ese momento hasta ahora, hemos ido llevando a cabo esta labor, prestando atención a la estructura y al tema, al tipo y la sombra, si bien que, necesariamente, pasando por alto muchos sujetos aliados sin comentarlos. No queremos dejar de seguir haciendo la serie, pues creemos que nada puede compararse con un reconocimiento en primera mano familiarizándonos con “toda la Escritura”, y estamos seguros que estos estudios han probado ser de ayuda y provecho para muchos en dicho objetivo. Sin embargo, creemos que ya es hora de utilizar de forma práctica el material así reunido; y ahora podemos libremente seleccionar nuestros pasajes, sabiendo que los libros como una unidad han sido analizados, y que las estructuras están a la mano cuando se deseen consultar.

Comenzando con Dios como el Creador y el hombre como la criatura, pero hecho en la *imagen de Dios*, es evidente que Dios y Su relación hacia el hombre, y el hombre y su relación hacia Dios, debe ser nuestro objetivo inmediato y punto de partida de todos nuestros esfuerzos para comprender Su Palabra y Sus caminos. Partiendo de esta relación se nos presentan por sí varias cuestiones a considerar, las cuales tienen que ser

respondidas si es que vamos a entender correctamente las grandes doctrinas de la fe. La cuestión de hasta qué punto la omnipotencia de Dios está por encima o subordinada al derecho, y la cuestión de hasta qué punto Su omnipotencia permite el libre albedrío al hombre, demandan una respuesta. ¿Significa el previo conocimiento la predestinación? ¿Hasta qué punto puede un agente ser responsabilizado una vez que no es libre? Estas y otras similares cuestiones surgen de los simples hechos y relaciones de la creación, el Creador y la criatura. La presencia y el problema del pecado, el significado del “bien y del mal”, el método Divino de la remoción del pecado y la reconciliación del pecador, son temas que se nos presentan a todo momento en los hechos históricos registrados, en la institución del tipo y la ceremonia, y en el presagio de la palabra profética y los hechos.

Una vez que la Creación es el punto de partida, emplearemos el espacio disponible en este artículo a obtener una idea Escritural del significado de la palabra “crear”. La idea popular de “algo resultante de la nada” bien puede ser un apropiado tema para debates filosóficos, pero si nuestra guía es la Escritura nos abstendremos en la necesidad de perseguir este tema, puesto que no hay ni un único pasaje desde el principio hasta el final de las Escrituras que levante la cuestión, ¿De dónde proviene la materia? Las Escrituras comienzan, no con la creación de “los materiales de los mundos”, sino con la creación de “los cielos y la tierra”.

Si bien, por tanto, que la enseñanza en moda concerniente al átomo y al hecho de que los objetos sólidos no son otra cosa sino un “conjunto de fuerzas”, nos capacite para ver que la visible y tangible creación no sea más que la expresión en términos físicos de la mente, voluntad y poder del Dios invisible, por otro lado, este tema, por muy profundamente interesante y atractivo que sea, carece de base en las Escrituras. Lo mismo sucede con Dios en Sí. La Biblia no comienza con un abstracto argumento en cuanto la existencia de una Primera Causa; Él se nos presenta ya en operación. Nadie puede probar la negativa declaración, “no hay Dios”, pues para eso ser posible demandaría la omnisciencia del Propio Dios. Para el ateo poder probar que no hay Dios supondría que hubiese atravesado en todos sus rincones todo el espacio y todo el tiempo, pues a no ser que se haya investigado cada rincón del universo, y visto con los ojos aquello que no tan solamente se tome en lo visible, sino además en lo invisibles, no se podrá estar seguro de que la necesaria evidencia para probar la existencia de Dios no ha de hallarse en algún lugar, aun teniendo en cuenta que todavía no se haya encontrado. El argumento desde el punto de vista del designio tal como la famosa ilustración de Paley ejemplifica, la consideraremos más tarde. De momento, concentraremos nuestra atención sobre la palabra traducida “crear” en las Escrituras hebreas. La palabra es *bara*, y su primera ocurrencia está en Génesis 1:1. Veamos cómo se utiliza en otras partes.

- Y Dios *creó* los grandes monstruos marinos (Gén.1:21).
- Y *creó* Dios al hombre...a imagen de Dios lo *creó*; varón y hembra los *creó* (Gén.1:27).

Es evidente que la palabra *bara* en estas ocurrencias no conlleva el significado “crear de la nada”.

Asociado con *bara* hay otras dos palabras: *asah*, “hacer” y *yatsar* “formar”. En Isaías 43:7 encontramos las tres palabras usadas conjuntamente: “Para gloria Mía los he creado (*bara*), los formé (*yatsar*); y los hice (*asah*). Al tiempo que Génesis 1:27 utiliza la palabra *bara*, “crear”, Génesis 2:7 por su lado emplea *yatsar*: “Entonces Jehová Dios *formó* (*yatsar*) al hombre del polvo de la tierra”.

Volviendo ahora a Isaías, en 45:18 leemos:

- Porque así dijo Jehová, que creó (*bara*) los cielos; Él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo (*asah*) y la compuso (*yatsar*), no la creó en vano; para que fuese habitada la formó (*yatsar*) (no “creó” como en la Reina Valera).

La Escritura utiliza la palabra “crear” tanto de los cielos como de la tierra, pero aquí aparece intercambiando “formar” y “establecer” cuando es el propósito de una habitación lo que está en vista.

En este mismo capítulo de Isaías leemos:

- Yo *formé* la luz y creé las tinieblas; *hago* la paz y *creo* la adversidad; Yo Jehová soy el que *hago* (*asah*) todo esto (Isaías 45:7).

Aquí es evidente que “hacer” (*asah*) incluye tanto “crear” y “formar”. Por eso en el Nuevo Testamento leemos:

- Porque somos hechura (*poiema*, de *poieo*, hacer) Suya, creados (*ktizo*) en Cristo Jesús (Efesios 2:10).

De Dios se dice en las Escrituras del Antiguo Testamento ser “El Creador” (*Bara*) en Eclesiastés 12:1 (donde la palabra es plural), Isaías 40:28 e Isaías 43:15. Se denomina “El Hacedor” en los siguientes pasajes: *Yatsar* – en Isaías 45:9, 11; *Asah* – en Job 4:17; 32:22; 35:10; Salmo 95:6; Proverbios 14:31; 17:5; 22:2; Isaías 17:7; 51:13; 54:5; Jeremías 33:2; Oseas 8:14; y *Paal* (“operar”) en Job 36:3.

De la Creación se dice en las Escrituras que sea la proveniencia de la sabiduría de Dios, Su palabra, Su entendimiento, Su poder, y la obra de Sus manos.

- Él es el que hizo la tierra con Su poder, el que afirmó el mundo con Su sabiduría, y extendió los cielos con Su *inteligencia* (Jeremías 51:15).
- Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos por el aliento de Su *boca* (Salmo 33:6).

- *Mi mano* fundó también la tierra, y *Mi mano derecha* midió los cielos con el palmo; al llamarlos Yo, comparecieron juntamente (Isaías 48:13).

Bien podemos ver que mientras la filosofía se esfuerza en probar el origen de las cosas, las Escrituras por su lado se ocupan tratando de que entendamos *la intención* de dichas cosas. La Creación se nos pone delante como siendo el producto de la sabiduría, el poder y el entendimiento, pero estas tres, si no fuesen reguladas por el propósito, en vano operarían.

Muchas cuestiones se levantan del hecho de la Creación las cuales no nos esforzaremos por tratar en estas páginas, aunque al menos algunas deben ser consideradas. Entre ellas debemos observar:

- (1) EL ARGUMENTO PROVENIENTE DE LA EVIDENCIA DEL DESIGNIO POR LA EXISTENCIA DE DIOS.
- (2) LA CREACIÓN COMO UN EJEMPLO NO TAN SOLO DEL SUPREMO PODER SINO ADEMÁS DE LA LIMITACIÓN MISMA DEL OMNIPOTENTE.
- (3) LA LUZ DE LA REVELACIÓN SOBRE LA PERSONA DE CRISTO EN CUANTO AL CREADOR DE TODAS LAS COSAS.

Estos tres sujetos por lo menos debemos incluir en nuestros estudios, y además de paso iremos echando un vistazo a otros temas relacionados.

No piense el lector que tales consideraciones carecen de práctica importancia. Toda la fábrica de la fe cristiana reposa sobre las sólidas bases de la relación entre el Creador y la criatura, y equivocados puntos de vista que se mantengan aquí al comienzo están sujetos a influenciar la totalidad de la sobre – estructura.

CAPÍTULO DOS

La Creación conlleva la evidencia de que “Dios es”

Ya hemos visto en nuestro estudio inicial que la creación conlleva e implica un propósito, y a medida que fuimos avanzando se fue haciendo más claro que dicho propósito precisa una Persona.

Una cosa es estar seguro de que alguien es justo, pero otra muy distinta es llegar a ser capaces de convencer de eso a terceros. Por nuestra parte, estamos convencidos de que la creación y sus implicaciones se hallan a la raíz de la revelación, la redención, y la final restauración. Reconocemos, no en tanto, que el lector tiene el derecho de reclamar la evidencia antes de llegar a aceptar reconociendo la verdad de dicha declaración.

Nosotros escribimos para quienes el testimonio de la Escritura tiene la última palabra, y así pues, ahora pasaremos adelante sin hacer comentario alguno de lo Absoluto que persiguen los filósofos, y nos contentaremos con el hecho de que la Escritura apela a la obra de la creación como suficiente evidencia de haber un Creador. Si esto se afirma, todo el resto vendrá por añadidura.

Observemos antes que nada un simple argumento:

- Aquel que plantó el oído, ¿No oirá? Aquel que formó el ojo, ¿No verá? (Salmo 94:9 K.J.V.).

¿Podría haber algo más directo y simple que esta cuestión? ¿Podría haber algún argumento humano que anule su fuerza? De momento, no en tanto, no estamos tratando con el poder del argumento, sino sencillamente estableciendo el hecho de que un tal argumento es Escritural.

Tal vez, la básica doctrina de la cristiandad sea la justificación por Fe, y es por tanto interesante descubrir que esta doctrina se introduce en la experiencia del hombre y en las páginas de la Escritura por una referencia a la Creación.

- Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora al cielo, y cuenta las estrellas, si es que eres capaz de contar su número. Y le dijo: Así vendrá a ser tu simiente. Y Abraham creyó en el Señor, y el Señor se lo contó por justicia (Génesis 15:5, 6 K.J.V.)

Si alguno objeta que siendo Génesis el primer libro de la Biblia, la experiencia de Abraham en Génesis 15 tuvo lugar actualmente después de la experiencia de Job, nosotros señalaremos la respuesta en el Libro de Job a la pregunta: “¿Cómo ha de justificarse el hombre delante de Dios?” (vers.4). Y conforme leemos a través de los restantes capítulos hasta el final, descubrimos que un relance de la magnificencia de la creación fue todo cuanto se precisó para humillar a Job y convencerle de su necesidad de justicia.

Tal como el Salmista escribió: “Los cielos declaran la gloria de Dios; y el firmamento muestra la obra de Sus manos” (Salmo 19:1).

Ahora daremos un ejemplo de la asociación tan próxima entre la doctrina de la Justificación por Fe y las evidencias ofrecidas por la creación, y procuraremos demostrar que el apóstol Pablo no tan solo era consciente de este hecho, sino que lo utilizó de manera muy efectiva en su ministerio.

Cuando los idólatras de Listra quisieron ofrecer el sacrificio a Bernabé y a Pablo, Pablo les avisó diciendo:

- “Nosotros también somos hombres sujetos a las mismas pasiones que vosotros, y os predicamos que debéis convertirlos de estas vanidades al Dios vivo, el Cual hizo el cielo, y la tierra, y el mar y todas las cosas que en ellos hay; Quien en otro tiempo permitió que todas las naciones anduviesen en sus propios caminos. No obstante, no se dejó a Sí Mismo sin testimonio, haciendo el bien, y dándonos la lluvia del cielo, y las estaciones con sus frutos, llenando nuestros corazones con sustento y bondad” (Hechos 14:15-17 K.J.V.).

Cuando el apóstol se encontraba en el areópago de Atenas, su testimonio ante los doctos griegos fue casi igual:

- “Porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a Quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo el Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues Él es Quien da a todos vida y aliento y todas las cosas...” (Hechos 17:23-25).

Al tiempo del fin, cuando el mundo se haya vuelto en gran parte Anticristiano, vendrá a ser predicado el evangelio de la creación a todos los moradores en la tierra:

- “Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de Su juicio ha llegado; y adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc.14:7).

La asociación del Creador con el “juicio” que se encuentra en esta proclamación, y en Hechos 17:31, debemos reservarla para examinarla en un estudio por separado, pero llamamos la atención aquí de paso debido a su importancia. Aquel Quien sea el Creador debe además ser el Gobernador Moral, y de ahí proviene la necesidad de la Ley.

La Epístola a los Romanos, en su gran exposición de la Justificación por Fe, contiene la más enfática y anhelante declaración concerniente al *testimonio de la creación* que ya hemos considerado:

- “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen con injusticia la verdad” (Rom.1:18).

Esta declaración no se limita a quienes han recibido la revelación de las Escrituras, se aplica a todos cuantos, aun no habiendo nunca oído un solo versículo de Escritura, tienen no en tanto delante y a los ojos la evidencia de la creación, la cual es suficiente para su propósito.

- “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó” (Rom.1:19).

La frase “lo que se conoce” indica los límites del testimonio de la creación. Nadie podría por simplemente observar las obras de manos de Dios llegar al evangelio del amor redentor, sin embargo, sí que fornecen la suficiente evidencia como para hacer de la idolatría algo inexcusable.

- “Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Rom.1:20).

Estos pasajes son más que suficientes para establecer el hecho de que las Escrituras apelan a las obras de la creación como evidencia para la existencia de Dios.

Muchos de nuestros lectores estarán familiarizados con los escritos del Archidiácono Paley. La deducción de Paley de la existencia de un relojero por detrás del diseño de un reloj ha sido atacada por variados sofismas, no en tanto permanece tan inexpugnable al día de hoy como cuando apareció por primera vez. El Dr. Chalmers ha hecho algunos interesantes comentarios en esta conexión. Fundamenta su argumento no tanto sobre las desnudas circunstancias de la materia, sino sobre la sabiduría puesta de relevo en su orden y disposición. La inmensa mayoría de la materia que constituye lo que se conoce como el Universo habría permanecido siendo por siempre un caos universal, sin embargo el ordenamiento y adaptación de dicho universo es por sí un argumento que no admite refutación. Por ejemplo, el fenómeno de la refracción en la óptica está gobernada por una cierta “ley”, pero la disposición y natura de los dos distintos humores en el ojo, junto con la lente y la retina y los músculos que regulan el grado de convergencia de la luz refractada - estas no son leyes sino disposiciones, sin las cuales las leyes por sí jamás producirían el resultado requerido.

La totalidad de la creación observable presenta en multitud de variaciones este principio de la disposición, es decir, esta adaptación para lograr un fin. Tal adaptación demanda inteligencia, y la toda poderosa inteligencia demandada por la creación es evidencia suficiente para establecer SU ETERNO PODER Y DEIDAD, y someter a todos sin excusa. La primera demanda que se hace sobre cualquiera que quiera “acercarse a Dios” es que debe “creer que le hay” (Hebr.11:6); y la fe que así cree no se basa ni en fantasías ni en imaginaciones, sino sobre el sólido fundamento de la creación.

Hasta aquí hemos venido considerando la evidencia que aporta la creación para con la existencia de Dios. En nuestro próximo estudio seguiremos avanzando hasta la lógica conclusión Escritural.

CAPÍTULO TRES

Dios, el Gobernador moral: Galardonador

En nuestro último estudio llegamos a la conclusión, extraída por la evidencia del diseño y del propósito en la creación, de que hay por detrás Quien sea “Dios”, y que ignorar esta hecho tan básico es inexcusable. La mayor parte de nuestros lectores se habrán dado cuenta que cuando citamos Hebr.11:6 paramos un poco antes de su conclusión. Ahora retomaremos el tema y lo citaremos en su totalidad:

- Aquel que se acerca a Dios debe creer que le hay, y que es galardonador de cuantos le procuran (Hebr.11:6).

La conexión entre la existencia de Dios y la gobernación moral de Dios es evidentemente fundamental, y es esta cuestión que vamos a considerar en este presente estudio. *“Crea que le hay (Dios)...y que es Galardonador.”*

No debemos permitirnos ser llevados a la deriva en este punto debatiéndonos con un argumento concerniente a la “ley” y la “gracia”. El Galardón en el sentido de Rom.4:4 no puede tener lugar alguno en el esquema de la salvación por gracia; pero esto, no deja de ser sino un aspecto del tema. La íntima asociación entre la “recompensa” y la gobernación moral se exhibe, por ejemplo, en los dos siguientes pasajes del Apocalipsis:

- Y se airaron las naciones, y Tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a Tus siervos los profetas, a los santos, ya los que temen Tu Nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra (Apoc.11:18).
- He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra (Apoc.22:12).

En el uso general de la palabra hoy en día, “recompensa” se pone generalmente en contraste al “castigo”, pero así no nos trasmite toda la verdad. “Recompensa” en el pleno sentido del término incluye al “castigo”. Encontramos, por ejemplo, el siguiente pasaje de un escritor fallecido en 1874: “La horca era la recompensa del traidor y desertor”.

Y en 2ª Samuel 3 leemos: “Jehová dé el pago (recompense) al que mal hace, conforme a su maldad”.

Así, por tanto, también es evidente que la palabra “recompensa” no debe utilizarse tan solo y meramente como antónimo para “castigo”, sino que también puede transmitir la idea de un “premio” por una imparcial justicia.

La palabra traducida “recompensa”, “galardón” o “retribución” se utiliza en el mismo sentido:

- He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago (con una recompensa) (Isaías 35:4, vea también Isaías 49:18; 66:6).

“Recompensa” “Galardón”, “pago”, son términos que no harían sentido alguno aparte de un gobierno moral. El requisito inicial de la fe es creer que *hay Dios*, y en inmediato resultado por reconocer así Su Ser, viene el reconocimiento de Su soberano derecho a gobernar.

En esta conexión, nos gustaría llamar la atención para el uso de la palabra “digno”, que aparece siete veces en el Libro del Apocalipsis.

“Digno.”

A| 3:4. Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son *dignos*.

B| 4:11. *Digno* eres de recibir la gloria.

C| 5:2. ¿Quién es *digno* de abrir el libro?

D| 5:4. No se había hallado a ninguno *digno*.

C| 5:9. *Digno* eres de tomar el libro.

B| 5:12. El Cordero que fue inmolado es *digno* de tomar el poder.

A| 16:6. También Tú les has dado a beber sangre; pues lo *merecen* (Lit. son *dignos*).

Estamos persuadidos de que ningún lector precisará de prueba alguna de que en estos pasajes la “dignidad” que se adscribe al Señor es moral, y no mecánica. Siendo así, ¿Qué diremos de la última referencia? Ninguna diferencia aparece ni en el significado ni en la selección del lenguaje entre el primer pasaje (3:4) y el último (16:6). Ambos pasajes asocian la “dignidad” con lo que se escoge, con la intención, y lo que se lleva a cabo. En el primer pasaje aquellos a quienes se dirige son exhortados a “recordar”, y “guardar”, a “vigilar”; y de cuantos no han manchado sus vestidos se dice que son “dignos”. Sería una grosera perversión del pasaje introducir la idea aquí de que aquellos visados no son responsables por sus actos, que su voluntad no es libre para elegir entre lo profano y lo opuesto, o que la recompensa de andar con el Señor en vestiduras blancas no tenga que ver nada con sus actos. De igual modo, en Apocalipsis 16, al ángel se le escucha adscribiendo justicia al Señor, Quien ha derramado sobre la tierra las copas de Su ira, convirtiendo el mar, los ríos y las fuentes de agua en sangre. La razón que se nos da es la siguiente:

Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también Tu les has dado a beber sangre; PUES SON DIGNOS (Aunque en la Reina Valera se ponga – se lo merecen, y es una buena traducción, literalmente es la misma palabra griega traducida “dignos” en los demás lugares, y así traducen las Versiones inglesas). (Apocalipsis 16:6).

Flewelling escribe:

- “Si realmente se cree que los hombres no dejan de ser sino meras e indefensas víctimas del impulso, entonces no habría lógica ni razón alguna en castigar el crimen. De hecho, no habría crimen, una vez que no habría responsabilidad moral.”

Este pensamiento es tan grave como cierto. Si una persona cree una teoría que le obligue a negar la libertad de elección en los agentes morales, entonces, en cualquier cosa que pueda nombrar superficialmente, estará lógicamente obligado a negar la “sobrexcedente pecaminosidad del pecado”. El hecho de que las recompensas y los castigos resulten de los actos de los hombres prueba dos cosas: (1) Que Dios es el Gobernador moral de Sus criaturas, y (2) que el hombre es un agente moral responsable.

En otro posterior estudio examinaremos más detalladamente este asunto del castigo y de la libre moral del agente. De momento tan solo estamos tratando con el hecho fundamental de que el Creador del hombre es el justo Gobernador del hombre, y que esta relación afecta Su actitud para con el hombre, tanto si sea pecador como santo, y tanto si sea bajo la ley como bajo los términos del evangelio.

Dios, siendo el Creador, gobierna el mundo por leyes absolutas. Dios, siendo el Gobernador de los agentes morales, los gobierna por leyes contingentes. Una ley absoluta es, por ejemplo, que todo mineral magnético atrae un pedazo de hierro. Nadie pensaría jamás en alabar o recompensar al Magnético Polo Norte por su constante capacidad de atraer la aguja de la brújula del mariner. Muy agradecidos tenemos que estar a Dios que haya investido la insensata natura con un tal poder tan provechoso, pero eso es algo totalmente distinto. Por otro lado, descubrimos una ley completamente diferente en operación cuando pasamos de la brújula del mariner, y ponemos los ojos en el propio mariner en sí. El mariner tanto puede resistir como obedecer las leyes que gobiernan su ser. El Polo Magnético moral ejerce su influencia sobre su conciencia, pero a diferencia de la aguja magnética, él bien puede recusarse a obedecer. Esta posibilidad de recusar indica el poder de la elección, y es la esencia de la responsabilidad moral. En esta esfera debemos admitir la contingencia; es decir, en esta esfera Dios bien puede decir: “Si tú... entonces Yo”.

Si el lector alguna vez se ha deparado con los abogados del *determinismo* (quienes le niegan la libertad de elección al agente moral) habrá visto que su teoría no se aplica en su vida diaria. Si les robas su dinero no debes esperar que te excusen explicándoles que tú no puedes ser responsable por tus actos. En otras palabras, la teoría no funciona.

“La contingencia es la privilegiada posesión de la sola persona...Nosotros escogemos tan solo viendo el antes y después, y concebimos la posible relación de acontecimientos” (Flewelling). La contingencia ha sido descrita como “Aquello que es, o puede ser, pero que podría no haber sido, o podría ser diferente de lo que es”. Este

elemento de la contingencia se distingue muy bien en Génesis capítulos 2 y 3, y está en fuerte contraste con los principios que gobiernan Génesis 1. En Génesis 1 tenemos a Dios en Su trato con la creación. En Génesis 2 tenemos al Señor Dios en Su trato con el hombre. En Génesis 1, “Dios dijo...y así fue”; es imposible introducir aquí cualquier contingencia. Cuando Dios dijo: “Sea la luz” y “Produzca la tierra”, tan solo pudo suceder un resultado – “fue la luz” y “así fue”. Sin embargo, cuando el Señor puso al hombre en el jardín y le mandó abstenerse del árbol del conocimiento del bien y del mal, no hubo una secuencia inevitable. El hombre no estaba sujeto compulsivamente ni a obedecer ni a desobedecer. El hecho de que el Señor Dios adjuntase al mandamiento un aviso en cuanto al castigo que resultaría si desobedeciese, nos deja ver claramente que aquí tenemos una atmósfera muy distinta de la que vimos en Génesis 1. Nuestra mente no puede concebir la introducción de un castigo en Génesis 1:3 u 11.

Ojalá que para nosotros, sin importarnos lo que otros puedan enseñar, que cuando nos acerquemos a Dios, creamos “que le hay”, y que Él es “Galardonador de los que le procuran”.

CAPÍTULO 4

Dios, el Gobernador Moral: ¿Es Justo?

Cuando comenzamos a ser conscientes del hecho básico de Dios como el Gobernador Moral de Sus criaturas, hay varios puntos de suficiente importancia que se nos presentan por sí. El tema que vamos a considerar en este artículo es tan importante, (envolviendo como envuelve la apreciación del creyente de la expiación en sí, así además como todo el medio de la moralidad) que no debemos escatimar esfuerzo alguno hasta que lo tengamos bien claro.

Nuestra indagación debe ser puesta formulando la pregunta: ¿Será arbitrario lo recto y justo? Es decir, ¿Se toma por correcto debido a que lo justo sea una verdad eterna, o algo es justo y correcto porque Dios así lo dice? ¿Será lo justo y recto un asunto de mera promulgación? Si lo recto es recto simplemente porque Dios lo quiere, y el error es error por la misma razón, entonces – así, cualquiera que sea la voluntad que haya determinado, por Su voluntad puede ahora deshacerla – si así le place; y bien podría por la arbitraria promulgación de Su voluntad hacer con que todo cuanto hasta aquí considera recto, ahora tome por errado, y todo cuanto está ahora errado, por correcto. Esta declaración conlleva consigo su propia refutación. La Escritura no nos permite que entretengamos una tal idea. Nos asegura que el Dios omnipotente se halla bajo el control de lo justo y la verdad. Si así no sucediese, una mera desgovernada omnipotencia bien podría convertir el universo en una horrible y anárquica pesadilla.

La Escritura nos dice que Dios “no puede negarse a Sí Mismo” (2ª Timoteo 2:13). Esto implica que se auto limitó de Su poder, puesto que *ou dunati* significa “Él no es capaz”. Y una vez que ninguna criatura, grande o pequeña, tiene la habilidad de anular la todopoderosa fuerza del Señor, la única causa por la tal santa habilidad debe procurarse en la natura del propio Dios en Sí. La justicia no es un acaso arbitrario que la Voluntad de Dios pueda alterar; sino que habita en el mismísimo corazón de Dios, y es la permanente característica de Su trono (Salmo 45:6). La Escritura nos dice que Dios “no puede mentir” (Tito 1:2). La Versión Autorizada aquí es más bien libre en su traducción de *ho apseudes Theos*, pero sigue siendo veraz al hecho. Una persona honesta, aun teniendo una puerta de escape, si se ve tentado a robar, diría: “yo no puedo hacer eso”. La imposibilidad del acto no se debe a falta alguna del poder físico, sino por causa de la presente integridad moral interior, eso es lo que produce en la persona esta noble *incapacidad*. Dios es el “Dios de verdad, y carente de iniquidad, así como es además justo” (Deut.32:4).

Agradecemos y regocijémonos de que el Todopoderoso Dios admita la imposibilidad: “Es *imposible* que Dios mienta” (Hebr.6:18). Imposible, no por causa de alguna mortal o angélica oposición que lo pueda impedir, sino por causa de Su propia integridad inherente. Con el conocimiento que hemos adquirido de las Escrituras con respecto a la naturaleza de Dios, deberíamos obligarnos a repudiar aun mismo el testimonio de un ángel del cielo, si se nos dice que Dios haya decretado que 2 más 2 son 6, o que en algún lugar en el universo los tres ángulos de un triángulo fuesen igual a tres ángulos rectos, o que dos líneas rectas puedan delimitar un espacio. Estos axiomas matemáticos son independientes del tiempo y del lugar. Son y siempre serán verdades inalterables. Se debe precisamente a estos axiomas que le fueron dados al hombre como base del pensamiento que sea posible cualquier avance en el reconocimiento de la verdad. Este punto esperamos venir a considerarlo más plenamente cuando llegemos a la creación del hombre en la imagen de Dios. Para nosotros *los que conocemos a Dios* es una bendita verdad saber que algo es verdad simplemente porque Él así lo afirma, pero eso se debe a que hemos aprendido antes a conocerle como el Dios de verdad.

La influencia de un concepto equivocado de la soberanía de Dios se hace muy evidente en la teología del Calvinismo, de la cual ha llegado a decirse:

- “El Calvinismo no es accidental, sino esencialmente inmoral, una vez que hace de la distinción entre lo correcto y lo equivocado un asunto de *dictamen positivo*, y por tanto hace posible afirmar que lo que es *inmoral para el hombre sea moral para Dios*.”

El apóstol Pablo, en Romanos 3, repudia el principio de “Hagamos males para que nos vengan vienes” no tan solo el propio, sino que también lo repudia el Señor a quien servía (Rom.3:4-8). Dios supervisa el mal, y esto es algo por lo que no podemos estar suficientemente agradecidos, pero enseñar que Él definitivamente planea el mal para

que vengan vienes, o que derribará todo criticismo simplemente por el peso de Su omnipotencia, es prácticamente falso.

- ¿Será injusto Dios que da castigo?.....de otro modo ¿Cómo juzgaría Dios al mundo? (Rom.3:4-6).

Esta es la actitud de la Escritura y de todo aquel que cree su enseñanza.

Si la omnipotencia fuese todo, Dios podría haber hecho salvo al hombre pecador sin un sacrificio expiatorio, y no obstante, nosotros sabemos que no escatimó a Su propio Hijo, sino que voluntariamente lo entregó por todos nosotros, con el fin de que Él fuese el *Justo* y el *Justificador* del creyente pecador.

La doctrina Escritural de la omnipotencia es que Dios puede hacer todas las cosas, excepto aquellas que Su propia *racional* y *moral* naturaleza le prohíbe, y aquellas que violan Su propósito haciendo al hombre en Su propia imagen. Aquellos que enfatizan la omnipotencia de Dios están habitualmente dispuestos a negar Su derecho a crear una criatura moral con la capacidad de decir “Sí” o “No”.

Muy poco oímos hablar de la condescendencia de Dios, y de Su voluntaria auto limitación, pero sin estas cosas, ni la creación ni la salvación hubiese sido posible o racional.

CAPÍTULO 5

La Auto-Limitación de la Omnipotencia

Bien podemos entender que algunos de nuestros lectores no se sientan totalmente confortables acerca de un título que diga respecto a las “limitaciones de la omnipotencia”, aun cuando sean “auto-limitaciones”. Será bueno, por tanto, mostrar hasta qué punto una idea afecta todo el esquema de la salvación antes de dirigir nuestra atención a cuestiones más ampliamente planteadas.

Nadie puede cuestionar que el Señor Jesucristo posee el título de la “omnipotencia”, el “Todopoderoso”. Esta palabra *Pantokrator* se traduce en la Versión Autorizada “Todopoderoso” nueve veces, y “Omnipotente” una.

- “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el *Todopoderoso*” (Apoc.1:8).

En correspondencia estructural con este versículo tenemos los versículos 17 y 18, con lo cual vemos bien que el versículo 8 se está refiriendo al Señor Jesucristo.

- “No temas, Yo soy el primero y el último, y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apoc.1:17, 18).

Los títulos ¡Alfa y Omega” y “Principio y Fin” se intercambian por “el Primero y el Último”, mientras que el título “Todopoderoso” corresponde con la posesión de las “llaves de la muerte y del Hades”.

En Apoc.19:6, cuando las “Bodas del Cordero tengan lugar”, se hace esta proclamación: “el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”. En Apoc.11 es Cristo Quien reina (vers.15), y una vez más vuelve a otorgársele el título “Todopoderoso”:

- “Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras (Los mejores textos omiten las palabras “y que has de venir”, puesto que aquí Él se halla ya presente) porque has tomado Tu gran poder, y has reinado” (Apoc.11:17).

No precisamos multiplicar las palabras probando que el título “Todopoderoso” pertenece a Cristo, así como tampoco hay necesidad en estas páginas de probar que en nuestro respaldo “Él se humilló a Sí Mismo”. Nos gloriamos en el hecho de que Aquel Quien era rico, por nuestra causa se hiciese pobre. Sin la “auto-limitación” de Su omnipotencia, ni Belén ni el Calvario habrían jamás conocido la presencia del Hijo del hombre.

Con esta redoblada garantía, debemos ahora seguir adelante y considerar la cuestión de la omnipotencia en relación a la creación y la esfera de la gobernación moral. El Señor ha limitado Su omnipotencia con el fin de que la justicia y la santidad puedan operar sus maravillosas sendas y el amor tenga su pleno alcance sin comprometer el trono de gloria.

No se precisa un gran conocimiento de la Escritura, o poseer mucha habilidad lógica, para percibir que la Creación presupone poder, y un poder, a una tal magnitud, como para ser justamente denominado *Omnipotente*. No pretendemos profundar más este aspecto del tema, pues se verifica tanto por la Escritura como por el sentido común. Pero hay, sin embargo, otro aspecto que parece haber escapado a la atención de la mayoría – el hecho de que, en el propio acto de la creación de un mundo, Dios necesariamente se envuelve de responsabilidad, siendo como es su Moral Gobernador y Sostenedor. Antes de la creación, Dios era auto-suficiente. De nada precisaba. La creación vino a existir en concreción por Su buena voluntad, y a la raíz de todo encontramos revelado Su amor. Aun pensando que la creación hubiese sido algo puramente mecánico, el mantenimiento de todas las cosas por la Palabra de Su poder precisaría mismo así una gran demanda del Creador. Las Escrituras, además, están repletas de referencias a Su amoroso cuidado sobre las obras de Sus manos. El Creador va mucho más allá que un todopoderoso Mago. La Creación es “la obra de Sus manos”

y se sostiene por Su omnipotente cuidado. El sol, y la luna, y las estrellas se sujetan en sus cursos por una benemérita vigilancia. El día y la noche, la primavera y el tiempo de la cosecha nunca faltan. Hasta los propios cabellos de nuestras cabezas están contados, y no hay un gorrion que caiga al suelo sin ser notado.

La Creación, sin embargo, no acaba por aquí. Hay además un medio moral, un medio en el cual las criaturas hechas por la mano de Dios, hechas en la imagen de su creador, están investidas con la razón, con inteligencia, con la capacidad de elegir. ¿Nos hemos alguna vez parado a pensar cuál deba inevitablemente ser el producto de una tal criatura? Cuando Dios produjo un mundo en el cual era posible que el mal se introdujese (y esto fue lo que hizo cuando creó al hombre y lo puso en el Huerto del Edén), ¿De qué posibles rebeliones, de amor herido, de ingratitud, se escatimó Él sin querer sufrir? En su infinito pre-conocimiento sabía perfectamente que dicho universo le haría exigencias que tan solo Su infinito amor podría satisfacer. La Creación envolvía la previa ordenación de antemano del Cordero.

En Eclesiastés leemos:

- Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones (Ecles.7:29).

Dios hizo de tal manera al hombre que pudiese obedecer o desobedecer, y aquí distinguimos bien el poder que Dios le concedió ejercitándolo para sus propios fines.

Mientras más pensamos en estos asuntos más conscientes somos, que el Creador no puede ser una Deidad abstracta carente de sentimientos, sino una Deidad Única que en la plenitud del tiempo vino a darse a conocer como Padre.

Muy poco tenemos en común con el famoso filósofo americano William James, sin embargo en este dicho suyo simpatizamos con él:

- “Luchando contra el Dios del Absolutista, me veo luchando por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob”

Un Dios muy próximo, y no distante. Una Persona, y no un mero poder insensible. C.C.J. Webb escribe:

- “Un Dios que no pudiese ser limitado por Su carácter vendría a ser un Ser totalmente indeterminado, un mero impulso anárquico sin sentido, y por tanto inefectivo e impotente.”

El poder en sí podría no hacer caso a limitaciones, pero el poder que opera por amor se refrenará y negará a sí mismo, pues esa es precisamente la esencia misma del amor, y el amor es de Dios.

Adoremos a nuestro Padre, el Único todopoderoso y auto-suficiente, pero recordemos que no podríamos haber venido a adorarle como tal, si Él no hubiese en Su amor y Su poder, hecho al mundo y al hombre tal cuales son.

CAPÍTULO 6

El Previo Conocimiento de Dios

En las enseñanzas de los hombres hay dos principales escuelas de pensamientos concernientes al *previo conocimiento* de Dios. Una escuela enseña que con Dios no hay limitación alguna de pasado, presente y futuro. Su conocimiento es sin derivaciones e inmediato, sin entrometerse en la decisión que el hombre quiera tomar. Él conoce infaliblemente todo lo que ha de suceder sin que necesariamente tome cualquier vía en la causa. Este punto de vista permite que el hombre sea un agente moral con libre albedrío que puede justamente ser recompensado o punido por sus actos. El punto de vista alternativo equivale al *fatalismo*. Sugiere que cualquier previo conocimiento que Dios en Si haya planeado que suceda, y una vez que Dios conoce todas las cosas, esta doctrina hace con que solo Dios sea moralmente responsable por todo pecado humano. Si cada acto humano estuviese así inevitablemente prefijado, la “ley” y el “evangelio” serían términos indiferentes, y sus invitaciones y avisos no serían más que meras burlas sin sentido. Así se niega el significado revelado del pecado, puesto que, el pecado, es el *desvío de un albo estipulado*, esto es, la *transgresión de una ley*. Si Dios desde toda la eternidad hubiese predeterminado así todo cuanto había de suceder, entonces, todo estaría en obediencia a Su voluntad, y el pecado no podría por tanto existir. Siempre y donde hallemos una negación del libre albedrío del agente humano, descubriremos, o bien latente o expresado, este vacío y hueco significado del pecado, y la atribución a Dios como el autor del mal moral.

El profesor Hamon en su libro “La Ilusión Universal del Libre Albedrío” escribe:

- Científicamente, el hombre es el inevitable producto del entorno en el que vive, y en el cual vivieron sus antepasados. Lógicamente, él no puede ser responsable por sus actos, ya que no puede dejar de seguir sus impulsos y deseos cuando surgen las condiciones...nunca se debe considerar al hombre responsable por sus actos, pues es tan autómatas como el tigre tras su presa o la roca que se desmorona. ¡Irresponsabilidad general! Esta es la verdad científica.

¿Cuál es la conclusión? Esto no deja de ser sino el fruto que crece por negarle el libre albedrío al agente moral.

El profesor Gunther escribe:

- En realidad el mundo no tiene lugar para el deber bajo el punto de vista científico. El proceso cósmico sigue su curso imperturbable. Cuán ridículo y sin sentido debe ser en vista de este concepto de las cosas, dirigir a un hombre diciéndole cómo tiene que comportarse, como si él pudiese mudar en lo más mínimo la inexorable corriente de la causa y el efecto.
- En un mundo como este no puede haber “deber” alguno, y los diez mandamientos no pasan de ser una necesidad completa.

En esta irresponsabilidad moral de todos los actos del agente por parte de los *Científicos Profesores* llega a afirmarse lo siguiente:

- El vagabundo que asesina a un niño en el campo no pudo evitar llevar a cabo dicho acto. El acto de la voluntad del hombre está tan prefijado matemáticamente como el movimiento de un planeta en su órbita (*Blactchford*).

Si esta enseñanza hubiese sido hecha por científicos, filósofos o infieles, ya no precisábamos seguir dándole más atención. Sin embargo, no deja de ser sino la enseñanza de algunos que claman afirmando que “predican la Palabra”, y que reciben sus sueldos creyendo que, enseñando estas cosas, glorifican a Dios. Una cosa, no obstante, es verdad para todos los hombres, cualquiera que sea su creencia doctrinal: Nadie en su juicio cabal actúa bajo la suposición de que el hombre no sea libre y responsable. El hombre que haya confesado rotundamente en favor del determinismo, negando así el libre albedrío humano, estará dispuesto, aunque siendo lo más ilógico, a no permitir por su lado cualquier atentado contra su propiedad. Su doctrina no tiene cualquier valor práctico, y rápidamente se indignaría ante las excusas que le presentase el asesino o ladrón reclamando su predeterminación, es decir, su irresponsabilidad a la hora de perpetrar contra si sus actos.

Emplear la palabra “voluntad” y al mismo tiempo decir que dicha voluntad no es “libre” conlleva una contradicción en los términos. Una voluntad completamente determinada por algún poder exterior cesa totalmente de ser voluntad; precisaría ser denominada con algún otro nombre. La voluntad representa y comporta el acto consciente, y como tal, debe ser libre. Nosotros no hablamos ni podemos hablar de la *voluntad* de un coche, ni tan siquiera de una planta. La conciencia, la personalidad y el libre albedrío para escoger son esenciales. Por muy esclavo que un hombre pueda estar por el pecado y sus consecuencias, todavía sigue siendo objeto de apelo, de invitación, de aviso, y a él nos dirigimos como siendo libre de elegir.

Si bien en muchos aspectos mantenemos puntos de vista con Calvino, aquella parte de su credo que trata con la doctrina de los *decretos eternos*, predestinando algunos a la salvación, y a otros irrevocablemente a condenación, pensamos que mereció la justa censura de Aubrey L. Moore, que escribió:

- El Calvinismo no es accidental, sino esencialmente inmoral, una vez que hace la distinción entre lo cierto y equivocado un asunto de *positiva promulgación*, y así, hace posible afirmar que aquello que es *inmoral para el hombre*, sea *moral para Dios*. (ya hemos hecho alusión a esta cita en un artículo anterior)

Esto no deja de ser sino otra manera de decir “Quiero, puedo y mando” forzosamente, una doctrina que ha derramado por la tierra mucha sangre y lágrimas. Por muy despreciable que la enseñanza de Kant pueda ser, su “categórico imperativo” permanece. “Yo debería” implica “yo puedo”.

Vayamos ahora al pasaje que afirma el pre-conocimiento de Dios.

Las palabras *proginosko* y *prognosis* aparecen siete veces en el Nuevo Testamento en el orden siguiente:

A| Hechos 2:23. Cristo por *determinado consejo* hecho un Sacrificio por el pecado.

B| Hechos 26:5. Manera de vivir *conocida de antemano*.

C| Rom.8:29. \

Rom.11:2 } Elección de acuerdo al *conocimiento previo*

1ª Pedro 1:2 /

A| 1ª Pedro 1:20. Cristo como el Cordero de Dios.

B| 2ª Pedro 3:17. Vosotros ya *conocéis* estas cosas *de antemano*.

De estos siete pasajes, los dos marcados por B y B no merecen comentario alguno una vez que simplemente hablan del conocimiento de antemano humano, y ninguno de ellos dice nada acerca del poder de la predestinación. Las dos referencias A y A hablan de Cristo, y las tres bajo C del creyente y el pueblo de Israel. Es con estas tres referencias que vamos mayormente a ocuparnos aquí. No en tanto, debemos darle alguna atención a Hechos 2:23 por causa de la clara distinción que ahí se hace entre el conocimiento previo de Dios de los actos humanos, y la responsabilidad del hombre a pesar del hecho de que sus actos sean por Él de antemano conocidos.

- A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos (Hechos 2:23)

Un pasaje en algunos aspectos paralelo a este es el que se encuentra en Lucas 22:22:

- A la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado, pero ¡Ay de aquel hombre por quien es entregado!

El “determinado consejo” de Dios, en Hechos 2:23, se distingue de Su “previo conocimiento” y se contrasta claramente con los actos “inicuos” de los hombres. Decir que Dios ordenó de antemano que el hombre actuase inicualemente sería derrocar la fe. Además, al igual que todo lo malo, es ilógico. Aquello que Dios ordene no puede ser

inico, pues esa es Su voluntad, y tan solo aquello que transgreda Su voluntad puede denominarse *anomos* “sin ley”. El previo conocimiento de Dios no priva al hombre de su libre albedrío, ni determina de antemano sus actos.

En Rom.8:29 el “conocimiento previo” se diferencia de la “predestinación”. Tan solo aquellos predestinados a ser conformados a la imagen de Su Hijo, a los cuales de antemano Él conoció. El mismo principio se enseña claramente en 1ª Pedro 1:2: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre”.

Aquel que conocía de antemano los actos de todos los hombres podría predestinar a cada uno a una particular esfera, pero imaginarse que todos los hombres están predestinados o bien para salvación o para condenación por un decreto arbitrario, violenta todo el tenor de la verdad revelada. Nosotros somos obligados a aguardar por los acontecimientos antes de saber, pero Dios no está bajo dicha limitación. Conoce el final desde el principio, y consecuentemente puede hacer Sus planes con infalible certeza. Un tal conocimiento bien puede estar más allá de nuestra comprensión, pero no contradice la ley moral que se extiende y prevalece a través de toda la Palabra de Dios.

CAPÍTULO 7

El Dios Viviente

Antes de acabar nuestro estudio de Dios como el Creador y Moral Gobernador del mundo, debemos darle alguna consideración a la cuestión de la *Personalidad*. En un previo artículo hemos citado a W. James diciendo:

- Si lucho contra el Dios del Absolutista, estoy luchando por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

El Dios de la Metafísica* puede ser infinito y absoluto, pero no es una persona, y no puede ser el “Dios Vivo” de la revelación. Un Ser Infinito es ilimitado, y el Ser Absoluto no está relacionado; y cualquier cosa totalmente ilimitada y sin relación alguna es, al menos en cuanto al hombre concierne, desconocido e irreal. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” es una viva, y amorosa *Persona*.

- - El término “Metafísica” (*meta*, “según o conforme a” y *phísica* “lo físico”) debe su origen a una obra de Aristóteles que fue puesta en una colección de sus manuscritos después de su tratado sobre *Físicas*. Hoy en día ha pasado a significar *filosofía teórica*, como la ciencia última del ser y del conocimiento. La Metafísica trata con los rudimentarios principios de las cosas, incluyendo el ser, la esencia, la substancia, el tiempo, el espacio, la causa etc.

Dios está limitado, no por limitaciones por otros impuestas sobre Él, sino por Su propia naturaleza. Santidad, justicia, amor – estas son Divinas limitaciones, reconocidas a través de toda la Palabra. Dios es “absoluto” en el sentido de que es auto suficiente, y “no precisa de nada” (Hechos 17:25), pero aunque sea independiente en Su plena relación con cualquier otro, Su absolutismo no es de tal orden que excluya Su relación con Sus criaturas, ni deja de fluir Su auto suficiente plenitud hacia el exterior. “En Él vivimos, y nos movemos, y somos”.

Algunos han objetado que describir a Dios en cuanto a Su Persona es hablar de Dios en términos del hombre. Pero esto, no en tanto, no es una válida objeción; puesto que esta figura literaria – conocida como *Anthropomorfismo* – es precisamente el lenguaje de la Escritura. Realmente las personas humanas son limitadas o finitas, pero de ahí no se deduce que la personalidad precise ser finita. Dios tiene que ser personal o impersonal; no cabe una tercera posibilidad. Además, la revelación última de Dios hace de Él una Persona – cuyo nombre en *Emmanuel*, “Dios con nosotros”. No obstante, a este tema, debemos darle su debida examinación en su tiempo y lugar apropiado. Aquí tan solo lo mencionamos para que su luz pueda iluminarnos de vuelta al principio, y para que podamos ver que la Personalidad de Dios es vital para nuestra fe.

Matthew Arnold concibió a Dios como un poder impersonal, pero, tal como Fitcher señala, un tal poder sería incapaz de relacionarse, y sería como la energía producida por las Corrientes del Golfo o las Cataratas del Niágara. La negación de la personalidad a Dios resulta fatal para la piedad. Retira a Dios del medio moral; hace con que la relación con Él sea imposible. Una máquina no puede razonar, ni amar, ni tiene voluntad propia. ¿Quién puede amar la gravedad, orarle a la electricidad, o entonar himnos a la ley de la conservación de la energía?

La filosofía nos ha ofrecido, en sustitución del Dios Viviente, la “idea” de Hegel, la “Ciega Voluntad” de Schopenhauer, el “Sublime Inconsciente” de Hartmann, el “Orden Moral” de Fichte, y el “Eterno No Nosotros” de Matthew Arnold. Pero, ¿qué es una “idea” sino una expresión de la personalidad consciente pensante? Y ¿qué es la “voluntad” sino una evidencia más de la personalidad moral y mental? El Dios personal siempre ha estado muy cercano, pero los ciegos filósofos no han sido capaces de verlo.

Cuando el hombre se examina a sí mismo, descubre una personalidad: un ser consciente, que piensa, desea, y siente. ¿Será posible que el hombre sea superior a su Hacedor? ¿Podemos creer que Dios haya investido la criatura de Sus manos con una noble natura que Él no posea? La condenación del Salmista de los dioses paganos se acopla muy bien a la deidad de los filósofos:

- Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, más no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta. (Salmo 115:5-7).

Toda la creación testifica un Creador Personal.

- (1) La naturaleza es inteligible, y precisa de un Ser Inteligente por detrás, de lo contrario no podría haber Ciencia.
- (2) La Naturaleza revela un propósito. Sabemos bien, sin que ningún libro nos lo tenga que enseñar, que la dirección de cualquier fuerza hacia un fin u objetivo es la expresión de la voluntad. La voluntad es inconcebible aparte de una *persona*.
- (3) La naturaleza es realmente una coherente unidad. La vida y toda actividad cesarían a menos que los elementos y las fuerzas de la naturaleza estuviesen correlacionadas y sujetas en balance. La inteligencia, voluntad y unidad, todo requiere que en la Causa por detrás del fenómeno natural debe haber una Persona.

La Personalidad es esencialmente una trinidad. No vamos aquí a discutir en esta junción hasta qué punto se relaciona la doctrina del Dios Triuno, pero está claro que una persona es conscientes de tres manifestaciones – piensa, quiere y siente. No vamos a profundar esta cuestión, al menos de momento. Una vez que tenemos con nosotros toda la Escritura, y nos regocijamos en el hecho glorioso de que en la persona de Cristo, Dios se hizo manifiesto en la carne, diferiremos nuestro estudio en esta conexión para más adelante, hasta que nos ocupemos con la venida de Cristo. Pero no abandonaremos este asunto sin expresar un explícito testimonio de la palabra en sí, y así por tanto llamamos la atención hacia algunos de los caminos en los cuales las Escrituras refiere al “Dios viviente”.

El primer testimonio para el hecho de que Dios es el “Dios vivo” se encuentra en Deut.5:26:

- Porque, ¿qué es el hombre para que oiga la voz del Dios viviente que habla en medio del fuego?

Revisando el capítulo con esta declaración delante, nos damos cuenta, tal vez como nunca antes, hasta qué punto y de qué manera tan efectiva testifica de Su Persona el ofrecimiento de la ley del Dios vivo. Aquí lo vemos haciendo un pacto con Israel (vers.2); hablando cara a cara en el monte (vers.4); librándolos de la esclavitud (vers.6 - 11); instituyendo el Sabbath en conexión con Su propia obra de creación, y dándole a Israel Su santa ley (vers.12 a 21).

El Señor afirma probando ser el “Dios viviente” cuando, bajo el mando de Josué, cumplió Su promesa concerniente al territorio (Josué 3:10). David también utiliza el título refiriendo la blasfemia de Goliat en defensa de los ejércitos del “Dios viviente” (1ª Samuel 17:26).

La realización en el Antiguo Testamento del Dios Viviente parece alcanzar su cima en el Salmo 84:

- Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. (Salmo 84:2).

Pasando por alto los muchos pasajes que utilizan la frase, “vive Jehová”, ahora regresamos al Nuevo Testamento para ver algo del peso del testimonio que ahí tiene. A medida que vamos leyendo capítulo tras capítulo del Evangelio según Mateo, la convicción se va arraigando más y más hasta que, cuando llegamos al capítulo 16, encontramos el eco repetido de nuestros propios corazones en el testimonio de Pedro:

- Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16).

Cuando Pablo se dirigió hablando a los hombres de Listra que estaban intentando ofrecerle sacrificio a él y a Bernabé, dijo:

- Os anunciamos que de estas vanidades os convertiréis al Dios vivo (Hechos 14:15).

Este característico testimonio del Apóstol lo encontramos de Nuevo en 1ª Tesalonicenses:

- Cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero (1ª Tesal.1:9).

En 2ª Corintios es el “Espíritu del Dios vivo” Quien escribe sobre el corazón del creyente; y el creyente en sí constituye el “templo del Dios viviente” (2ª Cor.3:3; 6:16). En 1ª Timoteo la iglesia es llamada “la iglesia del Dios viviente” (1ª Tim.3:15), Quien es descrito en el siguiente capítulo como el “Salvador de todos los hombres, especialmente de los que creen” (1ª Tim.4:10).

Hay además otras ocurrencias del mismo título en la Epístola a los Hebreos. En Hebreos 3:1 al incrédulo se describe como alejado del Dios viviente; y en 9:14 el servicio de aquellos cuyas conciencias han sido lavadas se rinde al “Dios vivo”. En 10:31 leemos que “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”; y en 12:22 el objetivo delante de aquellos que siguieron tras los pasos de Abraham y la “gran nube de testigos” es “la ciudad del Dios viviente”.

Es debido a que Él sea el Dios viviente que podemos hablar de Sus atributos. La justicia, la misericordia, el amor, la fidelidad – estos atributos indican una Persona; no podrían aplicarse a un mero Poder, ni a un Principio. En el Antiguo Testamento la revelación como una Persona está principalmente inserido en el gran nombre “YO SOY”. En el Nuevo Testamento Su Personalidad se nos pone delante en el título “Padre”, y se nos ofrece un aspecto suyo en la vida y obra del Hijo. No puede haber más claro testimonio hacia la gloriosa Personalidad del Creador que la final revelación

que recibimos en la Palabra, la relación del Padre hacia el Hijo. En estos términos se agota el lenguaje.

Dejemos que otros hablen en sus tinieblas de “El No Conocible”, “La Primera Gran Causa”, etc., etc. Por nuestra parte, gloriémonos en la gracia que ha iluminado nuestras tinieblas, y que nos ha revelado la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

CAPÍTULO 8

Jesucristo es el Señor

Si al hombre no le hubiese llegado una revelación, no tendría la posibilidad de descubrir la verdad acerca de la creación y el Creador, y tan solo estaría limitado a observar pacientemente la evidencia del poder, la sabiduría, y la benevolencia que se encuentran en la tierra, en el mar, y en el cielo. Este testimonio que él así lograrse debe necesariamente ser parcial, debido a la fragilidad de la investigación humana, ya que en este campo, anárquicas conjeturas pueden confundirse por verdad, e ingeniosas teorías pueden construirse sobre arenas movedizas. Por nuestra parte, no obstante, poseemos en las Escrituras la revelación escrita de Dios, y, al tiempo que esta revelación no procura responder todas las cuestiones que el hombre de ciencia o los filósofos puedan plantear, sí que nos habla en un lenguaje muy claro y cierto de la creación y el Creador, y ahora debemos examinar este testimonio antes de seguir adelante abordando otros temas relacionados.

Antes que nada observaremos lo que las Escrituras nos dicen con respecto al Creador en Sí. Dios es el Creador de los cielos y la tierra, el mar y “todo lo que en ellos hay”. Este es el testimonio de la Escritura desde Génesis hasta Apocalipsis.

- En el principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén.1:1).
- Adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas (Apoc.14:7).

Dios, siendo el Creador, es el justo Objeto de adoración por parte de las criaturas. Cuando Isaías reprendió a Israel por causa de su idolatría, y procura hacerles ver su práctica necesidad, dice:

- ¿No sabéis? ¿No habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio? ¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó?
- Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; Él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una

tienda para morar... ¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad Quién creó estas cosas; Él saca y cuenta Su ejército; a todas llama por su nombre; ninguna faltará, tal es la grandeza de Su fuerza, y el poder de Su dominio...No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y Su entendimiento no hay quien lo alcance. (Isaías 40:21-28).

Éste es el Dios de la Creación que se encuentra por detrás del pacto hecho con Abraham y con el Mesías:

- Así dice Jehová (el Señor) Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan. Yo Jehová (el Señor) te he llamado... Yo Jehová (Señor); éste es Mi Nombre; y a otro no daré Mi gloria (Isaías 42:5-8).

Podemos obtener más luz sobre el propósito de la creación y el lugar de Génesis 1:2 en Isaías 45:18:

- Porque así dijo Jehová (el Señor) que creó los cielos; Él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó *en vano* (*tohu* – “sin forma”, Gén.1:2), para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová (Señor) y no hay otro (Isaías 45:18).

Confiamos en que el lector no dejará de apreciar la naturaleza del testimonio que se da por estas inspiradas declaraciones. En Isaías 40, citado anteriormente, tenemos el siguiente desafío Divino: “¿A qué me haréis semejante o me compararéis?” La palabra hebrea “comparar” es *is shavah*, y significa “estar, o ser puesto sobre un mismo nivel o igualdad, igualarse por comparación”. Se traduce de varias maneras: por ejemplo, “de nada me sirve” en Ester 5:13, donde los muchos honores recibidos por Amán se contraponen por la actitud de Mardoqueo. También se traduce “beneficio” en Ester 3:8, donde la idea del “balance” se ve de nuevo implicada.

En la segunda citación dada anteriormente de Isaías tenemos otra desafiante declaración: “Yo Jehová (Señor), éste es Mi Nombre, y a otro no daré Mi gloria”. En la tercera cita leemos igualmente la enfática declaración: “Yo soy Jehová (Señor), y no hay otro”.

Estos pasajes están escritos en un lenguaje que no admiten malentendidos. Si descubrimos en el Nuevo Testamento que haya Alguno que clame igualdad con Dios, y a Quien la creación de todas las cosas en el cielo y en la tierra se adscriba, entonces, nos confrontamos con una de tres posibilidades:

- (1) El Antiguo Testamento tiene que ser creído, pero no así el Nuevo Testamento.
- (2) El Nuevo Testamento tiene que ser creído, pero no así el Antiguo Testamento.

- (3) Ambos Testamentos tienen que ser recibidos como inequívocamente verdad (aun cuando algunas declaraciones puedan parecer contradictorias) porque ambos se refieren a la misma Persona. Todos los problemas desaparecen cuando percibimos que el Señor Jesucristo es “Dios manifiesto en la carne”.

Hay tres pasajes en el Nuevo Testamento, cada uno de los cuales tomado por separado sería suficiente para establecer este hecho, y cuando se toman en conjunto su evidencia es abrumadora.

- En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (Juan 1:1-3).

Con esta enfática y decisiva afirmación debemos leer las palabras de Isaías 45:18: “Yo soy Jehová (Señor), y no hay otro”.

- Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten (Colos.1:16, 17).

Aquí no tan solamente la obra de la creación en sí se adscribe al Señor Jesucristo, sino que además la “gloria” de la creación es Suya: “Todo fue creado por medio de Él y para Él; y Él es antes de todas las cosas”. Con este pasaje debe leerse la declaración de Isaías: “a otro no daré Mi gloria.”

El tercer pasaje se encuentra en la Epístola a los Hebreos:

- Y Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de Tus manos (Hebr.1:10).

Aquí el título dado al Hijo es “Señor”, el equivalente del Antiguo Testamento “Jehová” (Vea, por ejemplo, Mateo 3:3).

En conexión con Hebr.1 vayamos por un instante al Salmo 104:

- Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia. El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina...el que hace a los vientos Sus mensajeros (el que hace a Sus ángeles espíritus), y a la flama de fuego Sus ministros. Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida (Salmo 104:1-5).

Hebr.1 y 2 fueron evidentemente escritos con este Salmo en mente. Las palabras “gloria y magnificencia” nos recuerdan a Hebr.2:9 y 2a Pedro 1:17; y la referencia a la “vestidura” tiene algo en común con los versículos 11 y 12 de Hebreos 1, donde se dice que envejecerán y serán envueltos, lo cual se refiere por comparación al desaparecimiento de la creación. Además, tal como en Hebr.1, tenemos referidos ángeles como ministros espirituales. En el versículo 5 leemos: “Él fundó la tierra sobre sus cimientos” (Salmo 104:5). Si mudamos la declaración en una pregunta, entonces Hebr.1 responde: “Aquel Quien en la plenitud del tiempo se reveló como el Hijo de Dios”.

Job se quedó muy admirado contemplando la majestad del Creador, cuando el Señor le preguntó:

- ¿Dónde estabas tú cuando Yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia (Job 38:4).

Con la añadida revelación del Nuevo Testamento, ahora sabemos que este Todopoderoso Creador tomó consigo la naturaleza de un hombre y se humilló a Sí Mismo hasta la muerte de la Cruz. Y también sabemos que el pasaje que nos revela una tan maravillosa condescendencia nos asegura que no se “aferró” de Su parte a ser “igual con Dios”, lo cual era Suyo por derecho. Lo que Él dejó de lado en nuestro respaldo, por tanto, volvió a retomararlo de nuevo; y toda rodilla se ha de doblar y toda lengua ha de confesar que Jesucristo es el Señor para la gloria del Padre (Filip.2:6-11).

Ahora debemos regresar a Isaías 45. Ya hemos citado el versículo 18, donde, en conexión con la gran obra de la creación, Dios declara que “no hay otro” fuera de Él. Después descubrimos que en el nuevo medio de salvación esto sigue siendo todavía verdad.

- Y no hay Dios más que Yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de Mí. Mirad a Mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque Yo soy Dios, y no hay más. Por Mí Mismo hice juramento, de Mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a Mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua (Isaías 45:21-23).

El escritor del cuarto Evangelio no tiene dificultad alguna a la hora de escribir: “La Palabra (el Verbo) estaba con Dios, y la Palabra era Dios”. Debemos creerle, pues tiene consigo el mismo grado de aviso que nosotros con todo lo leído, y vemos bien que no tiene ningún problema como si fuese incongruente proclamando esta declaración. De manera similar, el escritor de la Epístola a los Hebreos no tiene dificultad alguna sobre el hecho de que “Dios” se dirija al Hijo como siendo “Dios” y “Señor”. Tampoco duda el Apóstol a la hora de citar Isaías 45:21-23 con referencia al Señor Jesucristo, aun cuando este capítulo declara: “Yo soy Dios, y no hay otro”. Para aquellos que aceptan la revelación de la Escritura afirmando que el Señor Jesucristo es “Dios manifiesto en la

carne” no hay ningún problema – aunque hay aquí, claro está, y debe haber, “un gran misterio”. Para aquellos que niegan la Deidad de Cristo, las declaraciones de Isaías y Juan, Hebreos y Filipenses, tan solo pueden significar un puñado de contradicciones que ningún tipo de argumento puede congeniar.

Por nuestra parte, nosotros no discutiremos teoría alguna concerniente al Dios Padre; nos basta y damos por satisfechos creyendo lo que Dios nos ha revelado. Y a medida que vamos meditando en estos asuntos, comenzamos a ver más claramente que lo revelado concerniente a Cristo y la creación del hombre en la imagen de dios, contiene un íntimo e importante peso sobre Su venida en la carne y Su sacrificio por el hombre pecador.

CAPÍTULO 9

La Unidad del Dios Padre. “Elohim... hagamos... a nuestra imagen” (Génesis 1:26)

Hasta aquí ya hemos considerado algunos de los temas que se presentan por sí al lector de Génesis 1. Nuestros estudios bien pueden no haber llegado tan lejos cuanto desearíamos, o sido tan extensos como la magnitud de cada tema demandaría, pero confiamos que hayamos llegado al punto de señalar la vía por la cual cualquier lector que lo desee puede explorar las Escrituras más detalladamente por sí. Veamos ahora brevemente todo lo expuesto hasta aquí.

- (1) *La Creación implica un propósito.* – Este tema es inagotable. El naturalista, así como también la teología pueden demostrar de mil maneras la evidente intención y propósito en las obras de las manos del Creador.
- (2) *La Creación porta consigo la evidencia de que “hay Dios”.* – El hombre no precisa llegar a convertirse ni tener una especial visión espiritual para creer el más obvio hecho en el universo, esto es, que la creación requiere un Creador. Este hecho es tan evidente que hasta los idólatras están sujetos a él sin excusa. El diligente estudiante tiene aquí un estudio fascinante. Mientras más viene a estar consciente con el mundo que le rodea, y lo que tiene en su interior, más y más llega a convencerse de la imposibilidad del Ateísmo, y las terribles tinieblas del Agnosticismo.
- (3) *Dios es el Gobernador Moral.* – El hombre no tan solo debe creer que “hay Dios”, sino además que Él es Quien rige en la esfera del gobierno moral. “Él es *Galardonador* de aquellos que diligentemente le procuran”. El gobierno Moral implica la ley, y la ley implica recompensa y castigo. La recompensa y el castigo tan solo son válidos donde exista responsabilidad moral. Siempre y

cuando se niegue la responsabilidad moral del hombre, ahí descubriremos también una negación de la perversión del pecado.

- (4) *¿Será correcto?* – En conexión con la gobernación moral de Dios, es necesario tener muy claro la naturaleza de Su perfecta justicia. ¿Será arbitraria? ¿O necesariamente proviene de la naturaleza propia de Dios en Sí? Nuestra respuesta a esta cuestión vendrá a influenciar toda nuestra subsecuente interpretación de la Palabra. No creemos que la Escritura induzca en parte alguna la idea de que la mera omnipotencia justifica cualquier curso de acción. Tener el *poder* no necesariamente significa producir lo *correcto*. El propio Dios regula Su omnipotencia por su justicia, y no Su justicia por Su omnipotencia.
- (5) *La Auto Limitación de la Omnipotencia.* – Este es un aspecto de la verdad que requiere cuidado en su presentación, pero sin él difícilmente le daríamos lugar al amoroso auto-sacrificio que de manera tan enfática señala este carácter tan especial del Todopoderoso. Aun mismo la creación en sí, visto que precisa y requiere un constante cuidado y sujeción, es una clara evidencia de la voluntaria auto-limitación de Dios. Su tierna misericordia está por encima de todas Sus obras, y si estas palabras tienen algún significado, nos indican un elemento de responsabilidad de parte del Creador. Él gobierna el mundo que ha hecho, en perfecta *justicia*.
- (6) *El previo conocimiento de Dios.* – El conocimiento de antemano de Dios se diferencia de la *elección* y de la *predestinación*, puesto que en cuanto a la elección se dice ser “según” o “de acuerdo” al previo conocimiento, y la predestinación se predica de aquellos que realmente fueron ya de antemano conocidos. El previo conocimiento no significa *fatalismo*, *predestinación*, *determinismo*, ni cualquier otro de los sistemas que harían un cielo endurecido y al hombre irresponsable moralmente.
- (7) *El Dios Vivo.* – Dios es un ser vivo, una Persona llena de amor; no una Fuerza ciega omnipotente, ni aquel *Absoluto* de los metafísicos. Ningún título de Dios, ningún nombre por el cual Él nos revela Su naturaleza en las Escrituras, resuena con tal profundidad de plenitud como el último de Sus títulos: “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.
- (8) *Jesucristo es el Señor.* – Volviendo a ver el testimonio de la Escritura para con la naturaleza del Creador, aprendimos que Él es sin igual. Él permanece único, no hay otro, y Su gloria no comparte con otro. El Señor Jesucristo se revela como el Creador, como Dios, como el Señor (Jehová). Así que lo contemplamos como el Dios-Hombre, desaparecen todas las aparentes contradicciones, y comprobamos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Estos temas relacionados deben mantenerse siempre en mente a medida que avanzamos con nuestro estudio.

Vayamos ahora a la creación del hombre.

- Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra (Gén.1:26).

“*HAGAMOS...NUESTRA...NUESTRA*”. – ¿No es sorprendente que Israel hubiese sido llamado para testimonio, en medio de la pagana idolatría, a la Unidad de Dios, y que sin embargo sus propias Escrituras utilizasen continuamente para el gran nombre de su Dios, una palabra plural: *Elohim*? Algunas impuestas razones deben considerarse para este caso tan extraño:

Algunos han sugerido que el plural aquí no deja de ser sino el simple Plural Mayestático, tal como lo emplean y se adopta por varias monarquías terrenales, pero esto no se confirma por el uso de la Escritura. En Génesis 3:22 leemos:

- He aquí el hombre es COMO UNO DE NOSOTROS.

Un rey terrenal puede utilizar una expresión similar si desea incluir sus pares monárquicos, sin embargo *Jehová* permanece en el singular por sí – no hay otros *dioses* *parejos*.

El uso del plural en Génesis 3:22 confirma la traducción de la Versión Revisada (y de la Reina Valera) de Génesis 3:5: “Seréis como Dios” – no “como dioses”, tal como en la Versión Autorizada. Si el plural (“dioses”) fuese la correcta traducción de Génesis 3:5, ¿por qué no dice “dioses” en Génesis 1:1, 2, 3, 4 y en todas las veintisiete ocurrencias de la palabra plural en Génesis 1?

Un hecho que no puede descartarse como de poca importancia es que el nombre plural de Dios se asocia generalmente con verbos en el singular. Este es el caso en cerca de treinta ocasiones en Génesis 1. Por otro lado, es también verdad que los verbos, adjetivos y pronombres se utilizan en el plural en asociación con *Elohim*. Por ejemplo:

- No podréis servir a Jehová, porque Él es Dios santo (Josué 24:19).

Aquí la palabra “santo” es *qadoshim*, plural. “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud” (Eclesiastés 12:1). Aquí la palabra “creador” está en plural. Así están además las palabras “Marido” y “Hacedor” en Isaías 54:5.

A los ejemplos anteriores podríamos añadir expresiones tales como:

- Y ahora ME envió Jehová el Señor y SU ESPÍRITU (Isaías 48:16).

Las palabras aquí son pronunciadas por Uno, Quien, en la primera parte del versículo, utiliza el lenguaje de Jehová. (Para ver un caso similar lea Isaías 45:19).

Volviendo ahora a Génesis 1:26, además observamos que, mientras que *Elohim* es plural, y los pronombres son “nosotros” y “nuestra”, el pasaje no dice: “entonces ellos dijeron” sino “entonces Él dijo”, con el verbo en el singular. Encontramos el mismo caso en Génesis 11: 6, 7:

- Y dijo Jehová...DESCENDAMOS, y CONFUNDAMOS.

El judío ortodoxo al tiempo presente repudia la idea de la pluralidad en la Unidad del Dios Padre, pero no ha sido así siempre. Cuando Moisés Maimonides escribió los trece artículos de la fe judía, le dio un sentido *absoluto* a la unidad del Dios Padre, que anteriormente había sido entendida como una unidad compartida. El Judío actual, en el servicio de la sinagoga, se pone en pie siempre que llega al “Shema”, y clama: *Shema Yisrael Adonai Eloheinu Adonai echad* (“Oye, Oh Israel, El Señor nuestro Dios, el Señor uno es”). La palabra *echad* aquí la refiere el Judío indicando una *absoluta* unidad, y no una *compuesta*. Pero este pensamiento no tiene soporte Escritural. La palabra *yacheed*, que es la verdadera palabra para la unidad *absoluta*, aparece unas doce veces en la Escritura, sin embargo nunca se emplea para expresar la Unidad del Dios Padre. En Génesis 22 se utiliza tres veces (vers.2, 12 y 16) con respecto a Isaac como el “único” hijo, y además en Jueces 11:34 con referencia a la hija única de Jefté. En el Salmo 68:6 se traduce “desamparados” (“solitarios” versiones inglesas). Sin embargo la palabra nunca se emplea en conexión con el Dios Padre. La palabra *echad*, que es la que realmente se usa, proviene de la raíz *yachad*, que significa “unir”, tal como por ejemplo en el Salmo 133, donde el Salmista está hablando de los hermanos habitando juntos en *armonía*. La misma palabra *echad* se utiliza en Números 13:23: “Un sarmiento con un racimo de uvas”; y en Jueces 20:1, donde toda la congregación de Israel se reunió en asamblea como *un solo hombre* (Vea además los versículos 8 y 11). Estas son todas ocurrencias de una *unidad compuesta*.

De igual modo, en Génesis 1:5, “la tarde y la mañana” son *yom echad* “un día”. En Génesis 2:24, el marido se unirá a su mujer y serán *basar echad*, “una sola carne”. Y, de nuevo, en Ezequiel leemos de los “dos” palos que vienen a ser “uno”, *aitz echad* (Ezequiel 37:16-19).

Porque ciertas expresiones en los credos de la Iglesia sean casi ininteligibles, o porque algunos hayan intentado probar la doctrina de la Trinidad por triángulos o por similares medios, eso no es razón para negar o cuestionar la evidencia de las Escrituras para con el hecho de que la Unidad del Dios Padre es una unidad (*echad*) compuesta, y no una unidad (*yachad*) absoluta. Nosotros no tenemos responsabilidad alguna de demostrar o

probar nada; nuestro regocijo, así como nuestra responsabilidad, simplemente es creer lo que a Dios le ha placido revelarnos.

Debemos diferir más comentario sobre Génesis 1:26 para otro artículo. Este estudio ha servido su propósito si conseguimos establecer un vínculo entre la doctrina expuesta en el artículo precedente – que el Creador es el Señor, Quien en la plenitud de tiempo se hizo hombre – y este inicial acto de crear al primer hombre en la imagen y semejanza de su Señor.

CAPÍTULO 10

¿Al fin y al cabo, por qué crea Dios?

Antes de desarrollar la idea subyacente de este artículo, tal vez sea provechoso que digamos algo acerca de la necesidad por ciertas leyes del pensamiento, y, en particular, acerca de la cuestión de los “axiomas”. Aun mismo la verdad revelada de la Biblia vendría a ser una mera secuencia de trazos curiosamente formados, o sonidos variados, aparte de la gramática, y la gramática presupone inteligencia, así como las leyes del pensamiento. La revelación y la razón deben, por tanto, ir juntas mano a mano, aun cuando tengamos que confesar que, aquello que muchas veces pasa por la razón humana, pueda estar muy lejos de la verdad. Un ser racional, aunque no tuviese pecado, estaría también obligado a reconocer la verdad de la revelación.

En el fundamento de todo pensamiento se encuentran los rudimentarios principios que nosotros llamamos “axiomas”. En Matemática, por ejemplo, un axioma es una evidente proposición por sí – tal como “Una línea recta es el espacio más corto entre dos puntos”, o “Cosas iguales una a la otra, son iguales entre sí”. Aun mismo que un ángel del cielo apareciera y nos dijese que estas cosas no son así, y que, por ejemplo, una línea curva sería más corta que la recta, deberíamos retener el axioma y repudiar sus confesiones. Pues bien, así como hay ciertas verdades evidentes en las matemáticas, existen igualmente en otros departamentos del pensamiento, tenemos axiomas que son por sí evidentes y no precisan de prueba alguna. Ahora dejaremos de lado este asunto, pero a él regresaremos posteriormente.

La cuestión que se nos presenta aparece en el versículo inicial de la Escritura:

- En el principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén.1:1).

Es totalmente evidente que, si Dios creó los cielos y la tierra en el principio, Él Propio tuvo que existir antes que Su creación tuviese lugar. Debe por tanto haber habido un tiempo (no podemos utilizar otra palabra sino “tiempo” aquí, debido a las limitaciones de nuestra naturaleza y conocimiento), cuando solo Dios había, y nada más existía. Es

por tanto evidente que Dios tiene que ser autosuficiente. Esto se confirma en Hechos 17, donde el Apóstol está dirigiéndose a los filósofos, quienes estaban familiarizados con los principios del razonamiento relativo a la natura de lo *Absoluto*:

- El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, COMO SI NECESITASE DE ALGO; pues es Él Quien da vida y aliento a todas las cosas (Hechos 17:24, 25).

La cuestión tiene que surgir más tarde o más temprano en la mente de todo estudiante de la Escritura, así como en la de todo estudiante de las obras del Creador: ¿Por qué razón creó Dios todas las cosas? Si Dios es autosuficiente, y no precisa de nada fuera de Sus recursos, visto que Él es el Autor de todas las cosas, al fin y al cabo ¿por qué las creó? No basta con decir que fuese debido a que era Todopoderoso, y por tanto capaz para crear los cielos y la tierra, puesto que incluso el hombre es capaz también de hacer muchas cosas, las cuales lo correcto sería que no las hiciera. La simple posesión del poder no responde la cuestión “¿Por qué?” Debemos ir más lejos, y aquí tenemos que guardar silencio y procurar la revelación de la Palabra.

Ahora debemos ir a Apocalipsis 4, y ahí leemos:

- Señor, Tú eres digno de recibir la gloria, la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas y por Tu voluntad existen y fueron creadas (Apoc.4:11).

Aquí, como vemos, tenemos una respuesta a nuestra cuestión: Dios creó todas las cosas “para deleite Suo”. En otro pasaje leemos:

- Israel será salvo en Jehová con salvación eterna...Porque así ha dicho Jehová, que creó los cielos. Él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, *para que fuese habitada la creó* (Isaías 45:17, 18).

Aquí podemos comprobar que parte del propósito de Dios era tener una tierra habitada.

En el Libro de Proverbios capítulo 8, donde se está hablando de la “Sabiduría”, el pasaje contiene las palabras:

- Me regocijo en la parte habitable de Su tierra; y Mis delicias son con los hijos de los hombres (Prov.8:31).

La creación, por tanto, es “para Su delicia”; la formó para una habitación; se deleita en sus habitantes. Pero de nuevo podremos preguntarnos, “¿Por qué?”

- Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas (Rom.11:36).

La respuesta a esta cuestión parece encontrarse en el propio ser de Dios Mismo. Persigamos esta nuestra indagación con humilde corazón, pues estamos aproximándonos al Lugar Santísimo.

Si bien algunas cosas de Dios pueden ser conocidas observando las obras de Sus manos, tales como Su eterno poder invisible y Deidad (Rom.1:20) – de tal modo que las naciones que caigan en idolatría no tienen excusa – hay sin embargo otras cosas relativas a Su naturaleza que están fuera de la esfera de la evidencia, y que van más allá del rango de la razón. Dios es espíritu, pero ese aspecto Suyo no precisa la creación. Dios es luz, pero no es por sí evidencia alguna de que Dios, Quien es luz, haya creado el universo. Sin embargo, Dios también es amor; y aquí tenemos que hacer una pausa. ¿No es por sí una evidencia que para que permanezca por sí solo el amor, con nada más sino el amor, si no tuviese oportunidad de expresarse en el dar (por no hablar del sacrificio) se hallaría en la natura de las cosas imposibles? La totalidad de la Escritura testifica que el amor tiene que “dar”. La totalidad de la Escritura nos muestra que el sacrificio jamás está separado del amor, y debemos tomar sin reserva alguna la declaración del Apóstol en su más amplio sentido:

- Aquel que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor (1ª Juan 4:8).

Por muy limitado que el amor humano pueda actualmente estar por la presencia del pecado, aun así todavía tenemos, en el amor humano, en el amor del marido y la esposa (Efesios 5:25), en el amor de los padres y los hijos, en el amor de los hermanos, cualquier cosa de su especie, aunque no en pureza y del mismo grado, como aquel amor que habita en el corazón de Dios. El amor humano, incluso cuando no está iluminado y vivificado por el Espíritu, se expresa y manifiesta en sí mismo en la entrega en sacrificio propio:

- Porque difícilmente morirá alguno por un justo; si acaso alguno moriría por un hombre bueno. Sin embargo, Dios nos demuestra Su amor por nosotros, en que siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom.5:7, 8 R.V.)
- No hay amor más grande que alguno pueda tener que este, que alguien ponga su vida por sus amigos (Juan 15:13 R.V.)

Así pues, si está claro que el amor tiene que expresarse por sí, eso supone que debe tener un objetivo sobre el cual depositar sus dones; y así, está claro que tenemos una respuesta a la cuestión en cuanto a por qué crea Dios el cielo y la tierra, y por qué toma sobre Sí Mismo, no tan solamente el despliegue inicial del universo, sino además la sujeción de todo en dicha creación a todo momento. La respuesta a la cuestión debe ser que así lo hizo por causa de que Él es amor. Cuando hizo al hombre conforme a Su propia imagen, esto es, un alma viviente y un ser racional moral, Él sabía que Su criatura no podría estar desprovista de libre albedrío para escoger, de otra manera anularía su propia naturaleza. En Su perfecto conocimiento previo sabía que, cuando desplegase Su creación, con ello se acarrearía Su propia “angustia”, “arrepentimiento” e

“ira” – y que demandaría al fin y al cabo nada menos que entregar a “Su amado Hijo”. Y si ahora todavía alguno se pregunta, ¿“Por qué” sabiendo de antemano todo esto, creó aun así el cielo y la tierra? La respuesta sigue siendo: “Porque Dios es amor”.

Este hecho no solo reside en el umbral de la Escritura; sino que se halla de nuevo en plena realización en su consumación. Las páginas últimas del Apocalipsis nos revelan el objetivo de las edades, expresado en términos de un Padre en el hogar con Su familia (Apoc.21:3). O, tal como 1ª Corintios 15:28 sugiere, la diferencia entre el comienzo y el final es que “En el principio Dios” (Todo en Sí Mismo); y al final, “Dios Todo en Todos” (Dios y Su gente redimida).

CAPÍTULO 11

“Según Su Género” o la Creación versus la Evolución (Génesis 1, 2)

La naturaleza y propósito de nuestros estudios en la Palabra de Dios conllevan la consideración de muchos temas que son tanto apelativos en sí mismos como provechosos de muchas maneras. Por ejemplo, temas tales como la Astronomía, Geología y Biología están muy íntimamente aliados al tema de Génesis 1 y 2, pero demandan un tratamiento específico, y están, fuera de nuestra particular esfera. Hay sin embargo un punto de vista, aceptado por la ciencia en moda y popular, que debemos considerar antes de salirnos de estos iniciales capítulos del Génesis, y es la corriente teoría de la *evolución*. Nos referimos a la *evolución* como una *teoría* (esto es, una suposición que no ha sido probada), y este concepto no se atribuye de manera liviana, sino muy justamente, pues los propios científicos confiesan que no se debe admitir nada que no se pueda demostrar con pruebas tangibles. Hasta los más febriles defensores de la evolución admiten que este *proceso* no ha sido jamás “demostrado” o “probado”. No será razonable, por tanto, esperar que el creyente livianamente se salga y abandone los fundamentos propios de su fe, tan solo porque una popular teoría esté en el momento actual sobrevalorada en el mundo científico. ¡Cuántas y cuántas *teorías* han surgido brillando por un instante, y en un instante se han desvanecido, desde que Moisés escribió el sublime inicial del Libro del Génesis! ¡¿Cuántas y cuántas *teorías* más irán surgiendo hasta que vengamos a “conocer como fuimos conocidos”?! No podemos predecirlo, pero una cosa sabemos con toda certeza – que aunque el cielo y la tierra pasen, la Palabra escrita en las inspiradas Escrituras se mantendrá firme por toda la eternidad.

Muchos son (aun mismo creyentes), que no siendo científicos, son propensos para tomar el popular clamor en moda como si fuese la auténtica voz autoritaria, así que será provechoso citar lo que afirman algunos hombres que, sometidos a su profesión de científicos, han dicho sobre la materia. El *Dr. Etheridge* del *Museo Británico*, “uno de los lentes más conceptuados y autoritarios en el mundo”, ha dicho: “Nueve décimos de lo dicho por los *evolucionistas* está carente de sentido, pues no se fundamenta sobre la

observación ni se soporta totalmente por los hechos. Este museo está repleto de pruebas en cuanto a la efectiva falsedad de sus puntos de vista, en todo este gran museo, no hay ni una partícula de evidencia en cuanto a la transmutación de las especies”. El *Profesor Beale*, del *King College de Londres*, nos dice:

- “No hay evidencia alguna de que el hombre descienda de, o sea, o descendiese, de alguna manera, especialmente relacionado a cualquier otro organismo en la naturaleza, ni a través de evolución ni por cualquier otro proceso. En soporte de todas las conjeturas naturalistas concernientes al origen del hombre, no hay, hasta este momento, ni una leve sombra de evidencia científica”.

El *Profesor Virchow* de Berlín escribe:

- “El intento de encontrar la transición del animal al hombre ha finalizado en fracaso. El medio de junción no ha sido jamás hallado, y nunca vendrá a serlo. La Evolución no tiene sentido alguno. Jamás podrá venir a probarse por la ciencia que el hombre descienda del simio o de cualquier otro animal”.

El periódico de la *Asociación Británica Reunida* en 1931 hizo esta interesante examinación, en un tiempo cuando algunos sectores partidarios de la prensa recomendaban ardientemente defendiendo la *teoría* de la evolución. Damos dos extractos:

¿ESTÁ EQUIVOCADA LA EVOLUCIÓN?

- “La famosa teoría de la evolución carece de pruebas. Hemos sido avisados de que la evolución destruye capítulos del Antiguo Libro. Esta explicación por sí no nos satisface. *Somos tan ignorantes ahora como lo éramos setenta años atrás (The Daily Express).*”

Las palabras en itálico son declaradas por el Profesor *DÁrcy Thompson*.

El periódico Daily Telegraph contiene un artículo titulado “La Exagerada Evolución”, en el cual aparece el siguiente pasaje:

- “Los inmoderados evolucionistas...algunas veces se contradicen y vagan tontamente sin sentido en la teoría que tanto exaltan.

¡“Vagan tontamente” dijo el Dr. Etheridge! ¡“Vagan tontamente” dice el Profesor Virchow! ¡“Vagan tontamente” ha dicho el editor del Daily Telegraph! No habría sido ni cortés ni sabio que un laico en el ámbito de la ciencia usase la expresión “vagar tontamente” en conexión con una teoría que está tan seriamente mantenida por hombres de reputación, sin embargo, es ciertamente legítimo que la empleen hombres tales como el Dr. Etheridge, el Profesor Virchow y el Editor del Daily Telegraph, si con el uso de

dicha expresión nos manifiestan su considerable opinión – y el lector debe recordarla cuando se vea inclinado a desviarse de la inspiración de los libros de Moisés. “Ni una sola partícula de evidencia”. “No puede ser probada por la ciencia”. Estos son juicios de gran peso, y deberían llevarnos a hacer una pausa antes de llegar a admitir como verdad cualquier conclusión apresurada.

Sin que tratemos detalladamente con los problemas que se levanta provenientes de esta teoría improbable, ahora tan solo queremos mencionar unos pocos puntos de vista.

- (1) Existe un vacío insuperable entre lo vivo y lo no vivo, el cual tan solamente el poder del Creador puede rellenar. Entre la roca, y el vivo lagarto que se deleita sobre ella tomando el sol, existe un tremendo abismo que la evolución jamás podrá abarcar.
- (2) Los reptiles tienen sangre fría entre 40 y 60 grados Fahrenheit. Las aves tienen sangre caliente, alcanzando entre 100 y 107 grados Fahrenheit. ¿Por qué sabido, o mismo imaginado, proceso, podría modificarse la sangre fría de los reptiles en sangre caliente de las aves, y como se las ingeniarían para vivir a través del periodo “Laodicea (adormecidos)” de su existencia?
- (3) Los reptiles tienen un corazón de tres cámaras. Las aves uno con cuatro cámaras. ¿Cómo se cumplió dicha transición?
- (4) La selección natural no tiene ninguna explicación para con los instintos de las abejas productoras de miel, de las cuales se han deducido algunos de los más profundos hallazgos matemáticos. Los parientes de la abeja – la reina y el dron – no producen miel ni construyen los panales, sin embargo su descendencia sí que lo hacen con infalible precisión. ¿Cómo pasa y se preserva en ellos dicho instinto?
- (5) La selección natural no podría hacer uso de las mudanzas iniciales. Por ejemplo, ¿Qué uso haría el reptil de las primitivas plumas que se supone que hayan evolucionado? ¿No consideraríamos esto más bien una aberración antes que un provecho, y así habríamos llegado a repudiar tempranamente tales subnormalidades?

Ahora debemos dejar de lado este medio de las “dogmáticas incertezas”, a las cuales falsamente se denominan Ciencia, y volvemos a la segura Palabra del Dios Viviente, Creador de todas las cosas. No vamos a intentar examinar la totalidad del problema de la creación, pero dirigiremos la atención al persistente uso en Génesis 1 y 2 de una frase que ciertamente será malentendida si se toma como un hecho cierto la evolución. En el registro de la creación que se da en Génesis 1:3 – 2:3 esta frase – “según su género” – aparece diez veces. Se emplea en las siguientes conexiones:

- (1) El árbol que produce fruto “según su género”, cuya semilla estaba en sí mismo “según su género” (Gén.1:11, 12).
- (2) La hierba que produce semilla “según su género” (Gén.1:12).

- (3) Los monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron “según su género” (Gén.1:21).
- (4) Toda ave alada “según su género” (Gén.1:21).
- (5) El producto de la tierra de seres vivientes “según su género”, bestias y serpientes... (Génesis 1:24, 25).

Ningún creyente en la Divina inspiración de toda la Escritura puede dejar de lado este decálogo insistente sobre el hecho de que toda criatura, tanto si es vegetal como animal, fue creada “según su género”. Si la creación hubiese seguido sobre las líneas de cualquier proceso que envolviese transmutación de especies, entonces estas palabras serían engañosas e irreales.

La palabra Hebrea para “género” es *min*, y se deriva de *manah*, un verbo que significa “distribuir por número, orden, o el símil”.

- “Si alguno puede *contar* el polvo” (Gén.13:16).
- “Jehová tenía *preparado* un gran pez” (Jonás 1:17).
- “*Preparó* Jehová Dios una calabacera” (Jonás 4:6).
- “Dios *preparó* un gusano” (Jonás 4:7).
- “*Preparó* Dios un recio viento solano” (Jonás 4:8).

La palabra *manah* nos da también *temunah*, “apariencia, o símil” (Números 12:8), y *maneh*, “una cierta suma o cantidad de dinero” (Ezequiel 45:12).

Los traductores de la versión Septuaginta eran conscientes de la importancia de la frase “según su género”, y sabían además que la palabra *min*, “género”, se asociaba con “similitud”, “apariencia”. Es por eso que en la versión griega de Génesis 1:11, 12 encontramos: “*Kata genos kai kath’ homoioteta*” (de acuerdo a su género, y de acuerdo a su similitud). La palabra *genos* aquí suple el término científico “género”, que en el Diccionario de Oxford se define de la siguiente manera:

- Un grupo clasificatorio comprendiendo (uno o) un número de especies, poseyendo ciertas comunes características estructurales que se distinguen de las de cualquier otro grupo.

En el Nuevo Testamento la palabra *genos* se pone por “descendencia”, “lista”, “clase”, y “nación”.

- “A otro, diversos *géneros* de lenguas” (1ª Cor.12:10).
- “Tantas *clases* de idiomas” (1ª Corintios 14:10).

La palabra que se añade en la versión Septuaginta de Génesis 1:11, 12 es *homoioteta*, “ semejanza”, una palabra que en verdad se utiliza correctamente en Génesis 1:16 de la creación del hombre. Tanto si se justifica como si no la iniciativa de los traductores al

injertar aquí la palabra “semejanza” como una expansión de la idea que ellos veían que había en la palabra hebrea *min* y en la griega *genos*, no cabe duda de que para ellos el uso de la frase “según su género” indicaba un muy distinto elemento en el registro de la creación. Cada *género* era distinto y estaba por separado, así que nosotros debemos – teniendo como tenemos delante el original hebreo y la traducción griega – considerar la idea de la evolución de una especie a otra como siendo contraria a la enseñanza expresa de la Sagrada Escritura.

Cuando está tratando con el problema del cuerpo de resurrección en 1ª Corintios 15, el Apóstol acude a las obras de Dios para proveer una ilustración y un argumento. Ahora no estamos ocupándonos, de momento, con la cuestión de la resurrección, no en tanto el pasaje puede sernos provechoso para percibir lo que Moisés quiere decir cuando escribió, “Según su género”.

- Ya sea de trigo o de cualquier otro grano; pero Dios le da el cuerpo como Él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo (1ª Cor.15:37, 38). *Kai ekasto ton spermaton to idion soma* (“a cada una de las semillas su propio peculiar cuerpo”).
- No toda carne es la misma carne, sino que una es la carne de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves (1ª Cor.15:39).

El argumento del Apóstol se desmorona si se admite como cierta la base de la evolución.

Volviendo ahora a Génesis 1:11, 12, también observamos que árbol de fruto también produce su fruto “según su género”, que su simiente “estaba en él”, y que esta simiente también era “según su género”. En adición a esta específica declaración concerniente a la creación de las distintas especies de plantas, en Génesis 2:5 leemos:

- Y toda planta del campo ANTES que fuese en la tierra, y toda hierba del campo ANTES que naciese (Gén.2:5).

Estas palabras hacen aún más difícil de creer el registro de Génesis, para cuantos al mismo tiempo sostengan la teoría de la evolución, pues la evolución es un proceso que va teniendo lugar al tiempo que las plantas “crecen”, mientras que estas plantas, que, de acuerdo al capítulo 1 eran “según su género”, fueron de acuerdo al capítulo 2 creadas así, “antes de nacer y crecer.”

La frase “según su género” volvemos a encontrarla en el registro del diluvio en Génesis 6:20 y 7:14. El hecho de que cada ave y cada bestia “según su especie o género” fuese preservada en el diluvio con el fin de que la simiente pudiera permanecer viva, es una muy segura indicación de que una especie no evoluciona de otra, ya que si ese hubiese sido el proceso de la creación al principio, podría haberse repetido después del diluvio,

y la necesidad de meter en el arca una tan gran variedad de criaturas vivas podría haberse evitado.

Ya hemos visto que las palabras “según su género” se utilizan en el registro de la creación y del diluvio, y además las encontramos una vez más en la ley levítica concerniente a los animales limpios e impuros: “El águila según su especie”, “cada cuervo según su especie”, etc. Esto prueba que las palabras tienen un significado específico, y mucho más claro se vuelve cuando Moisés las empleó para indicar que todas las especies estaban incluidas. Hay trece ocurrencias de la frase “según su género” que se conectan con los animales limpios e impuros, y tenemos una referencia más en Ezequiel 47:10. En este último pasaje, las mudanzas de condiciones que aparecerán en dicho tiempo producirán una gran variedad de peces en el Mar Muerto que no serían posibles bajo condiciones normales, y la frase, “Y *por sus especies* serán los peces” se expande en “tan numerosos como los peces del Mar Grande”.

Si el mundo animal y el vegetal hubiesen venido a existir en concreción a través de algún proceso de evolución, las palabras “según su género” en el registro de Génesis 1 y 2 serían redundantes y carentes de soporte científico. No tenemos, por tanto, alternativa posible, sino creer que esta expresión se utiliza con un propósito en el registro de la creación para indicar que los diferentes órdenes de vida, cada uno perteneciendo a su propio género por separado, fueron el resultado de un acto específico de creación. No en tanto, este argumento no debe ser malentendido, esto es, no debe servir para negar que haya, eso sí, en cada género, un gran rango de “variedades”, que hayan podido ir desarrollándose en respuesta al tiempo y las circunstancias.

Gran parte de la “ciencia” del día actual vendrá a ser descartada por la “ciencia” del tiempo venidero, y una teoría reemplazará a otra. Aquellos hechos que hayan sido expuestos a la luz, fundamentados sobre la evidencia y pudiendo ser demostrados, permanecerán, y ninguno de ellos será hallado contradictorio ni fuera de armonía con la simple enseñanza de la Escritura. El cristiano que cree las Escrituras no precisa ser ignorante ni sentirse perjudicado. Puede estar tan cierto y seguro como el verdadero término “científico” implica. Aceptará sin dificultad alguna cada hecho que esté probado, pero distinguirá cuidadosamente entre las teorías insostenibles en moda que militen en contra y enemistas a la Palabra de Verdad, y la evidencia de los hechos que establece la común autoría de las Obras y la Palabra de Dios.

CAPÍTULO 12

La Esfera del Dominio del Hombre

Es evidente que la presente creación, aun siendo tan enorme como es, encuentra su foco central en el hombre, a pesar de que, comparado con dicha creación, el propio hombre en sí mismo es infinitamente pequeño. El Salmista resalta esta verdad cuando dice:

- Cuando veo Tus cielos, obras de Tus dedos, la luna y las estrellas que Tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él? (Salmo 8:3, 4).

La gran magnitud de la creación se pone en contraste con la insignificancia del hombre. El Salmista continua, diciendo:

- Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo *coronaste* de Gloria y de honra. Le hiciste *señorear* sobre las obras de Tus manos (Salmo 8:5, 6).

Aquí el hombre es visto estando coronado en medio de las cosas creadas. Más tardes volveremos a examinar lo que este dominio del hombre envuelve, pero de momento vamos a ver si descubrimos alguna idea del hombre y su entorno, el mundo natural. El universo, del cual el mundo natural es una parte, comprende “las cosas invisibles” así como “las cosas visibles” (colos.1:16). Al tiempo actual, el hombre es “un poco menor que los ángeles” (Hebr.2:7), y el mundo invisible espiritual no es su legítima esfera (Colosenses 2:18). Al hombre se le avisa, por tanto, contra las engañosas deducciones, para que no piense que las evidencias de sus sentidos tengan necesariamente que ser una realidad, puesto que “las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son *aionion*” (2ª Cor.4:18). Debemos recordar que “la existencia está revestida con la forma” (Tiberglein), pero dicha forma no es esencial ni tampoco una evidencia para la perfección del ser. Tal como leemos en Juan 5:37: “Nunca habéis oído Su voz; ni visto Su (del Padre) rostro.”.

Hay muchos pasajes de Escritura que nos enseñan a reconocer la “apariencia del mundo” como si fuesen los pasajeros escenarios de un teatro.

- La apariencia de este mundo se pasa (1ª Cor.7:31).
- El mundo pasa (1ª Juan 2:17).

Algo de esta verdad percibió y expresó uno de nuestros así llamados grandes poetas:

El inmenso globo terráqueo en sí,
 Todo cuanto atesora, se disolverá
 Y, cuando este sustancial compendio se evapore
 No ha de dejar ni un leve rastro para atrás
 (*Tempestad* 4:1).

Todas aquellas cosas que inestables están destinadas a desaparecer; tan solo aquellas que son inquebrantables permanecerán. Estas cosas permanentes pertenecen al Reino de Dios, y a Aquel Único que permanece (Hebr.12:27, 28; 13:8), y están en directo contraste con la presente creación:

- Ellos perecerán...como un vestido los envolverás...y serán mudados (Hebr.1:11, 12).

Este era el carácter del mundo en el cual se introdujo a Adán, y sobre el cual tenía dominio.

Hemos leído que el hombre fue “moldado” del polvo de la tierra (Gén.2:7 A.V.), y que respirando el aliento de vida, vino a ser un alma viviente (Gén.1:20, 21, 24). Si bien es cierto que la palabra “alma” se emplea de las más bajas criaturas así como del hombre (Gén.1:20, 21, 24), con el hombre no en tanto se asocia con las cualidades y capacidades que los órdenes más bajos de la creación no poseían. La palabra “alma” cuando se utiliza hablando del hombre en las Escrituras, muchas veces es sinónima con el *ego* o “uno mismo”. Compare, por ejemplo, una expresión empleada por Job con un paralelo utilizado por Pablo:

- Si fuese íntegro, no haría caso de *mí mismo* (de mi alma); despreciaría mi vida (Job 9:21).
- “Porque nada conozco por *mí mismo*” – o “Porque, para *mí mismo*, de nada malo soy consciente, aunque no por eso soy justificado” (1ª Cor.4:4 R.V.).

Observe además la vía en la cual el Apóstol, en Rom.7, se refiere a su “carne”, su “cuerpo” y su “mente” como *sí mismo*:

- Yo (*ego*) soy carnal.
- Ya no lo hago yo (*ego*), sino el pecado que mora en mí.
- Porque yo sé que *en mí (emoi)* (ESTO ES, EN MI CARNE) no habita el bien.
- *Yo mismo (autos egos)* con la MENTE sirvo a la ley de Dios, mas con la CARNE a la ley del pecado (Rom.7:14-25).

El hombre es referido como siendo espíritu, y alma, y cuerpo (1ª Tesal.5:23), pero no es estrictamente cierto decir que sea tripartito, pues en Marcos 12:30 tenemos “corazón, alma, mente, y fuerzas” – así que podríamos razonablemente hablar de seis partes. El hombre es un alma viviente, un individuo hecho de espíritu, y cuerpo, y mente.

El cuerpo. – En su actual constitución el cuerpo limita al hombre a la tierra, le da el tamaño y la forma, y le dota con la propiedad de tipo impenetrable – que puede definirse como aquella propiedad por virtud de la cual dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. En este respecto el hombre difiere de los “espíritus”, y este cuerpo difiere de aquel “cuerpo espiritual” que pasará a ser suyo en la gloriosa resurrección (1ª Cor.15:44).

Carne, y “carne y sangre”. – El cuerpo actual es de “carne y sangre”, y la “carne y sangre” no pueden heredar el reino de Dios (1ª Cor.15:50). No en tanto, sabemos que ha

de venir a ser un cuerpo, igual de real, aunque no de carne y sangre, aquel que heredará dicho reino en el futuro (1ª Cor.15:44). La carne y sangre son concomitantes de la vida corporal, y pertenecen a la condición descrita en Hebreos como “un poco menor que los ángeles” (Hebr.2:7; vea además 2:14 y 17).

Este corpóreo cuerpo de carne y sangre está sujeto a debilidad, es transitorio, y es opaco con respecto a los asuntos espirituales:

- Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios (2ª Crónicas 32:8).
- Se acordó (Dios) de que eran carne, soplo que se va que ya no vuelve (Salmo 78:39).
- No te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos (Mateo 16:17).

Alma y Espíritu. – El alma está puesta por la vida orgánica. Adán era “natural”. Es decir, “*alma-ical*” – una palabra derivada de *psuche*. En Romanos leemos que “el Espíritu es vida” (Rom.8:10), y esto es una verdad tanto para la esfera presente como para la gloria futura. Hay un espíritu del hombre y un espíritu del animal (Eclesiastés 3:21), y el cuerpo sin espíritu está muerto (Santiago 2:26).

El hombre exterior es perecible, sin embargo el interior se renueva de día en día. Con este hombre interior el Apóstol se deleitaba en la ley de Dios (Rom.7:22), y en este cuerpo actual se distingue del interior, tal como el Apóstol sugiere en 2ª Corintios 12:2:

- Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe” (2ª Cor.12:2).

El cuerpo puede ser matado por el hombre, pero no el alma (Mateo 10:28); hay una efectiva distinción entre los dos. Los miembros del cuerpo son referidos como “instrumentos” (Rom.6:13), esto es, son medios por los cuales vemos, oímos, tocamos, etc., pero debe recordarse que somos nosotros propios los que llevamos a cabo la visión, o el oír o el tocar, y no estos órganos por sí.

Del cuerpo se dice que sea como un “vestido” o un “tejido” (Job 10:11), como una “casa” (Job 4:19), y como una “tienda” o “tabernáculo”.

Este es un breve resumen de la enseñanza de la Escritura concerniente al hombre y su mundo. Hemos omitido de propósito largos argumentos y citas más extensas, una vez que no estamos procurando enseñar o probar algo que hasta aquí desconozcamos, sino reunir juntando lo que ya hemos aprendido, para que a medida que vayamos avanzando podamos ir edificando sobre un buen fundamento cierto y seguro. Nuestro inmediato cometido es tratar con la naturaleza y extensión del legítimo dominio del hombre, así como las doctrinas que de ahí surgen, y este artículo debe ser considerado como una

preparación para examinación de dicho tema. Y esta examinación la reservamos para nuestro próximo artículo.

CAPÍTULO 13

El Dominio del Hombre, y el Camino de Caín

En nuestro último artículo tratamos de manera breve con la naturaleza del hombre y el mundo en el cual se encuentra, y aprendimos que el hombre en su presente condición es frágil, y que este su presente mundo es muy fugaz y transitorio. Pero hay además, claro está, una esfera en la cual el hombre ha de alcanzar la inmortalidad, y en la cual su mundo “permanezca”, si bien que todo esto diga respecto a la futura resurrección en gloria, esto es, el denominado periodo de la “gloriosa libertad de los hijos de Dios”.

Ya hemos visto antes que el Salmo 8 es un valioso pasaje en conexión con la naturaleza del hombre y el mundo en el cual actualmente vive, y debemos ahora regresar a este Salmo de nuevo para aprender algo de su *dominio*.

- Le hiciste *señorear* sobre las obras de Tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies. Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo. Las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar (Salmo 8:6-8).

Las obras de las manos de Dios comportaban las “cosas en el cielo” así como además, las “cosas en la tierra”; y el Salmista ciertamente lo reconoce, pues leemos: “Los cielos son la obra de Tus manos” (Salmo 102:25). Es evidente, claro está, que el hombre no tiene dominio alguno sobre el sol, la luna y las estrellas, pero aparte de esta más que obvia excepción, podemos estar tentados a creer que sea *el dominio sobre toda obra terrestre y celestial de las manos de Dios* lo que esté implicado en las palabras de Génesis 1 o el Salmo 8. Pero ese no es el caso.

Ya hemos citado el Salmo 8. Veamos ahora Génesis 1:

- Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra (Gén.1:26).

Estas palabras describen el consejo del Señor antes de la creación del hombre. Después que el hombre fue creado, el dominio se define una vez más de la siguiente manera:

- Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra (Gén.1:28).

Es por tanto evidente que las palabras “en toda la tierra” en Génesis 1:26 se refieren sencillamente a todas las cosas vivas sobre la tierra, y no a todos sus inorgánicos elementos y fuerzas.

Uno de los más tempranos registros del hombre (en Génesis 2) es el establecimiento de su autoridad sobre la más baja creación:

- Jehová Dios formó, pues, de la tierra, toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre (Gén.2:19).

Este dominio se vio radicalmente modificado por la caída. En Génesis 3 y 4 leemos:

- Maldita será la tierra por tu causa (Gén.3:17).
- Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fruto; errante y extranjero serás en la tierra (Gén.4:12).

Después del diluvio, cuando Noé aparece estando en muchos respectos en la posición de un segundo Adán, las palabras de Génesis 1:28 se repiten de nuevo: “Fructificad, y multiplicaos, y repoblad la tierra” (Gén.9:1). No en tanto, en vez de ir siguiendo las mismas palabras que en Génesis 1, aquí leemos:

- El temor y el miedo de vosotros estará sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados (Gén.9:2).

También vemos una mudanza más en el hecho de que, mientras que al comienzo el alimento del hombre era:

- Toda planta que da semilla, que está sobre la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla (Gén.1:29)

Inmediatamente después de la caída, en Génesis 3, leemos:

- Comerás plantas del campo; con el sudor de tu rostro comerás el pan (Gén.3:18, 19).

Cuando llegamos a Génesis 9 encontramos una mudanza más:

- Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento; así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo (Gén.9:3).

Bien podemos observar que en ninguno de estos casos le da Dios al hombre, ni antes ni después de su caída, el dominio sobre aquellos que hoy en día se denominan “las fuerzas de la naturaleza”. Todo su dominio se confina necesariamente dentro de lo que originalmente se otorga en Génesis 1, y las subsecuentes modificaciones, lejos de ampliar la esfera o ámbito, lo que realmente implicó fueron muy graves *limitaciones*.

Antes de pasar a examinar el verdadero propósito de este artículo, que es trazar la separación del hombre de las divinamente señaladas fronteras del dominio, tal como se emprende en el caso de la línea de Caín, será tal vez preciso corregir una falsa vía que muy a menudo se expresa, y que realmente se objeta por la traducción que hace la Versión Autorizada de Génesis 5:3. El punto de vista usual es que, al tiempo que Adán fue creado en la semejanza de Dios (Gén.5:1), toda su posteridad ha ido en cambio generándose en “su” (esto es, en la propia de Adán) semejanza e imagen – implicando así y dando a entender que esta posteridad sea algo del todo diferente. Sin embargo, en Génesis 9, a seguir al diluvio, leemos que Dios dijo: “El que derrame sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; *porque a imagen de Dios es hecho el hombre*” (Gén.9:6). Y siglos después, Santiago escribió:

- Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que *están hechos a la semejanza de Dios* (Santiago 3:9).

La verdadera intención de Génesis 5:3 se expresa por la transliteración del original de la siguiente manera: “Y engendró un hijo en esta semejanza, según esta imagen” – entendiéndose así que la referencia es al versículo inicial del capítulo. Es cierto que Adán cayó, y que los hombres son criaturas caídas, pero también es verdad que los hombres sin excepción son hechos conforme a la similitud de Dios, en Su imagen (1ª Cor.11:7).

Cuando el hombre pecó y fue sujeto a vanidad, dos vías fueron abiertas delante de él – o bien aceptaba mansamente su debilidad en las nuevas circunstancias resultantes de su caída, con la esperanza en el redentor amor que proveería la justa y real solución al obstáculo que había ocasionado con su caída; o bien un rebelde alejamiento de esta senda indicada por el Señor, y un intento en su propio esfuerzo para paliar los efectos de la maldición por medios que, no serían otra cosa, sino una continuación en la senda de la tentación puesta por la serpiente, esto es, “Seréis como Dios”.

El correcto espíritu en este respecto se exhibe por los padres de Noé. Es evidente que, como toda la humanidad, sentían muy profundamente los efectos de la maldición, pero, en vez de acarrear consigo algún remedio propio para aliviar sus inmediatas consecuencias, se acordaron y aceptaron lo que Dios había indicado, y pusieron por nombre a su hijo Noé, diciendo:

- Éste nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo (Gén.5:29).

Lamec, el padre de Noé, no vivió lo suficiente para ver el carácter típico de su hijo Noé cumplido, puesto que murió 595 años después del nacimiento de Noé, a la significativa edad de 777 años. Sin embargo, Lamec miraba por la fe enfrente, a la verdadera solución de la miseria producida por el pecado, pues el arca y la salvación que exhibe es un tipo del método Divino, no solo de alivio, sino de total liberación, tanto de la maldición como además de todo cuanto a ella se asociaba y acompañaba.

En contraste tenemos la vía y los actos que decidió tomar Caín. Saliendo y alejándose de la presencia del Señor, en vez de aceptar mansamente el juicio pronunciado, comenzó a introducirse y conducirse por lo que al día de hoy se conoce por las reglas de “civilización”. Edificó una ciudad (Gén.4:17), y sus descendientes introdujeron el arpa, el órgano, y los instrumentos metálicos (Génesis 4:21, 22). La práctica de la poligamia (el poseer varias esposas) también tuvo su inicio en el tiempo de Caín. Aunque la introducción de ciudades, órganos musicales e instrumentos metálicos puedan ser en sí mismo inocentes innovaciones, pasan a ser mortales si se introducen para embotar la afilada espada del juicio de Dios. Desde los días de Caín en adelante, hasta el día actual, el hombre ha ido añadiendo camada tras camada a estos “metales que resuenan”. Cada capa o camada se modifica y atenúa de tiempos a tiempos, sin embargo, la maldición sobre la tierra se lleva a cabo de igual modo una y otra vez. El quejoso gemido de la creación jamás ha de silenciarse, aunque las ciudades sean magnificadas con todo homenaje, y la música siga tocando “hasta el colmo” desde la mañana hasta la noche.

Bien podemos supuestamente decir que, si el lector mantiene este punto de vista que acabamos de exponer en la compañía de media docena de personas, la mayoría de dicha compañía señalará con ardiente fervor y muy ufano las “invenciones” y los “descubrimientos” del hombre. Pues bien, estas “invenciones” no están olvidadas en la Escritura. El siguiente es el comentario de la inspirada sabiduría, tal como se registra en Eclesiastés 7:

- Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones (lit. *invenciones*) (Ecles.7:29).

Está muy clara la intención de esta observación. La procura de las *invenciones* se pone en contraste directo con lo *recto*, indicando que las invenciones del hombre son una manifestación más de su caída.

La palabra traducida “invenciones” (*perversiones* en la Reina Valera) aquí se deriva de la hebrea *chashab*, “pensar, propósito, intento”. En un buen sentido se utiliza cuando se refiere al “propósito” del Señor (Jeremías 1:45), o a la “filigrana” artesanal de aquellos

que tejían el tabernáculo, pero casi siempre conlleva un mal sentido, tal como indican los siguientes pasajes:

- Saúl pensaba hacer caer a David (1ª Samuel 18:25).
- El perverso designio que aquel trazó contra los Judíos (Ester 9:25).
- Fraguaron maquinaciones (Salmo 21:11).
- Inventan instrumentos musicales (Amós 6:5).
- Formará sus designios (engaños) (Daniel 11:24).

Es posible que algunos objeten la inclusión de pasajes tales como el de Amós en esta lista, pensando que la mayoría de los instrumentos musicales han sido inventados por alguien, y que poseer un instrumento de este tipo difícilmente podría considerarse como maligno. Tan solo tenemos una vía satisfactoria para responder objeciones de este tipo, y esa vía supone *dejar que el Libro hable por sí mismo*.

El contexto del pasaje en cuestión es el siguiente:

- ¡Ay de los reposados en Sion, y de los confinados en los montes de Samaria, los notables y principales entre las naciones, a los cuales acude la casa de Israel!
- Pasad a Calne y mirad; y de allí id a la gran Hamat; descendad luego a Gat de los filisteos; ved si son aquellos reinos mejores que estos reinos, si su extensión es mayor que la vuestra.
- Oh vosotros que dilatáis el día malo, y acercáis la silla de iniquidad.
- Duermen en camas de marfil y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero;
- Gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David;
- Beben vino en tazones, y se ungen con los unguentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. (Amós 6:1-6).

Podemos ver que la maldad reside en la “disposición”, y no en la mera posesión del instrumento. Se trata de uno entre los muchos artefactos dispuestos que se introducen con el fin de anestesiar los sentidos, inclinando a los hombres a “ahuyentar el día malo”, y no condolerse con el “quebrantamiento de José”. Es precisamente este el carácter que estigmatiza tanto el así denominado “progreso moderno”. Se emplea como una droga para anestesiar la conciencia, como una distracción para silenciar el gemido de la creación, como un calmante para atenuar el filo de la maldición – en otras palabras, *es el camino de Caín*.

Encontramos más referencias al perverso efecto de las *invenciones* en 2ª Crónicas 26:

- E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros (“invenciones, inventadas por los inventores”, *Rotherham*) (2ª Crónicas 26:15).

Asumiendo que Uzías, como rey, tenía todo el derecho de defender su ciudad y país contra las investidas de los enemigos, cualquiera podría objetar y preguntarse por qué no sería legítimo que hiciese uso de los ingeniosos inventos de su tiempo. De nuevo, dejemos que el Libro hable por sí mismo:

- Y en estos días en que buscó a Jehová, Él le prosperó...se había hecho altamente poderoso...fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso; mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina (2ª Crón.26:5, 8, 15, 16).

Repetimos, no fue la mera posesión de estos inventos que aquí cuenta, sino la mala influencia que su posesión siempre produce – la inducción a una seguridad en uno propio y autosuficiencia, y no en Dios, lo cual es origen del anticristianismo. El siguiente relato de Uzías nos cuenta su usurpación del sacerdocio, un acto que le acarreó la lepra, y que le privó su entrada el resto de sus días en la casa del Señor.

Las dos restantes palabras que se traducen “invenciones” se encuentran en el Antiguo Testamento – una en los Salmos, y la otra en el Libro de Proverbios. La palabra empleada en los Salmos tiene dos formas, *maalal* y *alilah*, ambas derivadas de la misma palabra que significa “obra”. ¿Será por tanto la “obra” que tengamos que condenar como maligna? Una vez más, examinemos el contexto:

- Jehová Dios nuestro: Tú les respondías; les fuiste un Dios perdonador, y retribuidor (vengador) de sus obras (*o de sus invenciones*) (Salmos 99:8).
- Provocaron la ira de Dios con sus obras (invenciones) (Salmo 106:29).
- Se contaminaron así con sus obras (sus propias invenciones) (Salmo 106:39).

Estas son las declaraciones. Consideremos ahora la razón, esto es, el motivo que causa la actitud vengativa del Señor. La poesía hebrea tensa el pensamiento más que el sonido, y de ahí que en el Salmo 106:39 leamos:

Se contaminaron así
Con sus *propias obras*;
Y se prostituyeron
Con sus *hechos (invenciones)*.

Es evidente que la palabra “obras” aquí corresponde con “invenciones”.

En el mismo Salmo, la misma palabra vuelve a aparecer en los versículos 13 y 35:

- Bien pronto se olvidaron de *Sus obras*.
- Antes se mezclaron con las naciones (*entre los paganos*), y aprendieron *sus obras (invenciones)*.

La terrible expresión que literalmente significa apartarse “prostituyéndose” se emplea una vez más en los Salmos, al cierre de la experiencia de Asaf en el Salmo 73. En este pasaje se utiliza en contraste directo con la actual y eficiente confianza en el Señor que Asaf había aprendido en el Santuario:

- ¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti (prostituido de Ti) nada deseo en la tierra (vers.25).
- Tú destruirás a todo aquel que de Ti se aparta (se prostituye) (vers.27).

Aquí una vez más podemos ver que la verdadera perversión en estas “invenciones” reside en el hecho de que debilitaban la confianza de Israel en el Señor, y así con ellas sustituían, “prostituyéndose”, poniendo cualquier cosa en su lugar.

La referencia a las “invenciones” en Proverbios 8:12 no precisa de comentarios, pero el lector debería observar la única ocurrencia de la palabra en el Nuevo Testamento – en Romanos 1. De la totalidad en la terrible lista de pecados que se encuentra en el Nuevo Testamento, ninguna otra, tal vez, es tan enigmática como la que aparece al final de Romanos 1, y es en este contexto que encontramos la única referencia en el Nuevo Testamento a las “invenciones”: “Inventores de males” (Rom.1:30).

Volviendo ahora a nuestro tema principal del inicio de este artículo, esto es, la legítima esfera del dominio del hombre, en contraste con el dominio que a la fuerza pretende sobre las fuerzas de la naturaleza, es evidente que el mismo principio estuvo siempre en operación en la tentación inicial de nuestros primeros padres.

- Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal (Gén.3:5).

El Maligno lo que les sugería era que Dios les estaba ocultando por detrás muchas bendiciones y poderes por motivos egoístas. Era cierto y verdadero que Dios le había ofrecido a Adán un dominio limitado, pero también era completamente falso sugerir que cualquier cosa buena le había sido ocultada. La palabra “bueno”, como la mayoría de los términos, es relativa. Aquello que sería “bueno” para un hombre puede muy bien ser “malo” para un niño; y lo que puede ser “bueno” para un ángel puede ser “malo” puesto en manos de Adán. De haber Adán sido hallado fiel en las cosas más pequeñas, habría venido a gobernar sobre muchas otras de mayor responsabilidad. Satán, por tanto, tentó al hombre para que procurase el control sobre los poderes que, mientras que el hombre todavía era inmaduro, serían inevitablemente destructivos en sus resultados.

La Biblia no emplea el lenguaje de la Ciencia, pero sí hace muchas referencias a las poderosas fuerzas de la “Naturaleza”. En algunos pasajes, estas fuerzas se nos dice que están bajo el control de un ángel en particular, y debemos aquí recordar que el hombre en sí, aunque al principio se hizo “un poco menor que los ángeles”, estaba destinado en el apropiado tiempo de Dios a ser más alto que los ángeles, y así llegaría a tener entonces un más extenso dominio. Este dominio fue en principio relativo y confinado al

mundo animal, pero sin duda alguna se hubiese ido extendiendo hasta incluir el mundo de la Química y la Física, con un perfecto poder y pleno conocimiento – mientras que, al día actual, alejado de Dios, el hombre está llegando a ser más y más consciente de que está jugando con fuerzas que, a cualquier momento, podrán volverse contra él y destruirle. Una gran parte del así denominado “progreso” puede considerarse realmente como la intrusión, antes de tiempo, de ámbitos y esferas entendidas para su dominio en un periodo posterior.

Ya hemos sobrepasado nuestro espacio, y ahora debemos concluir nuestro estudio. Mientras estemos viviendo en el mundo, vendremos necesariamente a estar en contacto con sus “invenciones” por todas partes, pero, si conseguimos distinguir bien algo de su carácter, podremos verlas en su verdadera luz, como parte integrante de la operación del *pseudos* – “la mentira”, la falsificación, la perversión – y no permitiremos que se interpongan entre nosotros y el Señor, Quien solamente puede suplir la sola y única sanación para todas las enfermedades de la vida.

CAPÍTULO 14

La Constitución del Hombre, y la Posibilidad de la Revelación

En anteriores estudios hemos referido el hecho de que la creación del hombre en la imagen divina se conectaba vitalmente con darle a conocer las verdades pertenecientes al mundo espiritual invisible. Este asunto es de tal importancia, y su peso sobre el valor de la inspirada Escritura tan vital para nuestro entendimiento, que no ahorraremos esfuerzo alguno dándole ahora una más detallada consideración.

Un punto muy importante a este respecto lo expresa el Obispo Browne de la siguiente manera:

- Tenemos que establecer como una segura e innegable verdad, mantenida universalmente, que no tenemos la menor percepción o idea alguna de los asuntos inmateriales, de los seres puramente espirituales, o de Dios en particular, tal como son en su propia naturaleza.

El lector bien puede comprobar por sí la autenticidad de esta declaración. Aparte de las imágenes extraídas por sus propias experiencias, bien puede el hombre esforzarse intentando construir un concepto mental del “espíritu”. Algo invisible, inaudible, intangible; algo no condicionado por el espacio y el tiempo, e influenciado por las fuerzas naturales. Bajo tales condiciones, el hombre ha de encontrarse completamente desconcertado. Todo y cualquier concepto que forme del puro espíritu, estará revestido con atributos que pertenecen al mundo del tiempo, del sentido y del espacio.

Un hombre que haya nacido ciego no puede mantener consigo un verdadero concepto de la “luz”. Bien podremos decirle que la luz se deriva del “Sol”, sin embargo, él tendrá tan solo una vaga idea de lo que es el “Sol”, aparte de su nombre y el hecho de su existencia. Bien podremos además decirle que la luz es coexistente con el Sol, y que aunque se distinga bien del Sol, siga siendo no en tanto inseparable de él. Podremos decirle que esta luz se difunde por sí sobre ilimitadas expansiones, y que de ella depende la vida de todas las criaturas sobre la tierra. El hombre nacido ciego adquirirá de ese modo una vaga idea de lo que pueda ser la luz, pero su concepto no es comparable con aquel que podría obtener si se le abriesen sus ojos. Pues así y de igual modo sucede con la revelación concerniente a Dios que se nos ofrece en la Escritura. Todos los hombres por su propia naturaleza han nacido ciegos en cuanto a los asuntos espirituales dice respecto. Todo cuanto ha sido dicho anteriormente concerniente a la “luz”, puede decirse también concerniente a “Cristo”, y los argumentos teológicos concernientes que le demos a la Persona de Cristo deben parecerles irrisorios, lamentables, y dignos de conmiseración a los ángeles y principados que los examinen, al modo que nos parecerían a los videntes los argumentos que pudiera presentarle un ciego a otro ciego concernientes a la naturaleza de la luz.

Así pues, nos parece que Dios tiene consigo dos caminos posibles para revelarse a Sí Mismo al hombre:

- (1) O bien eleva Dios al hombre a una más alta posición, con el fin de que pueda comprender la verdadera natura del mundo inmaterial, o
- (2) Él Propio Dios debe condescender al más bajo estado del hombre, debe descender al nivel de su entendimiento, empleando términos con los cuales esté familiarizado, y, por último, si es que la revelación sea completa, ha de llegar a habitar entre los hombres como un Hombre en Sí Mismo.

Ningún estudiante de la Escritura podrá tener duda alguna en cuanto a la vía actualmente adoptada. En primer lugar Dios condescendió en el empleo de un lenguaje humano y de humanas imágenes, y a seguir, por último, en la plenitud del tiempo, Él se manifestó a Sí Mismo en Cristo, de manera tan completa que puede decirse: “Aquel que me ha visto a Mí, ha visto al Padre.”

Por su propia constitución como originalmente fue creado, el hombre es una criatura cuyas ideas son antes que nada recibidas en su totalidad por sus sentidos. Estas impresiones sensoriales son la única materia prima para elaborar los pensamientos. Si pudiésemos concebir a un hombre que haya sido creado, y desprovisto externamente de sus cinco sentidos, tendríamos la imagen de un ser que carece de pensamientos, que jamás podría llegar a entender o conocer absolutamente nada. Cuando Dios creó al hombre, lo hizo a Su propia semejanza e imagen, y es en esta semejanza que tenemos el único medio por el cual *lo que no se ve y es invisible* puede trasponerse en términos perceptibles para el hombre.

Las Escrituras abundan con metáforas y analogías. El Dios invisible es descrito como teniendo ojos, oídos, manos, pies, aliento; y como si experimentase sentimientos tales como el enfado y la ira. Los atributos de la bondad, justicia, y poder también se le imputan, y cada imagen expresa es esencialmente humana. Debemos siempre mantener en mente que cuando hablamos, por ejemplo, de la “bondad” de Dios, estamos utilizando un término humano, esto es, que empleamos algo que es conocido para el hombre, y por virtud de su reflejo en cuanto a la realidad Divina, nos permite ver la verdadera bondad de Dios, pero solo “como en un espejo, oscuramente”. La revelación no le viene al hombre con un nuevo conjunto de ideas expresadas en un enteramente nuevo y desconocido lenguaje. Si así fuese, la revelación sería completamente inútil. Lo que la Escritura hace es tomar consigo términos que son conocidos para el hombre, y transferirlos por analogía a las correspondientes realidades del mundo espiritual.

Los más tempranos escritores reconocieron este hecho con toda claridad. Dios fue denominado *Anonymous* (“Sin un nombre”) debido a que Él en Sí Mismo es inexpresable en el lenguaje humano. Justino Mártir dice:

- “No existe ningún “nombre” para Dios. *Theos, Pater, Kurios, Despotes*...no son propiamente “nombres”, sino tan solo apelativos por el Ser Supremo, deducidos por Sus operaciones, y los beneficios que de Él recibimos”.

Por esta razón el Señor Jesucristo se revela como siendo “La Imagen del Dios Invisible”, “El Logos”. “La Forma de Dios”, “La Expresa Imagen (el visible carácter) de Su Persona” (o la Substancia, la realidad invisible subyacente), “Dios manifiesto en la carne”. Si Adán de algún modo pudo percibir a Dios, debió ser esencial en la propia naturaleza de las cosas que tuviesen al menos un elemento en común, y por esta razón es que se dice que, el hombre, fue hecho “igual” a Dios.

En cada y toda persona normal existe un conjunto de aquello que podríamos denominar a priori las leyes del pensamiento. Si la mente de uno no es totalmente mentecata, le afirmará, positivamente y sin lugar a dudas, que dos más dos son cuatro, y que aceptar este simple hecho es esencial para toda actividad intelectual subsecuente. Las ideas y creencias que nos llegan a nosotros por esta vía son la base común sobre la cual todo y cada razonamiento subsecuente y la revelación se apoyan. Negar un axioma tan evidente como sea que la distancia entre dos puntos que yacen en el mismo plano es una línea recta, o que dos más dos son cuatro, significaría la aniquilación de todo pensamiento razonable.

De tal modo somos constituidos por creación, que resulta inconcebible que estas cosas no fuesen verdad en todas partes y en todo tiempo. Y además, también estamos seguros de que estas cosas son así inherentes, y que no han sido simplemente pretendidas por el poder todopoderoso. Si multiplicamos siete por siete, obtenemos como resultante cuarenta y nueve. ¿Podría alguno imaginarse que Dios, por el mero arbitrario ejercicio

de Su voluntad y poder, pudiese hacer mayor o menor este resultado? Pues en tales simples cosas básicas reside el germen de toda *justicia*, y su reconocimiento es la prueba de nuestro concepto de dicha justicia.

El Obispo Pearson escribe:

- Dios no puede por nosotros ser conocido de otra manera sino por relación a las criaturas, como por ejemplo, bajo el aspecto del dominio, o de la causa, o en cualquier otra relación.

Hamilton escribe:

- Es de hecho tan solamente a través de una analogía de lo humano con la naturaleza Divina que nosotros somos perceptores o recipientes de la Divinidad.

Y citando una vez más del Obispo Browne:

- Aunque no conozcamos a Dios en Su propia naturaleza, aun así, no somos totalmente ignorantes de Su Persona, sino que se puede alcanzar un imperfecto conocimiento de Él a través de la analogía entre las cosas humanas y divinas.

Así pues, hizo Dios al hombre en Su semejanza, y por razón de que las cosas humanas a las Suyas se asemejan, aunque en un plano más bajo, es que Él puede hablarle al hombre lo concerniente Consigo Mismo que Él quiera revelarle, todo lo cual será más que suficiente para paliar todas sus necesidades presentes, y al mismo tiempo creándole en su corazón un gran deseo de conocer más de Él, en Su tiempo apropiado. Y esto sabemos, que el hombre fue hecho “un poco menor que los ángeles”, pero estaba destinado a sobresalir sobre dichos ángeles *cuando el apropiado tiempo de Dios llegase*.

El discernimiento del bien y del mal pertenece a los ángeles, tal como vemos claramente en 2ª Samuel 16:17, y en Hebreos 5:14 de este discernimiento se dice que sea característico de *madurez*, o cuantos hayan alcanzado *perfección*. La tentación en el Edén se relacionaba vitalmente con esta cuestión del bien y el mal. En el texto original se lee:

- Seréis como dioses (ángeles), o como Dios (Elohim), sabiendo el bien y el mal (Gén.3:5).
- He aquí el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal (Gén.3:22).

Satán tentó al hombre pecaminosamente para que anticipase aquello que hubiese llegado a ser suyo en el tiempo que Dios viese apropiado; así repudió la revelación que le fue ofrecida por analogía, e intentó llegar por sí a conocer “como somos conocidos”.

Este intento resultó en desgracia y fue desastroso, y dejó su marca sobre el hombre y su mundo hasta el día de hoy.

La Escritura nos revela a nosotros la verdad “como por espejo, oscuramente”. En la resurrección en gloria, cuando seamos hechos mayores que los ángeles, llegaremos a ver “cara a cara”. Cuando poseamos cuerpos “espirituales” y “celestiales” en la resurrección (1ª Corintios 15:40, 44), ya no habrá necesidad alguna de las analogías que al día actual precisamos estando como estamos en nuestra actual limitación. Pasaremos de ver “a través de un espejo, oscuramente” a “conocer como somos conocidos”. Los caminos y los tiempos de Dios se gobiernan por infalible sabiduría e inequívoco amor. En la plenitud del tiempo, Cristo, la gran analogía de Dios, vino al mundo, y de ahí que nosotros ahora seamos capaces de *contemplar la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*. Además, nunca debemos olvidar que el don del lenguaje humano, y el hecho de que la revelación de Dios se redacta en dicho lenguaje, obedeciendo las leyes de la gramática, y adoptando las figuras e imágenes con las cuales la mente humana se encuentra familiarizadas, que todo esto parte y se origina de la divina condescendencia, así como ciertamente el hecho de que la Palabra “vino a hacerse carne” y la “forma de Dios” pasó mudándose en la “forma de un siervo”.

En todo esto hemos estado hablando básicamente del hombre en cuanto fue originalmente creado y constituido. No olvidemos que la redención y la novedad de vida se han introducido, a través de la gracia, en esta presente esfera, y que el creyente, estando en unidad juntamente con Cristo, y teniendo el Espíritu Santo de Dios, anticipa ya en este momento, a su medida, la nueva creación, en la cual cuando se presente en concreción, el conocimiento del Señor llenará toda la tierra, “como las aguas cubren el mar”. Por eso vemos que el Apóstol escribe lo siguiente en su Epístola a los Corintios:

- Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios...nosotros tenemos la mente de Cristo (1ª Corintios 2:9-11, 13, 16).

CAPÍTULO 15

El Problema del Mal, y la Lección de Génesis 1 – 3

¿Habrá alguien, en posesión de sus facultades, que no haya sido experimentado, de tiempos a tiempos y a un cierto grado, por el “problema del mal”? Este tema ha sido siempre el albo de una constante y redundante procuración en la mente de los más

grandes filósofos, pensadores y teólogos desde el principio de la historia. El Libro de Job no deja de ser sino la exposición de uno de tantos aspectos del problema, y ¿qué viene a ser el Libro del Eclesiastés, sino un registro de cuantos procuran respuestas mentalmente en este mismo tema tan profundo? ¿Cuál es el conflicto de las edades, sino el conflicto del bien y del mal? ¿Cuál es el tema del Génesis y del Apocalipsis sino este mismo conflicto? ¿Y cuál es aun también el evangelio de la gracia de Dios, sino la solución, por el amor Divino, del problema del bien y del mal? Debemos observar, no en tanto, que, si bien los hombres de todos los tiempos y opiniones han ido teniendo consigo sus “problemas” concernientes al origen, naturaleza y final del mal, no vemos que haya o se dé el mismo “obstáculo” en el caso del bien. Es verdad que el tema del “bien”, su carácter, naturaleza y fruto, ha sido un constante sujeto de estudio para estudiantes, filósofos y predicadores por igual, pero no hay problema alguno acerca del bien, como sí existe acerca del mal. Las opiniones concernientes al “mal” se dividen, y van desde aquellos que lo relacionan a Dios como el Creador de “todas las cosas”, y de ahí el Autor del mal – y no meramente el mal como castigo por el pecado, sino además el mal en todos sus aspectos morales – hasta el otro extremo, esto es, la total negación de que el mal exista de ninguna manera.

Poetas de todas las vertientes del pensamiento han revestido el misterio del mal con sus propias imaginaciones. Los inquietantes devaneos del *Rubaiyat* de *Omar Khaiyam*, los trágicos versos de “*Saúl*” de *Browning*, la luz y la sombra de “*In Memoriam*” de *Tennyson*, las muchas líneas que el lector puede recordar de *Shakespeare*... todo este arsenal indica cuán profundamente arraigado está este problema en los meandros de la vida. El lector probablemente no esté interesado que sigamos citando páginas y páginas sobre este punto, así que nos daremos por satisfechos dando dos referencias más antes de pasar a la más cierta enseñanza de las Escrituras. Aquí damos uno de los muchos aspectos sobre el tema por la pluma de Shakespeare:

Para nada tan vil que sobre la tierra viva
A la tierra algún especial bien le ofrece
Ni de nada así tan bueno sino sus perversiones en el uso
Revueltas ya desde el nacimiento, tropezando en los abusos:
La virtud misma vuelve en vicio
que tan solo por los actos algunas veces dignifica
(Romeo y Julieta 2:111)

La idea subyacente aquí es que lo “bueno” o “malo” no reside en la cosa en sí, sino en el uso o el abuso que de ello se hace – este es un aspecto que entenderemos mejor y más claramente cuando hayamos considerado la enseñanza de Génesis 1 – 3.

Nuestra segunda citación proviene de Sir Richard Burton, un maestro del Lenguaje Oriental. Aquí nos ofrece expresamente algo de la actitud Oriental hacia el bien y el mal:

- No hay bien alguno, tampoco mal, estos son tan solo los caprichos de la voluntad mortal. La obra que me sane que yo llame de buena, es cosa que me duele y hiere como enfermedad. Todo muda con el espacio, cambia según la raza, y en el paso del tiempo. Cada vicio lleva consigo una corona virtuosa, y todo el bien se prohíbe como pecaminoso y criminal.

Aquí tenemos realmente una mezcla del bien y del mal, y está ciertamente equivocado afirmar que lo “bueno” y lo “malo” no dejan de ser sino “caprichos de la voluntad mortal”. La segunda línea de la citación:

“La obra que me sane que yo llame buena, es cosa que me duele y hiere como enfermedad” veremos que es la propia esencia de la tentación de nuestros primeros padres, y una indicación de la verdadera naturaleza del “mal”. Pero esto, no en tanto, lo veremos mejor cuando estudiemos lo relativo de la Escritura.

Si bien Burton no haya querido significar lo que nosotros conocemos por “verdad dispensacional”, su tercera línea expresa lo que todos nosotros podemos comprobar, esto es, que aquello que era “bueno” para Israel bajo la ley, puede ser “malo” para un creyente bajo la gracia. Estas cosas, si bien no valgan para otra cosa, confiamos que al menos nos ayudarán a apreciar mejor las amplitud tan enorme que abarca este gran tema, y en vista de su complejidad y la extrema diversidad de enseñanzas y opiniones a su respecto, cualquier contributo que podamos ofrecer para con el problema de la naturaleza del mal, debemos ofrecerlo con genuina humildad, y basado sobre hechos que nadie puede negar.

El primer punto que nos gustaría exponer podremos expresarlo como una simple declaración del hecho:

- (1) “El Bien” (Hebr. *Tob*) aparece en el registro de la Creación siete veces (Gén.1:3 – 2:3).
- (2) “El Mal” (Hebr. *Ra*) no aparece en parte alguna del registro de la Creación.
- (3) “El Mal” solo se introduce en la narrativa de Génesis, donde el hombre, un agente moral, está siendo probado (2:9).

Hemos establecido estos hechos de la manera más simple posible. ¿Qué es lo que implican? El hecho de que el “bien” pueda atribuirse siete veces a la creación en sus variadas formas, sin la necesidad del “mal” como apéndice, nos enseña que el “bien” es positivo y no dependiente del “mal”. Las “tinieblas” bien pueden ser la antítesis de la “luz”, pero la luz es positiva, y no depende de las tinieblas, pues leemos que “Dios es luz, y *ningunas tinieblas habitan en Él*”. El “Bien”, por tanto, no es un término relativo, sino un término positivo.

En el siguiente ejemplo observaremos que el “mal” se menciona por primera vez con la prueba a la cual se somete un agente moral. Al tiempo que la narración está tratando

con el sol, la luna y las estrellas, los animales, las aves y los peces, y aun mismo de la creación del hombre, el “mal” se desconoce. No llega a aparecer sino cuando en la narración al hombre se le pone delante la alternativa, y ahí él podía escoger el “mal”, y no aparece hasta que, inclinado en su deseo, es el hombre quien lo hace surgir. El árbol de Génesis 2:9 no se denomina “el árbol del bien y del mal”, sino “el árbol del *conocimiento* del bien y del mal”. El conocimiento o percepción no reside en el árbol en sí, sino que estaba sujeto con la reacción del hombre hacia la prohibición, de la cual, venir a tomar de este árbol, era el visible emblema. Toda la cuestión gira en vuelta de la elección del hombre, y no en la naturaleza del árbol. No es importante cuál pudiese ser el “fruto”, tanto si fuese la tradicional manzana como si fuera una pera; eso no hace diferencia alguna. Si el hombre hubiese obedecido a la voz del Señor, habría a su tiempo apropiado conocido también el “bien y el mal”, pero vendría a haber sido una experiencia bendita, bajo la gracia de Dios. Sin embargo, el hombre desobedeció, y alcanzó este conocimiento bajo el desagrado de Dios, y resultó en destitución, pesar, vergüenza y muerte para su dolor.

No hay tal cosa como “bueno” o “malo”. Lo “bueno” o “malo” como tal no puede ser creado. Sería posible, eso sí, crearse “cosas buenas” o “cosas malas”, pero cuando tratamos con el “mal” y su problema, no estamos tratando con una sustancia que exista en algún lugar por peso o a granel, puesto que el mal es el resultado del pensamiento, el deseo, la elección, la voluntad. Así pues, es tan imposible como inadecuado enseñar que “Dios es el Autor del mal”. Si así fuese, entonces precisería que Adán hubiese sido llevado a desobedecer, lo cual en la propia naturaleza del caso no dejaría de ser sino una gran contradicción. Si la “desobediencia” de Adán realmente “obedeció” al dictamen de su Creador, entonces el pecado dejaría de ser pecado, pues una desobediencia que se vuelve obediencia no solo es algo sin sentido alguno, sino que además se limita, por la propia natura de su tema, a la blasfemia.

Vayamos ahora a Génesis 3, un capítulo que ha sido considerado justamente como la semilla de toda la trama en la doctrina Bíblica.

En el relato de la tentación de Adán y Eva, encontramos algo que hasta aquí se entendía como cosa prohibida, presentándose ahora en una tal luz como si se considerase “bueno”. Esta es la esencia natural del mal. El mal no se persigue o practica solo por sí de forma abierta, por muy malvado que sea el prevaricador; la mala corriente se sigue, y sus consecuencias se aceptan, porque se reviste de una falsa máscara, y aparece como si fuera algo al fin y al cabo “bueno”. El Tentador sabe bien y reconoce este hecho, y actúa en concordancia.

- ¿Conque Dios os ha dicho, que no comáis de *todo* árbol del huerto?

Si la Serpiente no hubiese pretendido crearles en la mente la falsa idea de que el árbol prohibido era realmente “bueno”, habría podido declarar los mismos hechos y haber creado un efecto opuesto presentándoselos de una tal manera como la siguiente:

- Mirad que clase de Dios tenéis que os ha rodeado con tantas evidencias de Su amor y cuidado. *Todo* árbol, excepto uno, está a vuestra disposición, y aquel único evidentemente se ha mantenido fuera de vuestro alcance por el mismo amor que tan generosamente os ha providenciado *todos* los demás.

Para apreciar la importancia del ataque abierto del Tentador, observe cómo pone el énfasis sobre la palabra “todo”:

El Creador les dice: “De TODO árbol podéis comer...”

El Tentador les replica: “Así que no podéis comer de TODO árbol...”

Una vez que sutilmente ha maquillado con la máscara de “bueno” el aspecto del “mal, el Tentador tan solo tiene que mantenerse a la altura y jugar hábilmente con los sentimientos despiertos del hombre para alcanzar su fin. La mente humana ha sido manipulada de tal modo con sus sentidos que ahora procurará obtener aquello que le aparece como siendo “bueno”. Esta procura reside a la raíz de la vida en sí, y sin ella la especie humana realmente desaparecería.

Una vez que estimuló el interés de la mujer, el Tentador ahora procede a justificar su desobediencia. Este árbol prohibido, le sugiere, te capacitará para alcanzar el objeto de tu propia existencia: “Seréis como Dios”. Desde un punto de vista, esta aspiración podría considerarse como una blasfema usurpación de aquello que pertenece exclusivamente a la Deidad, pero, por otro lado, venir a ser como Dios, es el verdadero objetivo de cada creyente, y el objeto de la gracia redentora en sí.

Ahora entra en juego la actividad y la respuesta humana. Satán ya incitó el fluido interno de los actos, y ahora puede dejar que el resto opere por sí.

- Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella (Génesis 3:6).

Una vez que se conceden las premisas del argumento de Satán, no podemos hallar culpa alguna con la subsecuente respuesta de Eva. Si en un cierto momento el “mal” puede parecer “bueno”, el pecado vendrá inevitablemente a seguir. Al hombre se le pudo asaltar por tres vías, y siempre y cuando el “mal” pueda hacérsele parecer como “bueno”, tanto para el cuerpo, el alma o el espíritu, el hombre ha de caer en sus deseos, y la consecuencia ha de ser el pecado.

- (1) SU CUERPO... “Bueno para comer”.
- (2) SU ALMA..... “Agradable a los ojos”.
- (3) SU MENTE.... “Para alcanzar la sabiduría”.

En Génesis 3 leemos que Eva fue “engañada” (Génesis 3:13); en 2ª Corintios que fue engañada por la “sutileza” de la Serpiente (2ª Corintios 11:3); y en 1ª Timoteo 2 que “la mujer, siendo engañada, incurrió en la transgresión” (1ª Tim.2:14). En este punto debemos anticipar una posible objeción. El lector tal vez esté criticando nuestro argumento de la siguiente manera:

- El argumento en cuanto a la esencial naturaleza del mal (como algo que se presenta falsamente como “bueno”) se desmorona inmediatamente una vez vueltos desde el relato de la caída de la mujer, al pecado de Adán. En 1ª Timoteo 2:14, que tan solo citamos parcialmente encima, leemos:
- “Y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión”.
- Así pues, Adán sabía bien lo que estaba haciendo, y así, el argumento en cuanto a la esencial naturaleza del mal se desmorona.

A esta objeción nos gustaría responder que todavía no hemos considerado la cuestión con respecto a Adán, y esto es lo que nos proponemos hacer ahora – tomando de vuelta con nosotros, por 1ª Timoteo 2:14, el hecho de que Adán no hubiese sido engañado. Adán tomó del fruto del árbol, sabiendo que Satán había revestido el mal para que pareciese como algo bueno.

Cuando el Señor cuestionó a Adán, él le dio la siguiente razón como motivo de su transgresión:

- La mujer que (Tú) me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí (Gén.3:12).

La más común interpretación de la respuesta de Adán es considerarle como alguien que no estaría dispuesto a que el vaso más débil cargase a sus espaldas con el peso de la culpa, pero este punto de vista, tenemos por cierto, no está correcto. Eva fue engañada cayendo en la trampa y creyendo un “mal” como si fuese “bueno”, y así le sucedió también a Adán. Por su acto de desobediencia, la mujer que le había sido dada “para estar con él”, ya estaba separada de Adán, por el pecado que inevitablemente envolvía la muerte. Recusándose a tomar del fruto ofrecido por Eva, Adán habría permanecido sin pecado. En su amor por su mujer, no en tanto, y en su tristeza viendo su fracaso y vislumbrando la separación, juntamente con su incapacidad previendo que Dios no podría hacer otra cosa sino ejecutar la sentencia predicha, hizo conque el “mal” pareciera ser algo “bueno”. A Adán le pareció mejor perecer con la mujer que amaba, antes que vivir por solitario lleno de tristeza y nostalgia. El acto de Adán no hace otra cosa sino confirmarnos el hecho de que el “mal” ha de considerarse como un “bien” antes que pueda operar en los deseos del hombre e influencie su decisión.

Dejaremos ahora de parte del lector la iluminadora tarea de descubrir por sí ejemplos en el Nuevo Testamento de este vital principio. En la tripla tentación del Señor, por

ejemplo, tal como se relata en Mateo y Lucas, descubriremos que esta grosera muestra del “mal” haciendo que pareciera algo “bueno” se halla a la raíz misma del ataque de Satán sobre el Señor, como el bendito Segundo Hombre, y el Último Adán.

CAPÍTULO 16

La Insuficiencia de las Obras y Palabras de Dios en cuanto a una Revelación de Sí Mismo

Antes de dejar de lado el medio de la creación (Génesis 1) e introducirnos en la esfera moral (Génesis 2 y 3) con sus problemas del libre albedrío, la presencia del bien y del mal, y otros temas relacionados, vamos a dar una vista de ojos final en la creación y su revelación en Génesis 1, y las fronteras o limitaciones en su conocimiento de Dios que una criatura limitada como lo somos nosotros debe esperar y aceptar.

El Bien y la Creación. – Vamos a considerar en primer lugar el testimonio de la creación por fuera y aparte del relato Bíblico. Fuera de la Palabra escrita, el hombre tiene consigo todo el círculo de la naturaleza a su alrededor, del cual él propio es la corona y el clímax, y esta creación, por las cosas visibles que en ella hay, le habla de Dios. El siguiente es el razonable testimonio, abrumador en su lógica irresistible, de alguien que se dedicó a llevarle las buenas nuevas de la salvación a los hombres, y quien es, por tanto, el menos inclinado a juzgar a los paganos desde un punto de vista puramente académico:

- Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad en injusticia. Pues aquello que puede conocerse de Dios les es manifiesto; pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que están hechas, esto es, Su eterno poder y Deidad; de manera que no tienen excusa (Rom.1:18-20 R.V.).

Aristóteles, quien, hasta donde nosotros sabemos, nunca llegó a leer nada de las Escrituras, confirma el testimonio de Apóstol, diciendo: “Dios, Quien es invisible para todo ser mortal, es visto por Sus obras”. Cuando el Apóstol en Hechos 14 se dirige a los paganos, que no sabían nada de Dios al contrario que los Judíos, apela echando mano de la evidencia de la creación:

- Volveos de estas vanidades al Dios viviente, que hizo el cielo, y la tierra, y el mar y todas las cosas que ellos hay; Quien en el tiempo pasado soportó con paciencia que todas las naciones anduviesen en sus propios caminos; si bien que Él Propio no se dejó sin testimonio, haciendo el bien, y dándonos la lluvia del cielo, y tiempos fructíferos, llenando nuestros corazones con alimento y alegría (Hechos 14:15-17 R.V.).

El Apóstol sigue esta misma línea cuando se dirige a la asamblea reunida en el Areópago de Atenas.

- Atenienses, bien veo que en todas las cosas sois muy supersticiosos. Pues pasando he hallado un altar con esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. A Quien, por tanto, ignorantemente adoráis, es a Quien yo os declaro. Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, visto que Él es el Señor del cielo y la tierra, no habita en templos hechos de manos de hombre; ni es adorado con manos de hombres, como si precisase de algo, visto que es Él Quien da a todos, vida y aliento, y todas las cosas; y de una sola sangre ha hecho todos los linajes de los hombres, para que habiten sobre la faz de la tierra, y le ha determinado los tiempos de antemano señalados, y los límites de su habitación; para que procuren al Señor, si casualmente puedan hallarlo sintiendo y palpando, aunque no está lejos de cada uno de nosotros; pues en Él vivimos y nos movemos, y tenemos nuestro ser; tal como además han dicho ciertamente algunos de vuestros poetas: Porque linaje suyo somos. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan (Hechos 17:22-30).

En el Salmo 33 leemos:

- Tema a Jehová toda la tierra; teman delante de Él todos los habitantes del mundo. Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió (Salmo 33:8, 9).

En el Salmo 19 también se escribe de la creación, particularmente en conexión con los cielos:

- Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de Sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra declara sabiduría (Salmo 19:1, 2).

Está llegando un día en el cual la doctrina de la *evolución* habrá alcanzado su último objetivo, y Dios por el hombre sea puesto fuera de Su propia creación. En ese día vendrá a ser “el evangelio eterno” el que entonces se predique, un evangelio que no

contiene palabra alguna concerniente a la redención, sino que tan solo proclama el temor de Dios y Su reconocimiento como el Creador (Apoc.14:6, 7).

En todos nuestros estudios, no en tanto, hemos ido salvaguardando y poniéndole al lector en mente el hecho de que, el conocimiento de Dios, es relativo y condicional. Nosotros no podemos conocer a Dios a menos que Él Mismo se nos manifieste a nosotros, y nuestro conocimiento está inevitablemente limitado, puesto que, necesariamente, Su Ser se nos describe en términos de razonamientos humanos. El lenguaje es simbólico.

- “Nuestros símbolos son ventanas a través de las cuales comprendemos una realidad que trasciende nuestros conceptos. Los símbolos son verdaderos tan solo al punto que consigamos vislumbrar” (H. Spencer).

Dios y la Revelación. – Nunca será demás que enfatizamos repetida y frecuentemente, que todos los nombres y atributos de Dios que encontramos en la Escritura son analógicos y simbólicos. El propio Dios en Sí es mayor y más grande que todos Sus nombres y atributos. Él, el Único Infinito, ha condescendido y se ha rebajado limitándose a los términos humanos, siendo que Él Propio está por encima y más allá del alcance del lenguaje, la lógica, o la filosofía. En las Escrituras tenemos una fiel, verdadera, inspirada, e infalible manifestación del Dios Invisible e Incomprensible.

- Al presente tan solo vemos difusos reflejos como en un espejo, pero entonces será cara a cara. Al presente voy aprendiendo poco a poco, pero entonces comprenderé, como en todo tiempo he sido comprendido (1ª Cor.13:12, Moffatt).
- De momento vemos las cosas como en un espejo, y están confusas; pero entonces las veremos cara a cara. Al presente el conocimiento que adquiero es imperfecto, pero entonces sabré plenamente, así como soy plenamente conocido (1ª Cor.13:12, Weymouth).

La Versión Autorizada aquí: “Ahora vemos a través de un espejo, oscuramente” podrá ser un tanto malentendida por el lector inglés (y castellano), que puede imaginarse un espejo transparente. La preposición (*dia*) debería haberse traducido “por medio de” – “Ahora vemos por medio de un espejo”. Los espejos en el tiempo que se escribió esta Escritura, siendo de metal, no eran ni mucho menos tan diáfanos como al día actual. La única ocurrencia además de esta de *esoptron*, “espejo”, está en Santiago 1:23: “semejante al hombre natural que considera en un espejo su rostro”.

Debemos, no en tanto, ser muy cuidadosos en este pasaje (1ª Cor.13) y no pensar que el Apóstol se esté refiriendo al imperfecto carácter de la dispensación del periodo de los Hechos, en contraste con el perfecto carácter de la dispensación del Misterio. Nadie, con toda seguridad, afirmaría que cualquier miembro del Cuerpo Único durante la dispensación del Misterio “conozca como es conocido”.

Ciertamente nos regocijamos testificando el pleno conocimiento que tenemos ahora, esto es, que el Misterio ha sido dado a conocer, pero aun así, todavía no podemos en esta vida “conocer como somos conocidos”. Esa gloriosa consumación todavía aguarda el día de la resurrección, cuando, entonces sí, veremos “cara a cara”. Por muy plena que sea nuestra fe, por muy cercanos que estemos al Señor, nada de cuanto experimentemos se podrá ahora comparar con el gozo de aquel día, cuando seamos manifiestos con Él en gloria.

La palabra traducida “oscuramente” en la Reina Valera es nuestra palabra castellana “enigma”. En esta vida vemos por medio del espejo de la Palabra, reflejando las realidades espirituales en un *enigma*. Las cosas invisibles se representan por las cosas que se ven, las cosas espirituales se representan como si poseyesen cualidades naturales, y las cosas eternas se expresan en los términos del tiempo. Hay ciertas cosas que nos resulta imposibles que conozcamos mientras estemos envueltos con las debilidades y limitaciones de nuestra humana naturaleza, pero no debemos imaginarnos que estas verdades relativas sean absolutas, o que los tipos y las sombras sean realidades. Debemos ser cuidadosos para no introducir en el medio de lo real, las sombras e imágenes de lo relativo.

En su libro “Dios y la Naturaleza”, H. Spencer nos dice una o dos cosas en conexión con nuestro tema que tal vez sea conveniente repetir aquí:

- (1) Dios es invisible para nuestros sentidos físicos, pues Él es puro Espíritu e infinito (Éxodo 33:20; Juan 1:18).
- (2) Dios es inimaginable. No puede ser retratado ni por los actos ni por la mente.
- (3) Nuestro conocimiento de Dios es indirecto. Aun mismo la Escritura y la manifestación de Dios en Cristo envuelve la traslación en términos humanos y finitos.
- (4) La relatividad que caracteriza al conocimiento humano limita nuestro conocimiento de Dios. Tan solo podemos saber aquello que Él nos revela, y la finita capacidad de nuestras mentes limita Su manifestación de Sí Mismo para nosotros.
- (5) La inescrutable Divinidad no significa que Dios sea totalmente desconocido, sino que somos incapaces de conocerle plena y adecuadamente (Job 11:7-9; 36:26; Salmo 77:19; 139:6; Proverbios 30:4; Isaías 45:15; 55:8, 9).

Al tiempo que vamos considerando esta cuestión de las limitaciones del conocimiento humano, podrá ser provechoso observar una o dos ideas relacionadas con el fin de que nuestro entendimiento se aclare. Hablamos del “Infinito” y el “Absoluto” en nuestro esfuerzo por presentar algo de la grandeza del Señor, pero debemos recordar que la palabra “infinito” significa estrictamente “ilimitado” o “sin límites”, mientras que la palabra “absoluto” significa “sin dependiente relación”. En cuanto al hombre concierne y dice respecto, algo que es totalmente e ilimitado y totalmente “sin relación” alguna, es

algo totalmente desconocido y completamente irreal. En teología, por tanto, los términos “Infinito” y “Absoluto” se modifican para referir a un Ser Quien es “Auto-limitado” y “Auto-suficiente”. Cuando empleamos el término “el Infinito”, queremos decir el Ser, Cuyas limitaciones están totalmente en el interior de Sí Mismo, esto es, que se limita por lo que Él es, y no por otras cosas externas que le afecten. De manera similar, cuando utilizamos el término “absoluto” queremos decir que Dios es absoluto en el sentido de que es auto-suficiente e independiente de todo lo externo. De ahí que encontremos a los filósofos hablando de Dios como siendo auto-suficiente e independiente por Su plenitud en relación a otras realidades. Aquí es donde la Escritura se distingue y varía de la Filosofía, puesto que, de acuerdo a las Escrituras, la plenitud de Dios se ve en Cristo y Su gente redimida, y se explica, no por las necesidades de la Metafísica, sino antes bien por la presencia del Amor. La exposición de este aspecto del tema, no obstante, debe aguardar hasta que lleguemos a la creación del hombre y el esfuerzo por descubrir el propósito que reside por detrás.

El ya muy antiguo dilema concerniente a la Unidad y Trinidad de la Divinidad es en gran parte un asunto del conflicto entre el concepto de lo Absoluto y el concepto de lo Relativo. Si Dios es Infinito y Absoluto, debe ser único. Dios, por tanto, es Uno, y la Trinidad es una revelación de esta Divina Unidad al hombre. En todas estas cosas, confundir los nombres y atributos relativos por los cuales Dios se ha hecho a Sí Mismo visible para nosotros “como por espejo, oscuramente”, con la Eterna realidad en sí, no significa otra cosa sino añadir la confusión de un malentendido al legítimo enigma que nuestra limitada habilidad humana hace inevitable.

Demos gracias a Dios por haberse acercado tanto de nosotros, y, al tiempo que aguardamos con esperanza por aquel día de revelación cuando veremos “cara a cara”, regocijémonos de que en el espejo de la Palabra podemos ver ahora hasta donde seamos capaces de Él en nuestras habilidades oculares.

CAPÍTULO 17

“Adán”, y la “Semejanza” de Dios (Gén.1:26, 27)

Si vamos a Génesis 1 y leemos el relato de la creación descubriremos que el primer acto creativo en conexión con este presente sistema se introduce por las sublimes palabras: “Sea la luz, y fue la luz”. A medida que vamos siguiendo el relato, observamos que cada obra en los días sucesivos se introduce por una fórmula similar: “Haya expansión”, “Produzca la tierra”, “Produzcan las aguas”. El inicio del sexto y último día de la serie no es excepción a la regla general:

- Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal

que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno (Gén.1:24, 25).

Con esto, sin embargo, no acaba la creación. En el versículo 26 nos adentramos en una atmósfera completamente distinta, y encontramos palabras relativas a la Divinidad que son prácticamente distintas de todo lo visto anteriormente. Ahora descubrimos que Dios dijo, “*Hagamos* al hombre, y de este hombre se dice hecho “en la imagen” y “según la semejanza” de Dios.

La palabra “creado” se emplea en solamente tres ocasiones a través de este relato:

- (1) Se emplea de la creación, en el principio, del cielo y la tierra. Esto es seguido por una referencia al abismo, del cual, al tercer día, se forman los “mares”.
- (2) Estos mares, siendo algo nuevo, de los que lo habitan no se dice que sean “hechos” o “producidos”, como es en otros casos, sino que se introduce de nuevo la palabra “creados”, para describir la vía en la cual Dios le añadió a este nuevo elemento con vida adecuada: “Y *creó* Dios los grandes monstruos marinos”. La palabra “monstruos” se refiere a ciertos monstruos marinos que aparentemente eran desconocidos en la creación precedente a la catástrofe de Génesis 1:2.
- (3) Ya no volvemos a encontrar de nuevo la palabra “crear” sino hasta que llegamos al versículo 27, donde leemos: “Y *creó* Dios al hombre”. Así pues, el hombre, fue una nueva criatura sobre la tierra.

No tan solo hallamos la palabra “creado” empleada en esta conexión, sino que además nos sorprende la pausa y aparente deliberación antes que el hombre viene a ser creado.

- Y dijo Dios, *Hagamos* al hombre (Génesis 1:26).

La idea de que Dios consultó previamente con los ángeles o cualquier otra criatura acerca de la creación del hombre sería en sí misma improbable, y realmente tiene que ser repudiada bajo la expresa evidencia de la Escritura.

- ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo...? (Isaías 40:12-14).

El uso de la primera persona del plural, (*hagamos*) “nosotros” y a “nuestra” (imagen y semejanza) en Génesis 1, apareciendo así al comienzo del Libro de la Ley, una ley que enfatiza la Unidad de la Divinidad (Deut.6:4), debería hacernos parar para pensar. No nos proponemos, en este artículo, intentar tratar con el muy amplio tema de la naturaleza de la Divinidad. Un estudio en Génesis 1 difícilmente podrá ser el lugar cierto para tal indagación. Sin embargo, es legítimo cuestionarse por qué Dios, Quien es

auto-suficiente, habría creado cualquier cosa, y además, por qué vino a suceder que crease al hombre en Su imagen y conforme a Su semejanza. Ya hemos considerado la cuestión de si el propio acto de la creación no implica una auto-limitación del Todopoderoso, y creemos que entonces ofrecimos una satisfactoria respuesta – esto es, que Dios no tan solo es todopoderoso y auto-suficiente, sino que además es Amor, y el amor, si habitase solo por sí, absorbido en su propia perfección, dejaría totalmente de ser amor. Así pues, no debemos detenernos a trillar este suelo de nuevo; pues lo que nos aguarda ahora es la consideración del hombre, su nombre y su oficio.

El nombre “Adán” aparece por primera vez en Génesis 1:26. Generalmente los comentaristas, enseñando Génesis 2:7, enseñan que Adán fue así llamado por haber sido tomado del *adamah*, o “polvo”. Si Génesis 2:7 fuese la primera ocurrencia de la palabra Adán, habría alguna justificación por este punto de vista, pero una vez que en el consejo de Dios ya fue así nombrado en Génesis 1:26, no nos parece que exista una buena razón en favor de tal sugestión, excepto la única obvia de que *adamah*, “el polvo”, y Adán, “el hombre”, son bastante similares en el hebreo. Si la similitud en el sonido fuese suficiente justificación, no tendríamos que salirnos de Génesis 1:26, pues en este versículo nos encontramos con la palabra “semejanza” que se deriva de *damah* “ser como”. No tan solo Génesis 1:26 tiende a sostener la idea de que “Adán” fuese así nombrado por causa de haber sido hecho en la “semejanza” de Dios, sino que además nos parece que Génesis 5:1 y 2 también emplea el mismo tipo de argumento:

- Este es el libro de las generaciones de Adán. El día que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día que fueron creados (Gén.5:1, 2).

Este pasaje ciertamente regresa más atrás, a Génesis 1:26-30, y no a Génesis 2:7, 21-23.

El propósito por el cual el hombre fue creado se expresa en los tres términos “imagen”, “semejanza” y “dominio”. La palabra “imagen”, *tselem*, proviene de la raíz hebrea *tselel*, que significa “sombra”. La primera ocurrencia en el Antiguo Testamento está en Génesis 19:8: “La sombra de mi tejado”. La Septuaginta traduce *tselel* por la griega *skia* unas 27 veces. Se encuentra en el Nuevo Testamento siete veces de la siguiente manera:

- “La sombra de muerte” (Mateo 4:16; Lucas 1:79).
- “La sombra suya (un árbol)” (Marcos 4:32).
- “La sombra de Pedro” (Hechos 5:15).

La palabra se emplea también de la ley ceremoniática figurativamente: “La sombra de los bienes venideros, no la imagen misma” (Hebr.10:1; 1ª Cor.2:17); y en Hebr.8:5: “Figura y sombra de las cosas celestiales”.

Adán por tanto no era la “misma imagen”, sino que en cierta medida reflejaba en sombra al Señor, y Rom.5:12-14 nos indica que, en otras vías que no las sugeridas en Génesis 1:26, 27, Adán era además una “figura de Aquel que estaba para venir”.

Por creación, el hombre es “la imagen y gloria de Dios” (1ª Cor.11:7); pero esta imagen es, al fin y al cabo, “terrenal”.

- El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo...así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial (1ª Corintios 15:47-49).

En su segunda epístola a la misma Iglesia, el Apóstol resume el tema, y a seguir damos las dos referencias a “la imagen” en esta segunda carta:

- Por tanto, nosotros todos mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2ª Cor.3:18).
- En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el Cual es la imagen de Dios (2ª Cor.4:4).

¿Cuántos son los que predicán este evangelio? ¿Cuántos se han dado cuenta de que el anuncio de que “Cristo es la imagen de Dios” es el “evangelio de la gloria de Cristo” y el sujeto central de los ataques de Satanás desde el principio? Antes que el mundo fuese, el Señor Jesucristo ya poseía consigo esta “gloria” (Juan 17:5), y fue el sujeto central de la oposición Satánica, tal como aprendemos por Ezequiel 28. Fue “reflejado en sombra” en la creación del hombre, y atacado por la Serpiente en el jardín de Edén, tal como se explica en 2ª Corintios 3 y 4, y es la meta y objeto hacia el cual se dirige el propósito de las edades. La sección central de Romanos (5:12 – 8:39) comienza con Adán, una caída figura de Aquel que tenía que venir, y acaba con el objetivo del gran propósito de Dios: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de Su Hijo” (Rom.8:29).

El clímax de la revelación en conexión con “la Imagen” se encuentra en Colosenses:

- “Su amado Hijo...Él es la Imagen del Dios Invisible” (Colos.1:13-15).
- “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria...y revestidos del nuevo (hombre), el cual conforme a la Imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colos.3:4, 10).

Aquí, tanto en Colosenses 1 como en el 3, la “Imagen” se conecta con creación. Además, Colosenses 1:16 deja muy claro ver que el Hijo era el Creador de Génesis

1:26, y que Adán reflejaba en cierta medida y consideración, “Aquel que estaba para venir”, “el postrer Adán”.

Volviendo a Génesis 1:26, ahora tenemos que considerar la frase añadida “conforme a Nuestra semejanza (*demuth*)”. La Septuaginta traduce esto por *kath homoiosin*, que podemos comparar con el uso de la palabra del Apóstol cuando se dirige hablando a los atenienses en Hechos 17:

- Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea *semejante* a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de *imaginación* de hombres (Hechos 17:29).

Isaías también nos desafía con la siguiente pregunta:

- ¿A qué, pues, haréis semejante (*damah*, vea *demuth* encima) a Dios? (Isaías 40:18).

Y Etán dice:

- ¿Quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién será *semejante* (*damah*) a Jehová entre los hijos de los potentados? (Salmo 89:6).

No en tanto, es cierto que el hombre fue hecho conforme a la semejanza de Dios, y en Santiago 3 leemos concerniente a la lengua:

- Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza (*homoioses*) de Dios (Sant.3:9).

El profeta Oseas utiliza la palabra *damah* cuando habla del camino en el cual Dios ha condescendido utilizando figuras literarias:

- Y he hablado a los profetas, y aumenté la profecía, y por medio de los profetas usé *parábolas* (Oseas 12:10).

Durante Su público ministerio, el Señor Mismo utilizaba muchas *similitudes* – por ejemplo:

- El reino de los cielos es semejante (*homoios*) a un tesoro (Mateo 13:44).
- ¿A qué es semejante el reino de Dios? (Lucas 13:18).
- ¿A qué compararé esta generación? Es semejante... (Mateo 11:16).

El hombre es para Dios aquello que una figura literaria es para el pensamiento, un símbolo, una analogía, un tipo.

Cuando Nabucodonosor vio en un sueño los sucesivos reinos del gobierno Gentil en la forma de una imagen, ni él propio ni Daniel se imaginaron nunca que tales reinos pudiesen ser actualmente como la imagen en sí, sino simplemente que esta imagen y su peculiar construcción “reflejaba en sombra” y símbolo las características morales de los respectivos reinos. Así también, en Génesis 1:26, no hay cuestión o duda alguna en cuanto al parecido externo. Tanto si es visto en el frágil tipo de Adán, o en la gloriosa persona del Hijo de Dios, la “imagen y semejanza” nunca ha de entenderse como física. El propio Salvador enseñó que Dios es espíritu, que ningún hombre había visto jamás a Su rostro. Es verdad que Él declaró que “Aquel que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”, pero nadie que entienda algo de la Palabra podría pensar que se refería a cualquier semejanza física con esto. El Padre fue manifestado en la vida y carácter de la “Palabra hecha carne”, sin embargo el Padre no era “semejante” a la forma física que el Señor tomó consigo cuando fue “hallado en la condición de hombre”. Así pues, en conexión con Adán, la “imagen” y “semejanza” hace referencia a lo moral y mental. Aquí, no en tanto, hemos llegado al final de nuestro espacio, así que vamos a reservar más pormenores sobre este tema tan importante para nuestro próximo artículo.

CAPÍTULO 18

“Lo Que Yo Creo”

Un periódico diario muy popular de Londres, hace algún tiempo atrás, publicó una serie de artículos titulados “Lo que Yo Creo”. El propósito era obtener un conjunto de opiniones “representativas” de los lectores en general, y el escritor incluyó un agnóstico, un Jesuita, un poeta, un dramaturgo, y un profesor. Aparte de dos de los artículos, o a lo sumo tres, los puntos de vista expresos bien podrían haberse mejor titulado: “Lo que Yo *no* creo”. Cualquiera que se encontrase en problemas o desespero, estaría justificado repitiendo en eco las palabras de Job: “¡Miserables consoladores sois todos vosotros!”.

Uno de los artículos, no en tanto, nos llamó la atención particularmente debido al hecho de ser tan ignorante en su lógica, y justificar plenamente los capítulos iniciales del Génesis. El artículo en causa fue escrito por un Profesor de Relaciones Industriales, cuya intensa humanidad y sabios consejos, exponía el periódico, habían hecho de él tanto amado como respetado por un gran número de oidores por radio, así como por los muchos lectores de sus artículos y cartas dándoles.

Esta es la manera en la cual da inicio su artículo:

- “¿Que si creo yo en Dios? No lo sé. Si tan siquiera pudiese percibir la cuestión...pero es que no puedo. Pregúntale a tu perro perdiguero si cree él en el

Espacio del Tiempo. Ladrará o gemirá, porque distinguirá que estás haciendo los ruidos que hacen los humanos. Pero eso no significa nada, porque la cuestión iba más allá de sus capacidades”.

A primera vista uno debía ser perdonado si dice que hay algo de verdad en el símil del Profesor. Dios es infinito, Dios es espíritu, Dios es invisible. ¿Quiénes somos nosotros para decir que le conocemos o que en Él creemos? Pero hay, sin embargo, una falacia fundamental aquí que haremos bien en reconocer. Es obvio que la mascota no tiene ni remota idea del concepto del Espacio del Tiempo, y cualquier apariencia de inteligencia en esta conexión sería engañosa. Expongamos ahora el argumento en forma silogística. El lector probablemente comprenderá que precisamos más de un silogismo para hacer una perfecta presentación del argumento, pero para nuestro presente propósito, este será suficiente.

Una Mascota no puede percibir el Espacio del Tiempo. Dios es todavía más difícil de comprender. Así pues, el hombre no puede entender a Dios, pues entre el hombre y Dios hay un mayor abismo que entre el hombre y su mascota.

Aun mismo una persona poco instruida podrá ver el punto débil aquí, pero pasemos al siguiente. Lo que se asume es que el hombre es igualmente incapaz que un perro a la hora de entender el concepto del Espacio del Tiempo, a la hora de él comprender a Dios. Pero, ¿sucede esto realmente así? El Libro del Génesis se sale de su ruta para llamarnos la atención a la creación del hombre, separándolo de las restantes criaturas, y enfatizando una característica en particular que echa por tierra la validez del argumento del Profesor. Si Génesis está en lo cierto, el hombre fue hecho en la “imagen y semejanza” de su Creador. Si bien haya que reconocer el inmenso abismo que hay separando al Creador de Sus criaturas, también tenemos que recordar que Dios ha instituido una relación entre Sí Mismo y el hombre, de tal forma, que Dios y el hombre pueden utilizar términos similares. Pueden por tanto encontrarse en un suelo común, y pueden entender un común lenguaje. Si bien es verdad que los términos humanos en los cuales Dios le ha placido revelarle Su naturaleza y atributos al hombre deben ser siempre entendidos como símbolos, y no como en último caso las realidades, no en tanto, el testimonio del Génesis y las facultades del hombre por igual, nos aseguran que la comparación establecida por el Profesor no es mínimamente válida. El lector podrá comprobar otros artículos en esta serie que tratan más específicamente con el significado de Génesis 1:26, y también con la cuestión general del testimonio del lenguaje. Este estudio ahora es sencillamente un breve artículo en forma de observación suplementar, utilizando el argumento del Profesor como un medio de llamar la atención a la verdadera relación entre el hombre y Dios.

Lucas 3:38 nos dice que Adán era un hijo de Dios, y debemos esperar que un hijo, por muy bajo que sea, sea capaz de mantener una comunión y entendimiento en relación a su padre; esto está en un plano mucho más alto que cualquier relación que pueda haber entre el más inteligente de los perros y el proceso de pensamiento de su dueño. El

hombre, creado en la imagen de Su Hacedor, ha sido investido con al menos una facultad con la cual puede apreciar “Su eterno poder y deidad”, y esto hace con que su ignorancia “no tenga excusa” (Rom.1:19, 20). La introducción del pecado y de la muerte ha deteriorado estas facultades, y ha deteriorado gravemente la “imagen”, pero ambas cosas, las facultades e imagen, permanecen siendo las distintas características del hombre. En adición a todo esto, por supuesto, tenemos el mensaje del evangelio, esto es, que en la plenitud del tiempo Dios fue manifestado en la carne, y visto y oído por los hombres, a quienes les fue revelado que, habiéndole visto a Él, habían visto con eso al Padre. Tanto la naturaleza del hombre por creación, como la venida de Cristo en gracia, hacen por igual del paralelo de la mascota y el hombre un razonamiento irreal y engañoso.

“Aquello que puede ser conocido de Dios” le ha sido manifiesto al hombre en términos que puede comprender, y se basan en la propia naturaleza y propósito de su creación. El Libro del Génesis, tan livianamente puesto de parte por la mente moderna, contiene en germen la respuesta para los problemas de la humanidad. ¡Qué gran tragedia es, primeramente, despreciar la lámpara que alumbra, y a seguir, hablar sin sentido alguno de las tinieblas como si fuesen la luz de sabiduría!

CAPÍTULO 19

Una Indagación en el Carácter del “dominio” que se le dio a Adán (Génesis 1:26-28)

En nuestro último artículo consideramos el significado del nombre Adán y su conexión con la “ semejanza ” de Dios, conforme a la cual fue creado. Pedimos al lector que tenga en mente los resultados obtenidos en dicho artículo, a medida que avanzamos con nuestro presente estudio.

¿Hasta qué punto, y en qué sentido, se pretendió que Adán reflejase al propio Dios? ¿Hasta qué punto, como una criatura, estaba capacitado para representar a la Deidad? ¿Qué límites deben establecerse? El lector sin duda alguna ha de conocer bien las dos extremas respuestas que se dan comúnmente a estas preguntas. Hay algunos que no permiten a la imagen y semejanza que fuese de otro modo sino *física*; mientras que otros deducirían por este pasaje *la inmortalidad del alma*. La verdadera respuesta sin embargo reside a mitad de camino entre estos dos extremos.

- Y dijo Dios, HAGAMOS al hombre a NUESTRA imagen, conforme a NUESTRA semejanza; y señoree (Génesis 1:26).

En nuestro previo artículo vimos que el nombre “Adán” era similar a la palabra hebrea para “semejanza”. Esta “semejanza” se expresa en el “dominio” o “señorío” que le fue conferido originalmente al hombre. Cuando se introdujo el pecado en el mundo, no en tanto, con él ocasionando una maldición sobre la tierra, su dominio sobre las criaturas inferiores se vio completamente afectado. Cuando Noé, quien fue considerado como un tipo del segundo Adán, puso la planta de sus pies fuera del arca en un mundo nuevo, ya no se emplea la palabra “señorío”, sino que se sustituye por la expresión, “el temor y el miedo de vosotros” (Gén.9:2). El hombre, no en tanto, sigue siendo visto como “en la imagen de Dios” (Gén.9:6), y “en la semejanza de Dios” (Santiago 3:9).

El dominio o señorío que le fue otorgado a Adán era:

- En los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra (Gén.1:26).

Este dominio era una “sombra” del gran dominio que tendría que ser ejercido por Cristo, la verdadera Imagen de Dios. En el Salmo 8 podemos ver algo de esto, y el apóstol Pablo completa la historia en el Nuevo Testamento.

- Cuando veo Tus cielos, obra de Tus dedos, la luna y las estrellas que Tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de Tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar (Salmo 8:3-8).

Si vamos a la Epístola a los Hebreos, veremos que Adán presagiaba a Cristo. El Creador de Génesis 1:26 es Quien está patente en el Salmo 8, y el Salmista dice que “los cielos son obra de Tus dedos”. A menos que queramos divagar sobre la diferencia entre “dedos” y “manos”, está claro que Cristo es el Creador en Cuya imagen y semejanza fue creado Adán, pues en Hebreos 1 leemos:

- Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de Tus manos (Hebr.1:10).

De Hebr.1 pasamos ahora a Hebr.2, donde tenemos citado el Salmo 8 con este comentario:

- Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a Él (Hebr.2:8).

Esto nos muestra que hemos pasado del tipo, cuyo dominio se limitaba sobre las ovejas y bueyes, al ante-tipo, Cuyo dominio es sobre todas las cosas. El Apóstol entonces continúa, diciendo:

- Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos (Hebr.2:8, 9).

Este dominio, del cual la “semejanza” de Adán no dejaba de ser sino una débil sombra, se expande posteriormente en Efesios 1, donde alcanzamos el cenit de la revelación del “misterio de Cristo”. De esta epístola, ahora queremos ocuparnos con la sección que habla de “todas las cosas” que se asocian con la esfera exaltada, donde Cristo está sentado “por encima de todos los cielos” (Efesios 4:10). Y así, en el capítulo 1 leemos:

- Resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado, y autoridad, y poder, y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo Sus pies, y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1:20-23).

Con este breve relance en la relación entre este “dominio” y el “misterio”, vamos a ir un poco más atrás, a 1ª Corintios 15, para ver una aplicación más del pasaje:

- Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de Sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de Sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a Él, claramente se exceptúa Aquel que sujetó a Él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (1ª Cor.15:24-28).

Esta meta u objeto de las edades es el cumplimiento de la promesa reflejada en sombra en la creación de Adán.

Ahora debemos ir de nuevo a Génesis 1:26 para averiguar indagando cuál sea realmente la implicación de la palabra “señorear”. Hay varias posibles alternativas que no se emplean en este pasaje. La palabra que aquí aparece no es *baal*, “poseer dominio como señor y propietario” (Isaías 26:13), ni tampoco *mashal*, “reinar como gobernador, o un superior” (Jueces 14:4), ni *shalat* “gobernar” (Salmo 119:133), sino *radah*, “someter, subyugar”. Los siguientes son tres pasajes en los cuales aparece esta particular palabra:

- Los que os aborrecen se *enseñorearán* de vosotros (Levítico 26:17).
- Os habéis *enseñoreado* de ellas con dureza y con violencia (Ezequiel 34:4).
- *Domina* en medio de tus enemigos (Salmo 110:2).

Estas referencias nos dan una idea en cuanto a la naturaleza de este particular tipo de dominio, y especialmente el Salmo 110, que es Mesiánico y está hablando del Día del Señor. El Salmo a seguir nos habla del Señor “quebrantando a los reyes”, “llenando las naciones de cadáveres” y “quebrantando las cabezas en muchas tierras” (Salmo 110:5, 6). Este concepto del dominio es el que tenemos en el capítulo 28 de Génesis 1, donde leemos:

- Llenad la tierra y *sojuzgadla*.

La palabra “sojuzgadla” es una Traducción de la hebrea *cabash*, y su significado puede deducirse por el hecho de que, en su forma sustantiva, significa un “estrado para los pies” o “grada” (2ª Crónicas 9:18). En Nehemías 5:5 se traduce “entregar a servidumbre”; y es la palabra empleada por el Rey cuando dirigiéndose a Aman le grita, “¿Querrás también *violar* a la reina?” (Ester 7:8). La palabra también se emplea hablando de la conquista de Canaán bajo el mando de Josué (Josué 18:1), una subyugación cuyo tenor hace con que no sea preciso citar ni el capítulo ni el versículo como prueba.

La Septuaginta traduce la palabra “subyugar” por *kata kurieu*, que significa “gobernar imperialmente”, “dominarlo”, “obtener el dominio”. Sus ocurrencias en el Nuevo Testamento nos arrojarán más luz sobre su significado:

- Sabéis que los gobernadores de las naciones *se enseñorean* de ellas (Mateo 20:25; Marcos 10:42).
- Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y *dominándolos*, pudo más que ellos (Hechos 19:16).
- No como *teniendo señorío* sobre los que están a vuestro cuidado (1ª Pedro 5:3).

La creación de Adán, su propio nombre, y el dominio que se le otorgó, todo eso presagia el subyugar de todos los enemigos y la sujeción a los pies del Señor Jesucristo. Ciertamente, un enemigo está en vista en Génesis 1:26-28, y en el capítulo 3 se nos revela, es decir, – “Aquella vieja serpiente, llamada el Diablo y Satanás” (Apoc.12:9).

CAPÍTULO 20

La Esencial Diferencia entre una Criatura Mecánica y otra Moral (Génesis capítulos 1 y 2)

El lector ya habrá observado que en Génesis 1, donde el tema es la creación, el nombre bajo el cual se revela el Creador a Sí Mismo es el de *Elohim* (“Dios”), mientras que en el capítulo 2, donde llegamos al medio de las actividades humanas, el nombre muda para *Jehová Elohim* (“El Señor Dios”). Ahora no tenemos el propósito de alargarnos disertando sobre estos títulos Divinos. Estamos sencillamente recordando el hecho de que la mudanza coincide con la transición, esto es, de la creación mecánica en general, a la de la criatura en particular responsable. Ya hemos dicho que todas las criaturas inferiores al hombre están “sujetas”, sin embargo, el tal hombre en sí está “sujeto a responsabilidad”.

El Divino gobierno de Génesis 1:3-25 está establecido como absoluto:

- Porque Él dijo y fue hecho; Él mandó, y existió (Salmo 33:9).

El original hebreo de Génesis 1:3 nos sorprende por su extrema simplicidad:

- Y Dios dijo: sea la Luz; y fue la luz.

Ni tan siquiera podemos en esta traducción hacernos una idea de lo que realmente se lee en el original, en el cual es todavía más sorprendente simple por la similitud de las dos formas hebreas del verbo “ser”.

Al final del relato de la obra del segundo día leemos, “Y fue así” (Gén.1:7), y esta frase se repite en los versículos 9, 11, 15, 24 y 30. De nuevo, en los versículos 4, 10, 12, 18, 21 y 25 tenemos repetida la frase: “era bueno”. La aparición de la luz, la aparición de la tierra seca, la reunión de las aguas, el crecimiento de los vegetales, la hierba y los árboles, el recorrido del sol y la luna, la creación de los monstruos marinos, las aves de los cielos, las bestias, el ganado, los animales que se arrastran; de todo se dice ser “bueno”. Ciertamente la luz es “buena”, sin embargo la luz es física y mecánica, y no moral. Es imposible imaginarse la idea de que la luz pudiese recusarse por libre albedrío a venir a existir cuando Dios habló. Sería igualmente imposible pensar que al sol, por hacer su recorrido gobernando el día, se le diese una recompensa; o que a la luna se castigase por causar un eclipse. En el medio de la creación, por tanto, nos encontramos en una esfera de movimiento mecánico, donde cada cosa está ya previamente determinada en su manera de actuar; donde no hay opción, ni alternativa, ni elección. Sin embargo, cuando pasamos de este medio de la creación y nos introducimos en el de la actividad humana, abandonamos la esfera del determinismo mecánico, y nos adentramos en la esfera de la agencia moral, la responsabilidad y la contingencia. Cuando Dios formó al hombre del polvo de la tierra, el hombre no tenía conocimiento de su propia creación, y por tanto no tenía responsabilidad alguna por la forma en que fue moldado, ni tampoco por la mente y voluntad que fue investido. Sin embargo, en el momento que se puso en pie, no en tanto, como un alma viviente, hecho en la imagen y

según la semejanza de su Dios, ahí dio inicio a una relación con su Creador, en la cual la obediencia o desobediencia eran igualmente posibles, y en la cual la desobediencia envolvía un castigo. En este instante nos salimos de la esfera de lo Mecánico, y nos metemos de lleno en la esfera de lo Moral, donde es posible la contingencia. Sería algo imposible, sin alterar la naturaleza del hombre, por palabras tales como “Y fue así”, que hubiese seguido o desobedecido el mandamiento concerniente al árbol del conocimiento del bien y del mal, si hubiese sido mecánico y no moral. Examinando al hombre como una criatura, Dios pudo decir y dijo de él que era “bueno” (Génesis 1:31), sin embargo, sin la referencia respecto a la prohibición concerniente al árbol del conocimiento, y a la propia naturaleza moral del hombre, era imposible que fuese pronunciado ser “bueno” sin haber antes pasado por el juicio y la prueba. El bien Moral no podía hasta entonces estar ya establecido; tenía que ser adquirido. La posibilidad del mal estaba incipiente en la creación del ser moral.

Hay tres vías en las cuales el mal pudo haber sido evitado:

- (1) Dios pudo haber creado un ser vivo que fuese incapaz de pecar, y si así hubiese sido, la criatura así formada jamás podría sobresalir por encima del nivel de una bestia bruta, pues sus actos por esta vía habrían sido gobernados por el mero instinto; y no podría por tanto haber tenido ningún valor moral.
- (2) Dios pudo haber creado un ser vivo capaz de pecar, y al mismo tiempo resguardarlo de toda posible interna y externa tentación, y si así hubiese sido formado y revestido, habría permanecido siendo inocente, pero no recto; es decir, habría permanecido en inocencia, así como un animal permanece inocente, pero jamás podría haber sido considerado recto, como se dice del hombre.
- (3) Dios pudo haber creado al hombre, y permitido la tentación, al tiempo que le prohibiera incapacitándole para ceder a sus premisas. Si fuese así, el acto en sí habría destruido la naturaleza moral que había formado. Forzaría el bien, obligaría compulsivamente al amor y la adoración; todo lo cual no deja de ser sino mera contradicción. La bondad, el amor y la adoración se vacían de su esencial significado en el momento que se introduce el principio de la compulsión. Dios puede crear seres inocentes, pero en esa propia natura de las cosas, la creación de un carácter virtuoso o una justicia ya establecida serían algo imposible. Un carácter virtuoso no puede otorgarse por obligación Divina.

Así pues, debemos esperar, en la propia naturaleza de las cosas, encontrar la contingencia, o libre albedrío, en el segundo capítulo de Génesis.

- Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto *podrás comer*; mas del árbol de la ciencia (del conocimiento) del bien y del mal *no comerás*; porque el día que de él comieres morirás (Gén.2:16, 17).

El doble uso de la palabra “determinar” es un interesante ejemplo de la diferencia entre aquello que es *mecánico* y lo que es *moral*.

- (1) “Estoy determinado a enfrentar el viento”
- (2) “El polvo está determinado a desaparecer con el viento”

En el primer caso se toma una decisión después de la debida consideración, se llega a una elección después de ponderar las alternativas. En el segundo caso no hay elección posible, y nunca puede haber ahí una alternativa.

Es obvio que sería una necesidad hablar de una “voluntad”, sin tener en cuenta o aparte de la persona que ejerza dicha “voluntad”, y es igualmente absurdo hablar del “mal”, pensando que existiese en algún lugar del universo como algo en sí mismo. La maldad Moral no puede ser “creada”, ni llegar a existir, aparte del ser moral que actualmente haga lo que está errado. Cuando se discute la existencia del mal aparte de los actos de cuantos operen erróneamente, estamos suponiendo obstáculos que no existen realmente. El problema del mal es el problema de la personalidad. Si una persona moral, que es considerado responsable por sus actos, traspasa una prohibición y recae debido a eso en un castigo, sería literalmente una perversión acusar a Quien puso la prohibición e impuso el castigo, como si hubiese sido Aquel que creó el mal así penalizado. Si algo así pudiera ser concebido, entonces cualquier cosa sería posible, y todo fundamento de verdad se derrumbaría. Bajo tales condiciones, nada importaría. Hablar de un determinado pecado sería contradictorio, puesto que el pecado es la transgresión de una ley, y un acto predeterminado es en sí mismo de la propia esencia de la ley. La obediencia o desobediencia en este caso sería totalmente irrelevante.

En la historia del huerto del Edén, no debemos imaginarnos que hubiese trampa alguna en oculto, puesta efectivamente para que el hombre en ella cayese. Debemos ver, antes bien, que el hombre, como una criatura moral que era, estaba a ser probado. En la ley leemos:

- Y si con estas cosas no fuereis corregidos, sino que anduviereis conmigo en oposición, Yo también procederé en contra de vosotros, y os heriré aun siete veces por vuestros pecados (Lev.26:23, 24).

Estas palabras carecerían de significado si es que Israel hubiese sido ya predeterminado que irían de hecho a “andar en oposición”. Realmente, si ya se hubiese decretado que Israel vendría a actuar de este modo, entonces, su así denominada “oposición” habría estado conforme con la Divina intención, resultando con eso que el pecado fuese una imposibilidad. “Ser prevenido es ser antevenido”, y el propio conocimiento de aquello que en el transcurso de los acontecimientos vendrá inevitablemente a suceder, pasa a ser, por la interposición del agente moral, un medio de falsificar la tal aparente predeterminación.

Es posible que en la mente de algunos de nuestros lectores surja una objeción con respecto a la declaración que hemos hecho encima, cuando afirmamos que el mal no puede ser “creado”. En Isaías 45:7 leemos:

- Que formó la luz y creó las tinieblas; que *hago la paz y creo la adversidad*. Yo Jehová soy el que hago todo esto (Isaías 45:7).

La palabra traducida “adversidad” aquí es la hebrea *ra*. En cuanto a su uso dice respecto, hay cerca de un igual número de pasajes donde la palabra significa “mal moral” o “pecado”, y donde la palabra significa “adversidad” en el sentido de “calamidad” o “juicio”. Así pues, citar tan solo Isaías 45:7 no sería suficiente para alcanzar una conclusión. La única vía para asentar si la palabra aquí traducida “adversidad”, se utiliza en un sentido moral o penal es considerando el contexto. Ya nos hemos encontrado con un cierto número de personas que malentienden el pasaje como si dijese: “Yo hago el bien, y creo el mal”, en vez de “Yo hago la paz, y creo la adversidad”. El mal o adversidad, que está en contraste con la paz, no es necesariamente *mal moral* o *pecado* de ninguna manera. Sino que tal adversidad puede ser correctamente infligido por causa de la transgresión, tal como en Amos 3:

- ¿Habría algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho? (Amos 3:6).

El contexto está tratando con el principio de *causa y efecto*. Un pájaro no puede caer en la red si no se ha puesto de antemano dicha trampa; la trompeta no puede sonar en la ciudad sin que se alborote el pueblo. Y de igual modo, si hubiere “mal” en una ciudad, entonces es que tiene que haber una justa causa, puesto que el Señor castiga el pecado y recompensa la justicia.

Debemos recordar, en Génesis 2, que no se trata del “bien y el mal”, sino que es el “conocimiento (la ciencia) del bien y del mal” lo que se prohíbe. Una tal *ciencia* o *conocimiento* en sí, sería apropiada en la persona recta y madura, pues en Hebreos 5:14 vemos que la habilidad de discernir tanto el bien como el mal es una marca del así nombrado divinamente “perfecto” o “maduro”. Adán, sin embargo, todavía era “niño” en cuanto a la experiencia dice respecto, y adquiriendo consigo una *ciencia* de adulto en su experiencia el “niño”, le resultó en fracaso y catástrofe. Cuando el Tentador dijo, “Vuestros ojos serán abiertos, y seréis como Dios, *sabiendo* el bien y el mal”, su declaración fue verdadera, aun cuando su intención era engañosa, pues en Génesis 3:22 leemos:

- Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de Nosotros, sabiendo el bien y el mal.

El hombre fue hecho “un poco menor que los ángeles”, aunque destinado a estar “por encima” de ellos. Intentar penetrar en el medio del espíritu antes de su tiempo apropiado, significa brujería y espiritismo, e intentar alcanzar el conocimiento universal

siendo todavía un “niño” es igualmente catastrófico. El hombre vendrá un día a “conocer como es conocido”, pero debe humilde y mansamente aguardar el tiempo de Dios.

Lo mismo es verdad con respecto a los reinos del mundo. El propósito revelado de Dios es que, cuando el séptimo ángel toque su trompeta, “los reinos de este mundo pasarán a ser el reino de nuestro Señor y de Su Cristo” (Apoc.11:15). Por otro lado, si el Señor hubiese cedido a la tentación del Maligno, alcanzando esta soberanía antes del tiempo señalado, habría resultado lo mismo en principio que el acto que produjo la caída de Adán. Donde el hombre fracasó, en un jardín de abundancia, el Señor triunfó en un desierto de escasez y necesidades. (Mateo 4:8, 9).

Un conocimiento del bien y del mal comprende y abarca verdaderamente todo el medio del conocimiento. Aquel que conozca todo el bien y todo el mal, conoce todas las cosas. Esto fue evidentemente entendido en los tiempos del Antiguo Testamento, tal como el lenguaje de la mujer de Tecoa indica:

- Como un ángel de Dios para discernir entre lo bueno y lo malo (2ª Samuel 14:17).
- Mi señor es sabio conforme a la sabiduría de un ángel de Dios, para conocer lo que hay en la tierra (2ª Samuel 14:20).

Comparando los dos pasajes, observamos que “lo bueno y malo” y “todas las cosas en la tierra” son sinónimas.

En la mayoría de nosotros hay una tendencia leyendo las palabras de Génesis 2 como si fuesen “El conocimiento del bien y mal” o mismo “El conocimiento del mal”. Debemos recordar, no en tanto, que el árbol representaba tanto al bien como al mal. El “Bien” fuera de lugar, y antes de tiempo, puede ser efectivamente desastroso. El casamiento, por ejemplo, es “del todo honorable”, pero aquello que es más bendito dentro de las limitaciones del matrimonio, es en sí mismo un pecado si se introduce por fuera de aquellos límites señalados Divinamente. Y de nuevo observamos que el “bien” y el “mal” no son nada en sí, sino términos que refieren o respectan a los actos de las personas en particular.

Ahora concluiremos dando una lista en dos columnas de algunas de las características que distinguen la esfera del determinismo mecánico de la responsabilidad moral.

Creación (*Mecánica*).

Título: Dios (*Elohim*)

Declaración: “Y fue así”

Las cosas creadas “bueno”.

Las cosas creadas “sujetas”

Sin opción ni alternativa

Creación (*Moral*)

Título: Señor Dios (*Jehová Elohim*)

Declaración: “No lo harás”

Las criaturas morales examinadas.

Criaturas morales “sujetas a responsabilidad”

Libre albedrío y elección

Cosas o animales
No es posible el pecado
La fe y el amor imposibles
Si una relación de comunión.
“Sea la luz”

Personas
Posibilidad de pecado
Posibilidad de la fe y del amor
Comunión
“Hagamos al hombre”

CAPÍTULO 21

“Las Cosas Visibles y las Invisibles”

De acuerdo a Génesis 1:1, la creación se divide en dos secciones – “el cielo” y “la tierra”. En el relato del surgimiento de la tierra sumergida para el hombre, sin embargo, el cielo de Génesis 1:1 ya no vuelve a verse, sino antes bien se indica especialmente un “firmamento” (trad. *expansión* en la Reina Valera” (Hebrea: *raqia*) al cual se denomina “cielo”. Aquí es donde se ubican el sol y la luna, y es además en el abierto firmamento o expansión de este cielo que las aves del aire son creadas para volar. Desde Génesis 1 hasta el final del Antiguo Testamento la atención se dirige en la “creación” al hombre y a la tierra, hasta que eventualmente volvemos a alcanzar las cimas de Génesis 1, en la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra al tiempo del fin. Cuando vamos al Nuevo Testamento, sin embargo, después de haberse ofrecido el gran Sacrificio, venimos a saber que la creación se subdivide de otra manera. La distinción entre el cielo y la tierra se mantiene, pero además somos conscientes del hecho de que hay una creación que reside por encima de nuestras capacidades, no meramente por causa de la distancia física, sino porque esta recién revelada creación pertenece a otro medio o reino totalmente distinto. Por Colosenses 1:16 aprendemos que el Señor creó todas las cosas en el cielo y en la tierra, “visibles e invisibles”. Es esta “invisible” creación que estamos procurando entender de alguna manera en el presente artículo.

La primera cosa con que nos confrontamos es la esencial limitación expresa en la misma palabra “invisible”. ¿Qué sabemos acerca de una creación invisible? El adjetivo ya de por sí es negativo. Nada conocemos de dicha creación positivamente; todo lo que podemos decir es que no es visible. Además, esta no es de ninguna manera la única definición negativa que nos encontramos. Por la Escritura aprendemos que Dios es infinito, inmortal e incorruptible. Términos tales como estos nos hacen ver la grandiosidad de Dios, pero no nos revelan cualquier cualidad Suya positivamente. “Infinito” significa “no finito”, o que “no tiene límites”; “inmortal” significa que “no está sujeto a muerte”, pero estas definiciones siguen sin explicarnos la naturaleza de Dios, no nos revelan nada Suyo. En la teología y la filosofía también nos encontramos otros términos negativos – lo absoluto, lo incondicional, lo incomprensible – palabras que otra vez nos hacen ver las limitaciones de nuestro actual estado. Es verdad que hay también positivas revelaciones aguardándonos – conocemos a Dios como el Creador, Redentor, Padre; podemos “verlo” en la persona de Su Hijo, y contemplamos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo – pero además, en el mismo Evangelio que relata las

palabras “Aquel que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”, se nos avisa que “Ningún hombre ha visto jamás a Dios”. Aparte de la cuestión de su pecado, el hombre precisa un Mediador. Cristo es la Imagen del Dios invisible, totalmente aparte de Su obra como Redentor. El hombre en sí pertenece a la creación visible, aunque es consciente de estar rodeado por otra invisible.

¿Qué queremos decir exactamente por una “creación visible”? Para responder esta pregunta tenemos que investigar un poco más profundamente en el problema del medio de la visión.

Teniendo en cuenta el medio físico, y omitiendo el uso figurativo del verbo “ver” en el sentido de la percepción mental, viene a estar claro que, después de todo, por muy maravillosa que sea la visión, no deja de ser sino tan solo superficial. La vista depende sobre la combinación de diversos factores.

- (1) Antes que nada, tiene que haber *luz*. La naturaleza de la luz no es algo que ahora estemos tratando. Tan solo observamos que dicha luz es esencial para la visión.
- (2) En segundo lugar, tiene que haber un órgano de visión, el ojo. Los rayos de luz penetran las lentes de ojo y son registrados en los nervios finales que forman la retina. Los impulsos ahí recibidos son transmitidos por el nervio óptico al cerebro, y así, por un proceso todavía desconocido por el hombre, estos impulsos son interpretados en color, forma y tonalidad. No hay esfuerzo alguno en vista, ni tampoco ejercicio alguno de la voluntad, si el ojo está abierto y no hay defecto, no es posible evitar recibir la impresión.
- (3) Aquello que “vemos” es el efecto combinado de una multitud de rayos de luz que se reflejan desde la superficie del objeto en cuestión. Si un objeto es completamente transparente, no vemos nada de él. Si es translúcido, veremos una variedad de sombras. Además, no solo es verdad que vemos tan solo el servicio externo del universo visible, sino que además está claro que aquello que vemos es inevitablemente incompleto. Por ejemplo, nadie ha visto jamás un cubo; todo cuanto se puede ver en cierto momento son tres de sus seis lados. Nadie ha visto jamás la totalidad de una mesa; si aquel que la observa ve su tapa, no puede ver al mismo tiempo lo que tiene dicha tapa en su parte inferior. Si está viendo a su largura, no puede ver ambos extremos, el superior e inferior, al mismo tiempo. Nunca puede llegar a ver sino la mitad de cada una de las cuatro patas a la vez. Además, si está mirando la superficie pulida, no puede ver los aros anulares, al tiempo que la naturaleza interior de la madera está por encima de sus capacidades. Además, dos personas no pueden “ver” el mismo objeto al mismo tiempo, pues los rayos de luz que penetran en el ojo de una, no pueden ser los rayos que penetran en el ojo de la otra. Tan solo por analogía y la evidencia de que la creación es racional, damos por garantizado que todos vemos por igual.

Una de las limitaciones que es inseparable de una “visible” creación es un juicio defectuoso o restringido. La verdad no puede ser vista o establecida de manera absoluta; tan solo puede ser relativa, y en la naturaleza de un compromiso. Tal vez podamos aclarar mejor este punto con una ilustración. Todo lector sabe bien que si fuese recorriendo cada paso del camino por el medio de una vía del ferrocarril, y fuese midiendo el ancho entre las líneas a cada paso, la distancia entre dichas líneas sería la misma. Por otro lado, también sabe que, si confiase en lo que realmente ve mientras va andando, entonces creería que las líneas se van juntando más y más a su frente hasta perderse en una sola línea en el horizonte. Además, si dibujase aquello que él sabe de cierto, cada cual que lo observase condenaría su dibujo por no adaptarse a la falsa apariencia, sin embargo, si la línea del ferrocarril se construyese conforme la falsa apariencia, ninguna máquina podría jamar andar sobre ella. Estamos continuamente ajustando lo que vemos y lo que conocemos, y tales ajustes constituyen una gran parte de la experiencia de la vida. Bien podríamos, claro está, multiplicar los ejemplos de esto. Todos nosotros sabemos que el borde de una copa es un círculo, y sin embargo, si la observamos a la misma altura de los ojos, nos parece de forma elíptica. ¿Cuál es la correcta? Todo depende de aquello que queramos decir por “correcto” – correcto en apariencia, o correcto actualmente. Por la propia constitución de la creación de la cual el hombre forma parte, la verdad absoluta está por encima de sus capacidades de expresión, y más allá de cuanto por su habilidad pueda alcanzar.

La diferencia en carácter entre las dos creaciones – la visible y la invisible – se expresa en las bien conocidas palabras de 1ª Samuel 16:

- Pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón (1ª Samuel 16:7).

Es evidente aquí que lo que constituye la “visión” se ocupa con la apariencia externa, y aquello que constituye la “visión” que respecta a los pensamientos y los intentos del corazón, pertenecen a dos distintas creaciones, una, lo visible y fenomenal, la otra lo invisible y lo real.

Cuando nos volvemos de este mundo visible, e intentamos poner nuestros pensamientos en un mundo donde lo “visible” no significa el efecto de una imagen formada por los rayos de luz reflejados desde una superficie iluminada, sino antes bien penetrar hasta los más recónditos interiores ocultos de las cosas, “dividiendo el alma y el espíritu”, comenzamos a ser conscientes de que, por muy maravilloso que este mundo sea, por muy precioso que nos parezca el sentido de la vista, eso no significa nada, o en el mejor de los casos, no deja de ser sino una sombra, cuando se compara con las glorias de la creación que es invisible para el hombre. Decimos “invisible para el hombre” deliberadamente, pues no debemos pensar, debido a que no podemos ver sin luz y sin el órgano del ojo, que las mismas limitaciones se aplican al mundo espiritual.

La presente creación, en su gran mayoría, es de manifestación externa. Podemos, si así lo queremos, quedarnos por aquí, y rebajarnos al nivel del mundo animal. Si, por otro lado, nos disciplinamos, podemos aprender de esta algunas cosas del mundo invisible, y particularmente acerca de Aquel Quien lo creó.

- Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y Deidad, se hacen claramente visibles *desde* la creación del mundo, siendo entendidas *por* las cosas que se ven (Rom.1:20).

Las cosas invisibles de Él. – Las palabras que aquí se emplean (*ta aorata*) están en el plural, e incluyen los “atributos invisibles”, dos de las cuales se nombran inmediatamente a seguir – “Su eterno poder y Deidad”. Antes de pasar a examinar estos atributos, debemos antes observar el medio a través del cual se “manifiestan” y por el cual son “percibidos”.

La frase “desde la creación del mundo” nos da una línea en cuanto al inicio (la palabra “desde” aquí es *apo*; “desde”; no *ek* “por” o “por medio de”, mientras que “las cosas que se ven” proveen un medio de manifestación. En el versículo 19, la limitada naturaleza de esta manifestación se indica por las palabras “aquello que de Dios puede ser conocido”. Esto es un conocimiento objetivo, y viene a ser subjetivo por ser “en ellos manifiestos”, y esto, no por unánime razón u observación, sino porque “Dios así se manifestó”. La creación, por tanto, se entiende que revela “aquello que de Dios puede conocerse”. No hay fundamento alguno para enseñar que la observación de la creación por sí solo pudiera llevar al pecador al Salvador, o que a través del estudio de Botánica, Geología, o Astronomía, el diligente estudiante pudiera por eso llegar a la verdad de Juan 3:16. No se trata, por tanto, de “todo lo que puede ser conocido de Dios” aquello que sea revelado o manifiesto en el hombre, sino antes bien todo lo que contienen dentro aquellas áreas de la creación en cuestión, esto es, en la perfección que en ellas descubre el hombre.

Las “cosas invisibles” mencionadas aquí son (1) Su eterno poder, y (2) Su deidad. La palabra traducida “eterno” es *aidios*, y tan solo aparece una vez más en el Nuevo Testamento, esto es, en Judas 6, donde se encuentra en la frase “prisiones eternas”. Si bien desde un punto de vista puramente etimológico *aidios* puede considerarse como vinculada con el verbo *idein* “ver”, y de ese modo traducirse “Su *invisible* poder y deidad”, el uso – que ha destruido muchas veces una teoría etimológica – está en contra de esta derivación. La palabra se encuentra en Homero, Platón y otros escritores clásicos, y significa “sempiterno”. Los Léxicos derivan la palabra de *aei*, “siempre”, tal como en Hechos 7:51 y 2ª Corintios 6:10. La creación, por tanto, pone de manifiesto el “perdurable o permanente poder” del Creador y “Su divinidad”.

Aquí debemos hacer una importante observación, y es que hay tres palabras griegas que se traducen por “Divinidad”. No estamos capacitados para comprender todo cuanto

estas leves distinciones implican, pero podemos al menos librarnos de una mayor confusión si observamos las diferencias. Las palabras son:

- (1) *Ton Theion*. – No debemos pensar que la *Divinidad* sea semejante a oro (Hechos 17:29)
- (2) *Theiotes*. - Su eterno poder y *Deidad* (Rom.1:20).
- (3) *Theotes*. – En Él habita toda la plenitud de la *Deidad* corporalmente (Colos.2:9).

Para preservar la distinción, *to Theion* y *Theiotes* deberían traducirse “divinidad” y “divino”, mientras que *Theotes* debería traducirse “deidad”. La naturaleza puede revelar las dos primeras, sin embargo solo Cristo puede manifestar la restante.

Podremos observar, por tanto, por este breve repaso, que la Creación le deja ver algo de los atributos invisibles de Dios al hombre. La vía en la cual estas “cosas invisibles” se hacen “claramente visibles” se explica en la frase que viene inmediatamente a seguir “siendo entendidas (*Noeo*) por las cosas hechas”. Este “entendimiento” puede ser definido como “el correlativo mental de la percepción por los sentidos” – en otras palabras, aquello que se “ve” está en el mundo de los sentidos, el “entendimiento” está en el mundo del pensamiento. Esto nos permite “percibir”, sin llegar a “deducirlo”, la idea de que, en el mundo invisible, el completo entendimiento toma el lugar de la mera visión superficial. El proverbio que dice “La belleza está tan solo por bajo de la piel” bien puede aplicarse a todo el medio del conocimiento humano. He aquí, es bien posible “ver” sin llegar a “comprender” (Mateo 13:14).

En 2ª Corintios 4 el Apóstol hace la siguiente declaración sobre el relativo valor de los mundos, el visible e invisible:

- No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2ª Corintios 4:18).

La palabra “temporal” originalmente significa “duradero por tan solo un periodo de tiempo, pasajero, temporario”, y de ahí, por tanto, que pase a significar “perteneciente a la esfera de la vida humana; terrestre, en oposición a lo celestial; o secular, en oposición a lo sagrado”. La palabra griega en 2ª Cor.4 es *proskairos*, “por un cierto periodo” (tal como en Mateo 13:21 y Hebr.11:25), y tiene el sentido del significado original “temporal”, esto es, “transitorio” y “temporario”. Este es el carácter de la “creación visible”. Tan solo existe por un tiempo, y está destinada a desaparecer. Por otro lado, las cosas “invisibles” son “eternas” o “permanentes por toda era” (*aionios*) y permanecerán hasta que el propósito de dichas eras se alcance. La división capitular entre 2ª Corintios 4 y 5 no le debe impedir al lector darse cuenta que el Apóstol está ilustrando su significado refiriéndose a este presente cuerpo como una tienda o tabernáculo que está próximo a deshacerse, en contraste con el cuerpo resucitado que es *aionion* en los celestiales. Cuando ese día llegue, nosotros los que ahora “vemos por espejo,

enigmáticamente”, veremos “cara a cara”, y nuestro parcial conocimiento será modificado por un conocimiento perteneciente al mundo invisible, puesto que la resurrección del cuerpo será tanto “espiritual” como “celestial” (1ª Cor.15:40, 44).

En conexión con el mundo invisible, el Apóstol nos da un aviso en Colosenses 2 que, cuando se entiende plenamente, nos ha de iluminar el problema de la tentación en el huerto del Edén:

- Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, *entremetiéndose* en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza...que crece con el crecimiento que da Dios (Colos.2:18, 19).

Ahora no podremos detenernos a examinar en pormenor las dificultades de este pasaje (una más plena examinación podremos encontrarla en la serie titulada *Estudios en Colosenses*) Tan solo llamaremos la atención a la única característica que tiene conexión con nuestro tema actual. “Entremeterse” significa, pisar o poner los pies en terreno ajeno, que no nos pertenece. Tratar de apoderarse de “las cosas que no se ven”, esto fue lo que sucedió en el huerto del Edén, tornando así, lo que sería “bueno” en su tiempo apropiado, en “malo” antes de tiempo; tal como se come una fruta que no ha madurado todavía, y debía a su tiempo hacerse “dulce”, siendo “amarga” antes de eso, pues se come antes que suceda su madurez. Por muy “bueno” que alguna cosa pueda ser, si se obtiene por “intromisión”, y como resultado de estar “vanamente hinchado por la propia mente carnal”, nada de ahí puede provenir sino tan solo lo “malo”. “El crecimiento de Dios” opera la mudanza y suple las necesidades pasando de la niñez al pleno crecimiento del maduro o adulto, y el estado perfecto todavía está por venir. No debemos dejar este tema y seguir adelante sin referir la relación la creación invisible y la “fe”, la “esperanza”, y el “amor”.

La relación entre la fe y la creación invisible se establece en Hebreos 11:

- Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Hebr.11:1).
- Se sostuvo como viendo al Invisible (Hebr.11:27).

La relación entre la creación invisible y la esperanza y el amor se establece en Rom.8 y 1ª Pedro 1:

- La esperanza que se ve no es esperanza, pues, lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? (Rom.8:24).
- A Quien amáis sin haberle visto (1ª Pedro 1:8).

La naturaleza de Dios Mismo reside por encima de las capacidades humanas:

- Al Rey de los siglos, inmortal, invisible (1ª Tim.1:17).
- A Quien ninguno de los hombres ha visto, ni puede ver (1ª Tim.6:16).

El Dios Invisible, sin embargo, se ha manifestado al hombre en la persona de Cristo, siendo por eso llamado “la Imagen del Dios Invisible” (Colos.1:15).

- A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer (Juan 1:18).

En el contexto de estos dos pasajes descubrimos que lo que sobresale en ambos es la creación. La creación visible manifiesta “lo que es posible conocer” de los atributos invisibles de Dios, mientras que Cristo, siendo la Imagen, hace manifiesto las cualidades más altas espirituales del Amor redentor. Nosotros no somos capaces de explicar por qué Dios consideró en Su sabiduría manifestarse a Sí Mismo al orden más bajo de los seres, pero podemos regocijarnos sabiendo que lo hizo así. Además, no es tan solo al hombre que Dios se revela a Sí Mismo. Leemos que los “ángeles” y los “principados” también aprenden, por la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios, mientras que en 1ª Timoteo 3:16 leemos que Dios fue “hecho manifiesto en la carne”, “justificado en el Espíritu”, y “visto de los ángeles”.

La totalidad de la creación visible es una vasta colección de tipos y símbolos de las realidades eternas. La creación contiene tanto al lobo como al cordero, la serpiente y la paloma; así como en el mundo invisible tenemos sus contrastes, el bien y el mal. Las “cosas celestiales” son la “verdad, mientras que las cosas terrenales, “hechas con manos”, no dejan de ser sino sombras y tipos (Hebr.9). Las realidades celestiales pertenecen a la creación invisible y eterna, mientras que las cosas visibles terrenales están destinadas a desaparecer cuando la gran prueba y examinación haya concluido.

CAPÍTULO 22

El “polvo de la tierra” y el “alma viviente” (Gén.2:7 y 1:29)

Habiendo ya tratado de manera breve con la cuestión de la responsabilidad moral y su peso sobre el “pecado” y otros temas relacionados, vamos ahora a considerar también de manera breve la constitución del hombre, con una referencia particular al cuerpo. En su creación original, al hombre se le dio un cuerpo hecho del “polvo de la tierra”, y aun mismo en el estado de la resurrección, vendrá también a ser preciso un cuerpo. Casi siempre somos más propensos a hablar del cuerpo en su asociación con el pecado, pero deberíamos recordar que, en sí mismo, el cuerpo, no deja de ser una maravillosa parte de la creación de Dios.

Todos estamos al tanto de que el propósito primario del *Expositor de Berea* es la exposición de la Palabra, y que muchos temas relacionados de interés en sí mismos

tienen necesariamente que ser excluidos. En esta serie, no en tanto, nos permitiremos de propósito alargar un poco el horizonte, con el fin de que, a temas relacionados a la Escritura, que generalmente se pasan por alto, se le puedan dar alguna consideración. Así pues, en este artículo, nos proponemos procurar aprender un poco de aquello que conllevan las palabras de Génesis 2:7: “Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra”.

La palabra traducida “polvo” aquí podría traducirse también “cenizas”, tal como del animal que haya sido incinerado en Números 19:17, o de los instrumentos e imágenes dedicados a Baal en 2ª Reyes 23:4, 6, 12; también “escombros” como los acumulados en el muro de Jerusalén antes de ser reconstituido. “El principio del polvo del mundo” en Proverbios 8:26 se refiere al suelo o tierra, sin la cual ni los vegetales ni la vida animal serían posibles.

Generalmente hablamos de la “tierra” o del “suelo”, sin embargo, ¿cuántos de nosotros asociamos la palabra con el verbo “moler”? El “suelo” o “tierra”, literalmente, ha ido siendo *molido* por la acción del diluvió, el fuego y el hielo; y así fue convirtiéndose en fino polvo. Proveniente de este “polvo de la tierra” fue hecho el cuerpo del hombre, y a este polvo ha de volver su cuerpo a la hora de su muerte. Vamos ahora a examinar la composición de este maravilloso recipiente, y ver hasta qué punto el “polvo de la tierra” hace parte de su constitución.

La composición del cuerpo de un hombre con un peso de 70 Kg. sería la siguiente:

Oxígeno 41; Carbono 15; Hidrógeno 6; Nitrógeno 1´4; Calcio 1´4; Fósforo 0´5; Cloro 1´9; Sulfuro 0´5; Potasio 0´6; Sodio 0´7; Flúor 0´58; Magnesio 0´45; Sílice 0´05; Hierro 0´02.

Estos son los componentes principales del cuerpo humano, pero hay además otros elementos presentes en pequeñas cantidades. En adición a los detallados anteriormente, tenemos una “lista” de los siguientes:

- Plomo, Cerio, Argón, Manganeso, Zinc, Vanadio, Berilio, Aluminio, Litio, Cromo, Helio, Yodo, Cobalto, Boro, Neón, Arsénico, Bromo, Rubidio, Escandio, Níquel, Lantano, Estroncio, Titanio, Cobre, Neodimio, Molibdeno, Plata y Estaño.

Es interesante observar que gases tales como el Argón, Neón, y Helio, que normalmente se asocian con la lámpara eléctrica, letreros luminosos y dirigibles, formen parte del cuerpo humano, mientras que elementos con los cuales estamos menos familiarizados tales como el Berilio (que entra en la composición de la esmeralda) y el Molibdeno (que se emplea como una aleación para herramientas), así como los más conocidos, el Aluminio, el Cinc y la Plata, todos tienen cabida. ¿Qué tipo de “evolución” podría haber reunido todos estos elementos, con tal abundante variedad, y en tales

“desproporcionadas proporciones”? (Desde los 46 Kg. de Oxígeno hasta los 2 gramos de Hierro). Después de todo, no por “evolución”, sino por “creación”, resulta más simple y más razonable explicarlo.

Antes que hablemos acerca del papel que juegan estos varios elementos en el mecanismo humano, observemos otra interesante característica. Si Génesis 1:2 es verdad, entonces tiene que ser igualmente verdad que la superficie de la tierra ha llegado a estar impregnada con agua del mar. Ahora bien, la composición de la sal marina es la siguiente:

- Cloruro de Sodio (sal común)... 27.00
- Cloruro de Magnesio... 3.80
- Sulfato de Magnesio... 1.65
- Yeso (Sulfato de Calcio) ...1.25
- Sulfato de Potasio...0.86
- Carbonato de Calcio...0.12
- Bromuro de Magnesio...0.07 por 1000 partes.

En adición hay además otros elementos en el agua marina, siendo que el número alcance aproximadamente 40 de los 90 elementos que se sabe que existen.

Ahora regresamos a los elementos del cuerpo y sus funciones. El “Calcio” tal como todos sabemos, se emplea en la composición de los huesos, y el “hierro” es esencial para una sangre saludable. La siguiente es una lista de algunos de los restantes metales, mostrándonos su relación a las varias partes del cuerpo:

- El páncreas. – Níquel, Cobalto y Plomo.
- Las cápsulas sub-renales (conectadas con los riñones). – Estaño.
- El hígado y los riñones. – Cinc
- La tiroides, el corazón, el bazo y los riñones. – Plata.
- Los pulmones, el corazón, el bazo y el páncreas. – Aluminio.
- Los pulmones, el hígado y el corazón. – Cobre.
- Todos los órganos, especialmente el cerebro, el bazo y la tiroides. – Estaño.
- Todos los órganos excepto el corazón. – Cinc.

Nota. – Es además interesante saber que la plata es esencialmente femenina, mientras que el aluminio se relaciona a lo que, esencialmente, es masculino.

El lector tal vez se esté preguntando qué puede ser lo que estos metales tengan que ver en la dispensación del cuerpo humano. La respuesta es que sus efectos son mayoritariamente “catalíticos” – siendo que una “catálisis” sea una sustancia en presencia de la cual se produce una reacción química, que de otro modo se produciría muy lentamente o cesar del todo. Por ejemplo, sin la presencia de cobre en los pulmones, la interacción entre el hierro y el oxígeno cae por debajo de la tasa que es

esencial para la vida, mientras que si los pulmones poseen su suministro adecuado de cobre, la tasa de reacción se mantiene para un estándar saludable. La inteligencia del hombre se ha ido apropiando y haciendo uso de esta preciosa reacción catalítica para una gran variedad de procesos industriales – y aun así hay muchos que siguen negando la evidencia de la Divina Inteligencia en la creación.

No tan solo el cuerpo humano está compuesto de estos maravillosos elementos y sales, sino que también los alimentos provistos para el hombre (tal como se indica en Génesis 1:29) están con ellos enriquecidos en su forma más asimilable.

- Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer (Génesis 1:29).

La tabla siguiente nos da algunos de los elementos presentes en las semillas, raíces, y frutos:

- TALLOS, HOJAS Y FRUTOS. – Potasio, sodio, hierro, azufre.
- SEMILLAS Y RAÍCES. – Potasio, fósforo, magnesio.
- EN LA SEMILLA EN SÍ: *La parte externa.* – Calcio, sodio, magnesio, azufre, flúor y silicio. *La parte interna.* – Potasio y fósforo.

Es interesante observar que hay una similitud entre la constitución del cuerpo humano y la de las semillas. Los tejidos musculares, al igual que la parte interna de la semilla, emplean potasio y fosforo, al tiempo que la sangre y la piel corresponden en composición con la parte externa de la simiente.

Tal vez al lector le gustaría que digamos algo más sobre esta esencial reacción que algunos de estos elementos realizan.

- POTASIO, que figura tan abundantemente en la composición de las semillas, es el mineral básico de todos los tendones musculares, y es esencial en la formación de las proteínas. Libremente se podría decir: “No hay vida sin potasio”.
- SODIO. – Este es uno de los principales constituyentes de la sangre y la linfa. Sin el sodio, el calcio y el magnesio, las sales son susceptibles de formar depósitos perjudiciales en el cuerpo.
- CALCIO Y MAGNESIO. El magnesio asiste en la asimilación del fósforo, mientras que el magnesio, el calcio y el hierro forman la albúmina de la sangre. El uno por ciento de magnesio hace con que el calcio que se toma en el cuerpo endurezca en la formación de los huesos.
- MANGANESO. – Se ha descubierto que los animales desprovistos en manganeso carecen de instinto maternal.
- CINC. – Se asocia con la reacción de las vitaminas.

- NIQUEL. – Se asocia con la insulina del páncreas.

Si es verdad que “no hay vida sin Potasio”, igualmente cierto es que “no hay vida sin Fósforo”. También el Flúor y el Yodo son elementos importantes: El Flúor juega un importante papel en la composición de la iris del ojo, al tiempo que el Yodo es esencial para el crecimiento y desarrollo de la glándula tiroides.

El siguiente es un sumario de las varias funciones gobernadas por estos constituyentes del suelo, hierba y semillas:

- EL CALCIO es un regulador para el ácido, y es el elemento ejecutivo.
- EL AZUFRE purifica, y es útil para toda obra.
- EL POTASIO estimula el hígado, y lo equilibra.
- EL FÓSFORO ayuda al crecimiento del nervio y del cerebro, y es el medio del pensamiento.
- EL HIERRO es el vehículo del oxígeno, y es el químico principal.
- EL YODO elimina las toxinas, y es el regulador de las glándulas.
- EL MANGANESO mejora la resistencia, y es el químico del aplomo.
- EL SÍLICE da brillo al cabello y a los ojos.
- EL FLÚOR protege contra las infecciones, y preserva la juventud.
- EL CLORO mantiene el cuerpo flexible, y es el químico que lo limpia
- EL SODIO preserva la acidez, y es el químico que alcaliniza.
- EL MAGNESIO en cambio es alcalino y el promotor del sueño, es refrescador.

Cuando se añadió la carne como parte del alimento del hombre a seguir al diluvio, no llegó a haber ninguna alteración en la composición esencial de la dieta humana, pues todos los animales que normalmente fornecen el alimento humano se alimentan de la hierba del suelo. Incluso en el caso de los animales carnívoros, también estos se aprovechan de los animales que comen hierba, así que podemos libremente decir, en el sentido más literal de las palabras, que “toda carne es hierba”.

Leamos de nuevo con inteligente fe, con creciente asombro, con gloriosa certeza, el primitivo relato de la creación y del sustento del hombre, y seamos conscientes de que tan solamente una “falsamente así denominada *ciencia*” podría negar el más pleno reconocimiento de su inspiración, autoridad, y de todo cuanto abarca en sus contenidos.

Confiamos en que el lector se haya interesado por estas breves observaciones sobre este tema tan intrincado, y que haya servido para arrojar más luz en el inspirado relato de Génesis capítulos 1 y 2.

CAPÍTULO 23

La Íntima Asociación entre los Sentidos y el Pensamiento

(Génesis 2:7)

Siempre que alguno desea aparentar ser “intelectual”, o impresionar a otros con su “espiritualidad”, caemos en la tentación de menospreciar al cuerpo. Pero esto es algo que no tiene cabida alguna escritural. El Apóstol, es cierto, bien pudo lamentar el hecho de que en su carne no habitaba nada de bueno, y ser consciente de que la ley del pecado operaba en sus miembros; sin embargo, “la carne” y la “ley del pecado” no deben confundirse con el cuerpo en sí y sus funciones. La misma epístola (Romanos) que inclina al creyente a “someter” sus miembros al servicio del Señor, le incentiva a “presentar” su cuerpo como un sacrificio vivo.

En el último artículo ocupamos todo nuestro espacio esforzándonos por dar alguna idea de lo que implica el relato de la creación del hombre del polvo de la tierra. En el presente artículo, nos proponemos examinar, no el cuerpo en sí, sino al cuerpo como un órgano aparte, del cual, el proceso del pensamiento, nunca habría recibido el impulso para iniciarse, y si comenzase dicho proceso, no tendría material alguno con el cual operar. El cuerpo juega un más importante papel en el desarrollo de la mente y la funcionalidad de lo que podría parecernos a primera vista.

Nosotros distinguimos lo mental de lo material por sus cualidades. La materia puede ser medida, congelada o atraída por la gravedad, etc., mientras que lo mental no puede. No obstante, aunque la mente y la materia sean tan distintas, la mente precisa de la materia para que los materiales de sus pensamientos se procesen, y precisa el material organizado del cuerpo para mantener activos dichos procesos. Por muchas propiedades y capacidades que la mente pueda poseer, permanecerán inertes hasta que se pongan en movimiento, por así decir, por las sensaciones experimentadas por el cuerpo a través del medio de los sentidos. Así pues, vamos a procurar comprender un poco acerca de este proceso en escalera, que, si bien se basa sobre el sólido fundamento de la sensación, se va irguiendo hasta alcanzar su cima en las nubes. No vamos a intentar, claro está, en un espacio tan corto como tenemos, seguir todo el proceso y progreso del pensamiento. Si podemos, no en tanto, ver algo de los primeros pasos, y establecer la conexión que existe entre el cuerpo con sus sentidos, con los procesos del pensamiento y la voluntad, ya habremos alcanzado lo necesario para llevar a buen puerto nuestro actual propósito.

Los sentidos son cinco en número – tacto, gusto, olfato, oído y vista. El sentido del gusto se limita a las papilas gustativas en la superficie de la lengua, y es, claro está, necesario que el contacto se dé con el objeto probado. El sentido del olfato se limita a los nervios olfativos que tienen su terminación en las narinas. Si bien aquí la necesidad del contacto no es tan obvia como en el caso del gusto, no obstante, el contacto tiene que existir, ya que si cualquier sustancia que emane su olor se guarda herméticamente en un recipiente cerrado, el sentido del olfato no lo detecta. El sentido del oído depende sobre un par de órganos colocados de tal manera que las vibraciones del aire no solo se registren desde el tambor y se transmitan por un maravilloso mecanismo al cerebro,

sino que además registra también la dirección de donde proviene el objeto resonando. El sentido de la vista está también dependiente de otro par de órganos que registran la presencia de la luz y su grado de intensidad. La luz es independiente de la atmósfera, ya que podemos ver un objeto en un frasco de cristal, del cual se haya extraído todo el aire. El sentido del tacto no tiene ningún órgano especial, siendo que los nervios que conllevan esta sensación al cerebro se distribuyen por toda la superficie del cuerpo, con la excepción del cabello, las uñas, el esmalte de los dientes, y la piel externa conocida como la cutícula.

Es a través de las sensaciones asociadas con estos cinco sentidos que el hombre en su interior viene a ser consciente y se familiariza con los actos de la creación, y se le proporciona el material necesario sobre el cual puede ejercitar el pensamiento. De manera general, se habla demasiado acerca de los procesos del pensamiento y el ejercicio del discernimiento y del juicio; pero así corremos el riesgo de alejarnos de nuestras más tempranas experiencias, y el importante papel tan importante que juegan estos más bajos órganos en el desarrollo de nuestras facultades mentales.

Para aclarar mejor este punto, regresemos en nuestra imaginación a los días de nuestra infancia. En un corto espacio de tiempo comienza un bebé a aprender, ya sea por dolorosas como agradables experiencias, que sus dedos le pertenecen, mientras que el biberón que lo alimenta y la persona que de él cuida son cosas exteriores, ajenas a él. Ha ido aprendiendo, sin ser consciente de ello, la primera gran lección, esto es, la diferenciación que los filósofos denominan como “El Ego, y el No Ego”. Comenzando con esta distinción, el discernimiento va surgiendo y desarrollándose más y más en operaciones más complejas, y por simples etapas, la mente infantil comienza a comparar, a ponderar, a discernir las diferencias, hasta llegar a las decisiones de juicio.

Una de las básicas subdivisiones que la mente procesa entre las sensaciones es la de los placeres y el dolor. Un sonido calma, otro irrita; un tacto le causará dolor, otro en cambio le producirá gran placer, y con esta familiarización viene el deseo natural de procurar aquello que le da placer, y evitar lo que le causa dolor, aunque no al principio.

Aquí tenemos, por tanto, un vínculo entre las sensaciones de placer y dolor, y las emociones del *deseo* y la *aversión*. Proveniente de estas dos emociones surgen la añoranza y el temor. Después de haberse experimentado una agradable sensación varias veces, se instala una agradable expectación, al tiempo que la repetición de una dolorosa sensación, ha de producirle la emoción del temor. Ahora bien, supongamos que una serie de sensaciones que anteriormente habían resultado placenteras, fracasase en una ocasión a la hora de proporcionar este placer, entonces surge una nueva emoción, esto es, le nace un sentimiento de desencanto o pesar. Por otro lado, si una serie de sensaciones que usualmente acabasen en dolor, cesara de producir dicho efecto, la nueva emoción producida vendrá a ser de gozo o sorpresa. No precisamos ahondar más este tema, y seguir profundando por toda la gama de las emociones humanas. Confiamos que el vínculo entre la emoción y la sensación esté suficientemente claro.

No tan solo las emociones están directamente asociadas con las sensaciones, sino que además las más altas capacidades intelectuales están dependientes también en primera estancia de estos mismos resortes fundamentales. La memoria, activada por la ley de la sugestión, es el poder de la mente para recordar o revisar sensaciones. Si las variables sensaciones que afectan a la mente no dejaran un rastro impreso más duradero que nuestro reflejo por un espejo, la memoria sería una imposibilidad – y sin memoria no podríamos edificar nada. Estaríamos siempre manejando ladrillos y piedras sin un diseño que nos guíe ni deseos por lograr. Tomemos, por ejemplo, el caso de un niño escuchando una campana. Solo esta sensación por sí no sirve de mucho a menos que haya algo que se le asocie. Pero si, por otro lado, siempre que suena, se le da el biberón al niño, o se le saca de su cuna, entonces con el tiempo, con ayuda de la memoria, comenzará a asociar las dos cosas juntas. Podrá también, claro está, ir más lejos y extraer la falsa conclusión de que el toque de la campana y la aparición del biberón son siempre causa y efecto. Un error de ese tipo se justifica en el caso de un niño, pues todavía no es capaz de procesar la diferencia más compleja entre el pensamiento y el argumento. Pero las bases, no en tanto, de tales razonamientos, están siendo cimentadas. El niño comienza a esperar que, a seguir al toque de campana, venga el biberón, por lo que sin él saberlo, estas sensaciones, están dando lugar a cierta apreciación del principio de que “la mente espera por igual las consecuencias resultantes como los antecedentes” (*Carlyle*).

La mente del niño que pueda distinguir entre el placer y el dolor, que ya pueda desear uno y temer lo otro, que pueda distinguir estas diferencias, y recordarlas, dicha mente ya tiene consigo la fundación de los razonamientos.

La mera sensación, sin embargo, nunca podrá sola por sí trasmitirle a la mente la realidad del mundo exterior. Las sensaciones pueden llegar y marcharse sin que tengamos cualquier comprensión de la causa. Debemos preguntarnos, por tanto, cómo es que la mente es capaz de adquirir su conocimiento de los objetos externos. El niño que, por la ocupación con sus propios dedos, descubre por el sentido del tacto, y las emociones del placer y el dolor, que hay un mundo exterior a él propio, procede a investigar dicho mundo. Algunas cosas las siente suaves, otras ásperas; algunas son calientes, al tiempo que otras son frías. Además, empleando sus ojos en conjunción con sus manos, descubre que los objetos tienen formas y colores, y si están próximas o alejadas. En el intento por alcanzar algún objeto que tiene a la vista, y sin embargo fuera de su alcance, se dirigirá moviéndose hacia él, y así comienza a gatear, y por fin a andar erguido. A este reconocimiento de un mundo exterior podemos denominarlo “percepción”, y con la introducción de dicha percepción viene también la conciencia que conlleva en su interior, esto es, la así llamada identidad personal. La conciencia prolongada de la identidad, el conocimiento de que soy la misma persona que era en todo mi historial anterior, se funda sobre la conciencia de que mi cuerpo, como un organismo, es el mismo que aquel que yo poseía en el pasado. Mi sentido de identidad personal depende sobre la memoria, y la memoria en su mayor parte no deja de ser sino el recuerdo de sensaciones previamente recibidas.

Y así llegamos ahora a la cuestión de la voluntad, y bien podemos imaginarnos que algunos de nuestros lectores comiencen a protestar, diciendo que no puede haber una verdadera conexión entre “el cuerpo” y “la voluntad”. Veamos el asunto más de cerca.

- “Por la voluntad, nosotros entendemos la capacidad que posee la mente de escoger o recusar” (*Carlyle*).

Al tiempo que reconocemos que la voluntad es el poder de la mente para escoger, debemos recordar que no es una mera preferencia, o un deseo que no podamos complacer. Es un poder de elección efectivo e inmediato. Para explicarlo mejor, pondremos delante del lector la siguiente declaración e intentaremos justificarla:

- “Aunque pueda haber deseo donde no hay capacidad, lo que ahí no puede haber es voluntad”.

Sabemos bien que las sensaciones de placer y dolor están totalmente por encima del poder de la voluntad, y nadie puede amar u odiar a su voluntad. La mente, sin embargo, si posee un cuerpo, con órganos sensoriales y capacidades musculares, posee algo que puede controlar. El ojo puede ser abierto y cerrado voluntariamente. Los músculos, en la medida de sus capacidades, obedecen el mandato de la voluntad con precisión y sin hesitar. Mi mano tanto puede escribir en este trozo de papel palabras blasfemas, como las palabras que ahora estoy escribiendo tratando de ser provechoso con la verdad. Este es el verdadero dominio de la mente. Puede mover sus propios miembros, y por el movimiento en sí, puede mover otros conectados. No puede, claro está, la “voluntad”, mover otros objetos por la misma vía como sí puede accionar el movimiento de su propio cuerpo:

- “Si el más déspota de los monarcas fuese desprovisto de toda su capacidad de moverse voluntariamente, también estaría desprovisto de todo ejercicio de voluntad. Bien podría desear fervientemente efectuar algunos objetivos, pero ya no puede, ni tan siquiera en un sentido figurativo; aunque quiera...no puede hacer señales, y rápidamente cesará de repetir sus impotentes intentos para ejercitar la voluntad” (*Carlyle*),

Por detrás de todo ejercicio de voluntad se halla el deseo. La voluntad por sí no tiene ningún poder en cuanto a cualquier operación mental. Nadie puede por mucho que ejercite su voluntad obligarse a sí mismo a creer o a repudiar la evidencia. El motivo que mueve la voluntad es el deseo.

No debemos esforzarnos, en nuestro limitado espacio disponible, seguir persiguiendo estos temas tan interesantes. Nuestro propósito sencillamente es mostrar la íntima asociación que existe entre el proceso del pensamiento (el más alto proceso que aquí no hemos tratado) y las sensaciones corporales. Para aclararlo todo, ahora repetiremos en

breve los pasos que hemos ido dando, dejándole al lector que continúe por sí el proceso hasta el más alto medio del pensamiento.

A través del reino de los cinco sentidos venimos a ser conscientes de la existencia de un mundo exterior. Nuestras más tempranas y más fundamentales impresiones son las del placer y del dolor, y somos así de tal modo constituidos, que deseamos aquello que nos da placer, y tememos y evitamos lo que nos causa dolor. Proveniente de estas experiencias nos surge la añoranza, el desencanto, el regocijo, los pesares, la sorpresa, etc. Ninguna de estas emociones depende sobre la voluntad. El poder o capacidad de la voluntad es el poder de la mente de aceptar o repudiar, el hacer o el no hacer. No podemos por un acto de voluntad crear una sensación, ni tornar el dolor en placer. La memoria, además – que es fundamentalmente la memoria de las cosas experimentadas a través de los sentidos – juega un importante papel, puesto que tan solo con la ayuda y soporte de la memoria podemos intentar comparar, contrastar y clasificar. Todo esto nos guía a la percepción, esto es, el reconocimiento del mundo material a través de la sensación. Hay, por tanto, una verdadera conexión entre el cuerpo formado del polvo de la tierra, y aquello que va más allá y que hace con que el hombre sea un alma viviente. Al tiempo que el hombre comparte con las bestias del campo la posesión de un cuerpo de carne y sangre, al mismo tiempo es la única criatura que fue creada en la imagen de Dios, y que posee el raciocinio y una capacidad para adorar. Todas estas cosas, no en tanto, debemos tratar y examinar más al por menor en subsecuentes artículos de *Los Estudios en la Verdad Dispensacional*.

CAPÍTULO 24

La Escritura, Una Entidad: a ser Acepte o Repudiada en su totalidad

Si un billete de una libra esterlina fuese cambiado por veinte chelines (moneda inglesa), un cambio de ese tipo no depreciaría de ninguna manera el valor de la libra. Esto entraría en la categoría de Cantidad. Hay, sin embargo, tanto “entidades” y “cantidades”, donde la “entidad” difiere de la “cantidad”, pues aquí tan solo puede existir como una totalidad, siendo entonces la subdivisión, en la naturaleza del caso, imposible de darse. Por ejemplo, si bien un padre pueda dividir sus bienes entre sus hijos sin pérdida o detrimento, pero él propio, en cambio, no puede así dividirse y distribuirse así mismo. Por mucho que anhele pasar más tiempo con Juan mientras está con Santiago, el hecho de ser una “entidad” indivisible, hace con que sea imposible que cumpla su deseo. El reconocimiento íntimo y serio de las Escrituras convence al creyente de que son una “entidad”: deben ser tomadas como una Única Totalidad, o entonces, completamente repudiadas.

En el transcurso de nuestros tratos con nuestros amigos, nos encontramos con muchos que, al tiempo que niegan la inspiración de la Palabra de Dios, por otro lado, nos afirman que, en este u otro aspecto Bíblico, ellos sí que creen y los aceptan. Unos apoyan el código moral de la Biblia, al tiempo que desprecian con escepticismo tanto el registro de la creación del hombre como su redención. Otros se deleitan en la excelencia poética y literaria de la Biblia, sin embargo, la mayor parte de sus temas les parecen un mito y demasiado folclóricos. Una tercera clase de amistades considera a “Jesús” en el más alto pedestal que un hombre pueda ocupar, sin embargo, niegan Su Deidad. En cuanto otros dan lugar solamente a lo que llaman “el onceavo mandamiento”, el del amor, al mismo tiempo hay los que aceptan la enseñanza del sermón de la montaña, y sin embargo repudian la enseñanza de Pablo acerca de la redención y justificación. Y por fin a otros, la profecía, como tal, les resulta imposible de creer, y la idea de los milagros le parece absurda y sin base científica alguna.

Tengamos bien presente y por seguro que las Escrituras son una “entidad”, la cual tiene obligatoriamente que ser, una de dos, o recibida completamente, o repudiada en su totalidad. Antes que nada vamos a considerar la dificultad que enfrenta la persona. Ese código moral gira en vuelta de la verdad y la rectitud. Aquí todo es puesto a prueba por la plomada de la rectitud imparcial, y la verdad es el fundamento esencial de toda su ética enseñanza.

El principio de este código coincide con la historia del varón Moisés. Las Escrituras nos dan pormenores del nacimiento de Moisés, las cuatro generaciones que intervienen entre Abraham y su nacimiento; relatan el hecho de que provenía del linaje de Leví, y nos cuentan cómo llegó a ser tomado al cuidado de la princesa egipcia, junto con numerosas declaraciones de tal particular carácter como para no dejarnos duda alguna en la mente a los lectores de que Moisés vivió actualmente en Egipto, que lideró sacando al pueblo de Israel, tal como Dios se lo había encomendado, y que ascendió al Monte Sinaí, donde vino a recibir la ley que después quedó para siempre asociada con su nombre. Y no solo eso, sino que además, subsecuentemente, hay libros del Antiguo Testamento cometidos a la misma enseñanza. Josué sucedió en el liderazgo a Moisés, y el pueblo temió a Josué “como habían temido a Moisés todos los días de su vida” (Josué 4:14). Y de nuevo, Josué hizo específicas referencias al libro que Moisés había escrito (Josué 23:6), y es imposible leer el relato de la división del territorio de Canaán llevada a cabo por Josué sin estar convencidos de que la Escritura pretende que el lector crea que Moisés fue una actual e historia figura. Igualmente enfáticos son los libros de Jueces, Samuel y Reyes. Leemos que el rey Ezequías quemó “la serpiente de bronce que había hecho Moisés” (2ª Reyes 18:4), lo cual es un testimonio más para que creamos en la realidad histórica del varón Moisés. El avivamiento bajo Esdras y Nehemías, el testimonio de profetas tales como Isaías, Jeremías, Daniel, Miqueas y Malaquías, todo completa la cadena que compromete la totalidad del Antiguo Testamento a la enseñanza de Moisés, todo nos asegura que vivió actualmente y realizó los actor que se registran de él.

El Nuevo Testamento no deja de ser igualmente enfático sobre el tema. La totalidad de los cuatro Evangelios se conecta íntimamente con la real e histórica personalidad de Moisés. “Si creyeseis a Moisés, me creeríais a Mí, porque de Mí escribió él, pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a Mis palabras?” (Juan 5:46, 47). Esta declaración del Salvador refuta la validez del reclamo que muchos hacen al derecho de creer una parte de las Escrituras, y al mismo tiempo se recusan a admitir las declaraciones Escriturales mostrándonos que Moisés fue realmente una persona que vivió y realizó los actos que de él en la Escritura se registran. A todos estos testimonios bien podríamos añadir las posteriores referencias a Moisés que el propio Cristo resucitado pronunció en Lucas 24;27, y las referencias hechas por el Apóstol Pablo en sus epístolas, que no hacen otra cosa sino confirmar el explícito testimonio de nuestro Señor.

El propio evangelio de la salvación se halla intrínsecamente ligado con la realidad histórica de Moisés, puesto que Juan 3:16 surge de Juan 3:14, donde se lee: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”. Y no tan solo Juan 3:16 depende sobre la histórica realidad de Moisés, sino además todos los grandes tipos de la redención y expiación, los cuales constituyen los salvadores y santificados elementos del evangelio, originarios de la ley ceremonial dada por Moisés a Israel.

Y de nuevo, Cristo no tan solo guardó la Pascua instituida por Moisés, sino que Él propio cumplió su gloriosa y típica enseñanza, de tal forma, que pudo ser escrito: “Cristo, nuestra Pascua, es sacrificado por vosotros”. En el original, el propio “éxodo” de Egipto no deja de ser sino un nombre por aquella “partida” que Él propio llegó a cumplir en Jerusalén (Lucas 9:31), y las “numerosas” ofrendas en Levítico son maravillosas prefiguraciones de Aquel Sacrificio “Único” por los pecados para siempre, Sacrificio éste que viene a ser la propiciación por la cual nuestra culpa desaparece, nuestra reconciliación se cumple, el acceso con confianza se disfruta, y la paz se introduce (Levítico 1:-5).

Así que es prácticamente imposible decir, como muchos dicen, que uno puede admitir el alto código moral de la Biblia, y al mismo tiempo repudiar las históricas declaraciones concernientes a los hombres y mujeres que vivieron y operaron en dichos códigos. El código moral que demanda una verdad inflexible e inquebrantable, difícilmente podría ser cimentado por invenciones de actos tan colosales como deben haber sido, si Moisés no fuese un verdadero personaje Bíblico. De manera similar, para tal, sería imposible creer “el simple evangelio”, pues Juan 3:16, o permanece en pie, o se derrumba, con la veracidad del Libro de Números escrito por la pluma de Moisés.

Lo mismo podría decirse de otra actitud que toman algunos repudiando con sus explicaciones el elemento profético; sin embargo, si Cristo pudo decir de Moisés, “él de Mí escribió”, o “todas las cosas escritas en la ley de Moisés, y los profetas, y los Salmos, acerca de Mí, han de cumplirse”, entonces la cuestión se reduce al simple punto: o bien se acepta a una “la “profecía” y a “Cristo”, o se repudian totalmente

ambas cosas. Para cualquiera que pondere los pasajes en el Nuevo Testamento que emplean la fórmula: “para que se cumplierse”, y los acepte creyéndolos con mansedumbre, el aceptar a Cristo negando al mismo tiempo la profecía es algo efectivamente incompatible. Además, Moisés no tan solo profetizó, sino que él propio fue un gran tipo profético:

- Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, *como a mí*; a Él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hechos 3:22, 23).

Hay además algunos que se titulan a sí mismos “Cristianos Evolucionistas”. Han adherido a la *pseudo ciencia* de la especulativa teoría denominada “Evolución”, y sin embargo, desean mantener hasta cierto punto la fe Cristiana. Esta actitud es lamentable, ya que las Escrituras desde el principio hasta el final afirman sin resquicio alguno de duda que el universo fue “creado”, y que cada cosa fue creada “según su género”. Génesis 1 y 2 no puede ser un pasaje aislado que se pueda omitir, sino antes bien un pasaje que influencia la totalidad restante del registro inspirado: Está embebido en los diez mandamientos, está entrelazado en la profecía de la restauración (Isaías), se encuentra, sin modificación alguna o aminoramiento, en los Evangelios, los Hechos, las Epístolas, y el Apocalipsis. Los evolucionistas, que se imaginan que pueden aferrarse a su falsa “ciencia” y a la fe, no hacen otra cosa sino engañarse a sí mismos.

El hombre para el cual Adán es un mito, se pierde el triunfo y consuelo de 1ª Corintios 15, Romanos 5 y Hebreos 2. Además, la genealogía del Salvador, tal como se da por Lucas, nos lleva de vuelta paso a paso a través de la historia del Antiguo Testamento hasta concluir con el último eslabón: “Hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios” (Lucas 3:38), y es imposible para cualquiera poner su dedo sobre un eslabón precedente en la cadena y decir, “Aquí termina la historia, y comienza el mito”.

Todo lo visto así reunido, no tan solo prueba que la Biblia es una Única Entidad, a ser tomada conjuntamente como un gran testimonio indivisible, o repudiada en su totalidad. Seamos claros en esta vital materia, y seamos claros en el testimonio que pasemos a terceros, “Pues si la trompeta diera sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1ª Corintios 14:8).

CAPÍTULO 25

La Indagación de un *Valor Final*

En el relato de la creación de Génesis 1, hay varias ocasiones en las cuales se hace la declaración: “era bueno”.

- La luz (Gén.1:4) y la subsecuente división de la tierra y el mar (Gén.1:10); la aparición de la hierba, los vegetales y los árboles (Gén.1:12); el gobierno y ministerio del sol, la luna y las estrellas (Gén.1:18); la creación de las criaturas vivientes de las aguas y las aves del cielo (Gén.1:21); la creación de las bestias, el ganado y las cosas que se arrastran (Gén.1:25).

La filosofía se ocupa con tres grandes cuestiones: Procura insistentemente respuesta a la cuestión en cuanto a la natura final de la realidad; busca con anhelo responder a la cuestión en cuanto a la validez, naturaleza, y limitaciones del conocimiento; e indaga la cuestión en cuanto a la naturaleza y significado del *valor final*. Esta tercera filosófica cuestión se denomina *Axiología*, y proviene de la griega *axios*. La filosofía ha llegado a la conclusión de que, en el medio de las Éticas o Moralidades, “Lo Bueno” es el valor final; que en el medio de la Estética, “La Belleza” es el valor final; y que en el medio de la Mente o Razón, “La Verdad” es el valor final. No obstante, aunque estas ideas han sido dominantes desde antes de los días de Platón, siempre hubo en la mente de los pensadores un sentimiento de que debería haber algo que reúna juntando estos valores y elimine la presencia de los relativos elementos cuya aparición previene a muchos de aceptarlos como *valores finales* o conclusivos.

Si bien no sea nuestra intención aquí discutir términos filosóficos, sí que debemos examinar más de cerca este tema para aclarar mejor nuestro estudio. En primer lugar es manifiestamente incorrecto hablar de *valores finales* o conclusivos en plural. Tan solo puede haber *un valor final* que lo abarque todo en sí, un único que pueda contener “Lo Bueno”, “La Belleza” y “La Verdad”, excluyendo así todo cuanto de naturaleza condicional aparece en estas varias categorías.

El valor, “Lo Bueno”, es, después de todo, una forma relativa. En Génesis 3 la mujer vio que el árbol prohibido era “bueno” para comer, al tiempo, sin embargo, que era todo lo contrario, esto es, un mal para la mujer tomar de él. Vio además que era “agradable” a los ojos, lo cual condice con el tal valor Estético, “La Belleza”, sin embargo, la palabra así traducida nos aparece en aquel terrible lugar *Kibrot-hataava* “los sepulcros de la lujuria” (Números 11:34), demostrándonos que dicha *belleza*, o que aquello que aparece siendo tan *agradable*, bien pueden ser tan solo términos relativos. Además, el árbol prohibido era “codiciable para alcanzar sabiduría”, lo cual es comparable con aquel tercer valor final, “La Verdad”. Nos parece, por tanto, que “Lo Bueno”, “La Belleza” y “La Verdad” siguen dejándonos un vacío, esto es, un espacio para algo que sea imparcial, abarcándolo todo. Cuando escuchamos que el tiempo está “bueno” para llevar a cabo un ataque aéreo, ¿qué es lo que entendemos? Si por un lado está el cielo “bueno” y despejado para llevar a cabo el ataque, ciertamente estará muy “malo” para cuantos reciban el impacto de sus bombas; de ahí se deduce que la misma cosa podrá ser “buena” o “mala”, relativamente a la circunstancia.

De igual manera, no puede haber un estándar inflexible de Belleza. Aquello que sería lo ideal a los ojos de un jefe africano, no sería aceptable estéticamente para un griego en

los días de Fidas. Para una persona en particular, una Sinfonía le resulta una delicia escucharla, para otra en cambio significa un sufrimiento. Aun mismo la propia “Verdad” puede ser relativa. Una persona bien puede decir, con verdad, que después que tomó su asiento en el tren que cogió en Sevilla, ya no se *movió de su lugar* hasta llegar a Madrid. Esto sería relativamente verdad en cuanto a la relación del pasajero con su asiento, pero está claro que no podría considerarse una *verdad absoluta*; bien pudo no haber salido de su compartimiento hasta llegar a Madrid, sin embargo de Sevilla a Madrid distan unos 500 Kms., así que se *movió bastante de su lugar de origen*. La Verdad puede ser dispensacional, verdad por un tiempo, y al mismo tiempo no verdad para otro, como por ejemplo, la práctica de la Circuncisión, o la observación del Sabbath. Al tiempo, por tanto, que la Platónica filosofía pueda agruparse bajos tres encabezados: “Lo Bueno”, “La Belleza” y “La Verdad”, la mente iluminada demanda algo más profundo, algo que sea imparcial y no cambie con las circunstancias.

Cuando vamos a la segunda Epístola de Pedro y leemos lo que ahí dice acerca de la Nueva Creación que todavía está por venir, encontramos el término por el cual estamos procurando: “Nuevos cielo y nueva tierra donde mora la justicia” (2ª Pedro 3:13). Aquí tenemos el único, supremo, absoluto, *final valor* que por sí tan solo abarca reuniendo todos los requisitos: “La Justicia”. Si lo “Bueno” ha de ser bueno tanto para mí propio como para mi prójimo, tiene al mismo tiempo que ser lo “Justo”. Si al acercarnos por mar a una ciudad como Nápoles nos quedamos atónitos con su belleza, pero, al recorrer sus calles y manera de vivir en sus casas, nos oprime con sus soeces costumbres y su vergüenza, nos damos cuenta que la verdadera Belleza debe ser tanto “interna” como “externa”, o, dicho de otra manera, que tal belleza debe ser la “Justa”. Ahora bien, Dios ha elevado la idea de lo “Justo” al nivel que procuramos: algo que no esté influenciado por personas ni circunstancias; algo realmente tan absoluto como una plomada de albañil, o el par de platos de la balanza.

Nosotros hablamos de “La Verdad Fundamental” y, hasta que nos vemos obligados siendo cuestionados a definir nuestro término, tenemos poca o ninguna duda en nuestras mentes en cuanto a lo que se entiende, pero si insistimos en la cuestión y se nos pide que lo expliquemos mejor, descubrimos que hay más de un candidato al título. Ciertamente, *para el creyente*, el Señor Jesucristo y Su obra acabada es la Única Fundación sobre la cual él edifica (1ª Corintios 3.11), pero debe observarse bien que la declaración se cualifica, es “*para el creyente*”. Si nos preguntamos cómo es que alguno viene en primera instancia a ser “creyente”, al fin y al cabo, llegaremos a la respuesta poniendo las Escrituras, en, o muy próximo, al “fundamento de toda verdad”. Sin embargo, las Escrituras, no siempre se hallaron en el mundo, pues tuvieron que transcurrir dos mil años entre Adán y Abraham, y además, estas Escrituras no habían, ni tan siquiera a esas alturas, penetrado todavía en cada esquina del mundo. Por la enseñanza de las Escrituras aprendemos que, aparte de la revelación, siempre hubo la evidencia de la “Creación” (Rom.2:12-16), y esta evidencia tiene la suficiente fuerza en sí como para dejar a todos cuantos están bajo su poder “sin excusa” (Rom.1:20; 2:1, 15). Así pues, nos parece necesario que tenga que haber algún estándar universal por el

cual el testimonio de la Creación, la Conciencia, y la Escritura sean juzgados, y dicho estándar nos parece que es lo “Justo”. Cada palabra, acto o pensamiento, o bien es “Justo” o “Errado”. El universo testimonia el hecho de que, a menos que una cosa sea la correcta o “Justa”, no deja de ser sino una intrusión; esto es, causante de miseria y sufrimiento. Se debe a que las cosas no están “Justas” que la creación siga hasta el día de hoy gimiendo bajo una maldición.

Volviendo ahora a las Escrituras (puesto que ya somos creyentes, y no tenemos que permanecer aguardando en la antecámara de la Creación ni en el portal de la Conciencia), descubrimos que lo “Justo” y “Errado” son de hecho las categorías esenciales bajo las cuales todo acto (desde aquellos que son del propio Dios hasta los llevados a cabo por la más humilde de Sus criaturas) deben ser catalogados. La escritura en la pared que provocó la angustia en el rey de Babilonia expresa esta verdad fundamental: “Pesado fuiste en balanza, y fuiste hallado *falto*” (Daniel 5:27). Esto nos ilumina el hecho de que las Escrituras han empleado la figura de la “balanza” y la “plomada” para ilustrar el impersonal e incorruptible carácter de lo “Justo”. Puede ser que no todos concuerden en cuanto a lo que queremos significar cuando hablamos de la fuerza de la Gravedad, pero tanto si nuestros puntos de vista son los de Newton como si son los de Einstein, la aceptación de la evidencia del par de platos de la balanza o de la plomada de albañil permanece siendo para todos inmutable. La balanza que asegura la justa ración de nuestro alimento diario, su fuerza, es la misma que capacita al albañil con su plomada para erguir correctamente las paredes de nuestras casas; y una de las especiales características de ambas cosas es, que al igual que el juicio de Dios, no tienen consigo “acepción de personas”.

La relación tan próxima entre la “balanza” y la “plomada” se encuentra en la palabra utilizada por Isaías cuando dijo: “Ajustaré el juicio al cordel, y a nivel (plomada) la justicia” (Isaías 18:17). Aquí la plomada, traducida “nivel”, es *mishqelesh*, la forma femenina de *mishqal*, “una pesa” utilizada en la balanza, tal como leemos en Ezequiel: “Toma contigo balanza para pesa”. El lector familiarizado sin duda alguna habrá percibido que estas palabras *mishqelesh* y *mishqal* se relacionan ambas al *shekel*, el cual, aun siendo “dinero”, era “pesado” en balanza: “Entonces Abraham se convino con Efrón, y *pesó* Abraham a Efrón el dinero que dijo...cuatrocientos siclos de plata de buena ley entre los mercaderes” (Génesis 23:16). Pesando aquel dinero, se aseguraba que era la “justa” cantidad.

Encontramos además este simbólico uso de la plomada de albañil en el capítulo siete de la profecía de Amos:

- He aquí el Señor estaba sobre un muro hecho a plomo, y en Su mano una plomada de albañil...He aquí Yo pongo la plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no lo toleraré más” (Amos 7:7, 8).

Aquí la palabra traducida “plomada” es la hebrea *anak*, una figura muy apropiada para ilustrarnos la justicia ecuánime.

El profeta Zacarías también habla del uso de una plomada de albañil diciendo: “Verán la plomada en la mano de Zorobabel” (Zacarías 4:10). Aquí la palabra “plomada” es la traducción de dos palabras hebreas, esto es, *eben bedil*, “piedra” “estaño”, siendo que el uso de la palabra “piedra” nos da la idea del “peso”, pues *eben* es la palabra que se emplea en Zacarías 5:8 donde habla de la “masa (el peso) del plomo”.

El uso intencional de esta gran fuerza que nos rodea por todas partes como un símbolo de la inflexible justicia no tan solo se ve en el uso de la plomada de albañil, sino además en el uso de la balanza.

- No hagáis injusticia en juicio, en medida de tierra, en peso ni en otra medida (Lev.19:35, 36).
- No tendrás en tu bolsa pesa grande y pesa chica...pesa exacta y justa tendrás (Deuter.25:13, 15).
- El peso falso es abominación a Jehová; mas la pesa cabal le agrada (Prov.11:1).
- Peso y balanza justa son de Jehová; obra Suya son todas las pesas de la bolsa (Prov.16:11).
- Pesa falsa y medida falsa, ambas cosas son abominación a Jehová (Prov.20:10).
- Abominación son a Jehová las pesas falsas, y la balanza falsa no es buena (Prov.20:23).

Cuando Job quiso expresar su deseo por una justicia imparcial y equitativa, no halló mejor manera que por el símbolo de la balanza:

- Si anduve con mentira, y si mi pie se apresuró a engaño, péseme Dios en balanza de justicia, y conocerá mi integridad (Job 31:5, 6).

En contraste a esta confesión de justicia propia de Job podríamos poner las humildes palabras de Proverbios 16: “Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión, pero Jehová pesa los espíritus” (Prov.16:2).

Ana, la madre de Samuel, también reconoció esta figura de la justicia:

- No multipliquéis palabras de grandeza y altanería; cesen las palabras arrogantes de vuestra boca (1ª Samuel 2:3).

Aun al día de hoy nuestra palabra castellana “ponderar” retiene la primitiva idea de los pesos, pues una persona ponderada es una persona “equilibrada”, en “balance”. Así pues, cuando leemos en Proverbios 21:2 y 24:12 que el Señor “pesa” o “pondera” los corazones, no nos sorprende saber que la palabra “pesar” en el sentido de “ponderar” es la hebrea *takan*, traducida “pesa” en Proverbios 16:2.

Anticipando nuestras conclusiones, con el fin de incentivar el propósito de estos estudios, recordamos que las palabras escritas sobre la pared en los días de Belsasar, han sido escritas en el corazón de todos los hombres por el mismo *dedo*. Todos y cada uno, cuando vengamos a ser pesados en la divina balanza, examinados por la divina plomada, seremos hallados faltos. Pero esto no es todo, pues, si así sucede, ¿qué podría incentivarnos a perseguir nuestro estudio? La revelación de nuestra propia necesidad absoluta no nos lleva a parte alguna sino al Salvador, Quien, en Su plenitud, satisface tanto este como cualquier otro requisito del tribunal del cielo.

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él (2ª Cor.5:21).

Seamos agradecidos habiéndonos revelado este *valor final* que todo lo abarca. Cuando por fin llegemos a la creación donde habita “la justicia”, lo Bueno, lo Bello, y la Verdad vendrán a erguirse por encima de su actual y presente carácter relativo y condicional, y encontrará su síntesis en “Lo Justo”. Seamos gratos, además, porque el gran plan de salvación del hombre ha sido así concebido y cumplido por Dios como “Aquel que justifica y el Justificador” del creyente. La salvación realmente exhibe la Bondad, la Belleza y la Verdad de la naturaleza divina, pero además, por encima e incluyendo todo, está la Justicia. Santiago habla de una “corona de vida”; Pedro refiere una “corona de gloria”, sin embargo Pablo mantiene consigo la esperanza de recibir de manos de su Señor “una corona de justicia”.

Todo el conflicto de las edades ha sido siempre el conflicto de lo “Justo” contra lo “Errado”. Seamos agradecidos de que el “Poder” no sea lo “Justo”. Reconozcamos por todos los medios la omnipotencia de Dios, pero lo alabamos porque lo “Justo”, esto es, la Equidad, y no el “Poder”, es el cetro de Su reino (Hebr.1:8). Así pues, si bien “Lo Bueno” y lo agradable puede hallarse en los iniciales capítulos de Génesis, tal vez lo mejor será que nos demos cuenta de la razón de por qué “Lo Justo” se aplaza hasta que nos introducimos en el medio de la Redención (Génesis 7), o de la Fe (Génesis 15:6) y que encuentra su verdadero lugar tan solo en aquella Nueva Creación donde *Dios ha de venir a ser todo en todos*.
